

CHARLES W. POLZER, S.J.

# EUSEBIO KINO

PADRE DE LA PRIMERA ALTA



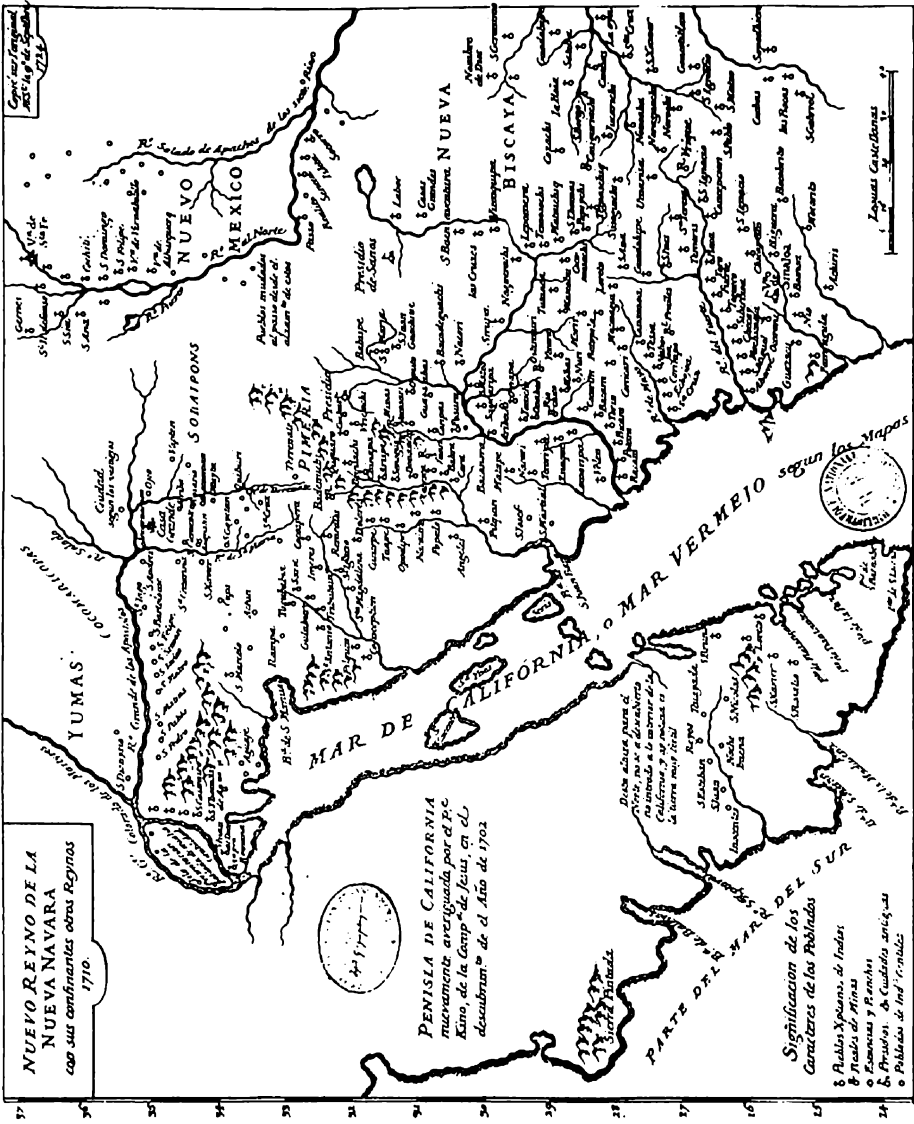
GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA





**EUSEBIO KINO,**  
**PADRE DE LA PIMERIA ALTA**





**NUEVO REYNO DE LA NUEVA NAVARA**  
 con sus confines y otros Reynos  
 1776

**PENISLA DE CALIFORNIA**  
 nuevamente averiguada por el P.<sup>o</sup> Kino, de la Comp.<sup>ia</sup> de Jesus, en el descubrim.<sup>to</sup> de el Año de 1702

Desa altura para el Norte, para el Oriente y para el Occidente, se descubren las tierras más fértiles de esta América.

**Significación de los Caracteres de los**  
 • Pueblo Indígena  
 • Población de Indios  
 • Población de Indios y Panchis  
 • Población de Indios y Panchis  
 • Población de Indios y Panchis

Legua Castellana 10



Copia del original de la Real Academia de la Historia

CHARLES W. POLZER, S.J.

# EUSEBIO KINO

PADRE DE LA PIMERIA ALTA

Traducción: JOSE J. ROMERO, S.J.  
J. OLVERA



GOBIERNO DEL ESTADO DE SONORA

HERMOSILLO, 1984

**Primera edición: 1981**  
**Segunda edición: 1984**

## PRESENTACION

*Excepcional misionero cuya vigorosa personalidad llegó a fundirse con nuestra gente y nuestra tierra, Eusebio Francisco Kino es hoy, a casi 300 años de su inmensa gesta civilizadora y humanista, parte esencial del patrimonio histórico y cultural de Sonora.*

*Mucho ha investigado y escrito sobre este varón ejemplar uno de sus biógrafos más autorizados, el R.P. Charles W. Polzer, quien se ha dedicado con verdadera pasión a esta nobilísima tarea. Hermoso fruto de estos afanes es el presente ensayo que el Gobierno del Estado, con la autorización de su autor, reedita como un testimonio del profundo reconocimiento que las actuales generaciones profesan a quien entregó su vida y la esperanza al desierto y a la serranía de Sonora.*

*La certidumbre del valor y trascendencia que tienen trabajos de investigación como el presente, realizados con la seriedad intelectual de una figura como el jesuita Polzer, quien une a su amor a la verdad la veneración a su biografiado, constituyen textos que el gobierno del Estado discierne como de especial valor y destina para su divulgación, con el propósito de contribuir al conocimiento claro y veraz de nuestro pasado.*

*Hermosillo, Sonora  
Junio de 1984*



## NOTA DEL AUTOR

Cuando este humilde libro se publicó en 1968, el único propósito era dar a la gente una versión completa y moderna acerca del Padre Kino, uno de los hombres extraordinarios en la historia del noroeste de México. En los últimos años, los hechos sucedidos hacen imperioso el publicar nuevamente *A Kino Guide*, con adiciones apropiadas, mismas que contiene la edición en español.

Nada de esto hubiera sido posible sin la asistencia generosa de amigos del Centro de Investigaciones Misioneras del Suroeste. El proyecto de publicar libros populares y útiles, con asistencia continua, será provechoso para mucha gente. Creemos que nuestra herencia es digna de ser protegida.

La versión en español *Eusebio Kino, S.J.* fue el trabajo intenso del R.P. José J. Romero, S.J., un amigo de años y agricultor científico, y del señor J. Olvera, mi compañero en veredas mexicanas y colega de historia. Confiamos que sus trabajos sobre el Padre Kino abran las puertas del conocimiento del misionero a las personas de habla hispana.

*Charles W. Polzer, S.J.*  
*Tucson, Arizona*  
*Mayo de 1972*



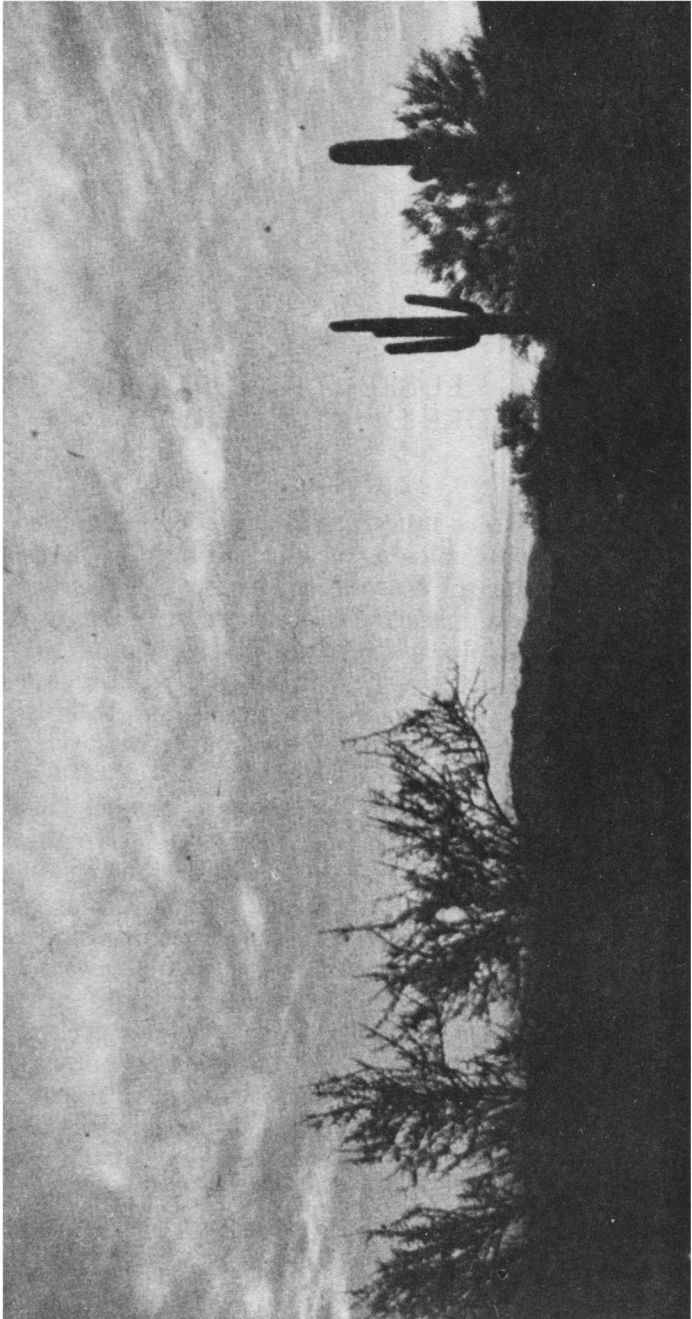
## EUSEBIO KINO PADRE DE LA PIMERIA

El desierto parece muerto, deshabitado, y sus áridas montañas, como talladas en el vacío con las fuertes sombras de un sol abrasador. Mesas de mezquite y cactus han sido desgarradas por arroyos pedregosos. La quietud y la soledad lo cubre todo hasta los horizontes calcinados por el sol. Para cada generación el desierto se presenta como desprovisto de historia, hostil. En él no hay lugar para el hombre, mucho menos para sus sueños.

Es así como el desierto se presenta a quienes jamás han palpado sus realidades. De hecho, el desierto está vivo; lleno de los sueños de los hombres que en él han hecho historia. El desierto es una paradoja. Durante siglos ha sido morada de hombres fuertes, de hombres de fe y visión del futuro. El desierto es un lugar donde la vida cobra mayor sentido, precisamente por encontrarse en franca desventaja frente a la naturaleza.

Esta es la historia de un hombre que conocía la paradoja del desierto: Eusebio Francisco Kino, sacerdote y misionero de la Pimería Alta. Pasó su vida entre los modestos pueblos del desierto; transformando los bancos fluviales en granjas, la tierra en edificios e iglesias, y los sueños de los hombres en vivas realida-





des. Respetaba esta tierra y luchaba con ella. El padre Kino escribió sobre la arena de los desiertos del noroeste una historia tan fuertemente grabada en el tiempo como las propias montañas que presenciaron su obra.

Muchos hombres han venido al desierto y han hecho historia: Cabeza de Vaca, Coronado, Oñate, De Anza, y Garcés, pero ninguno de ellos ha igualado las hazañas de este dedicado jesuita. Su visión fue más allá de los horizontes sedientos y su influencia ha sobrepasado los siglos. Su conocimiento de las tierras del desierto y de su pueblo, lo hizo posible.

Cuando el padre Kino llegó a las "Fronteras de la Cristiandad" en 1687, era ya un experimentado misionero, aunque recién llegado al norte. Su destino a la frontera de la Pimería Alta había sido un imprevisto más dentro de una serie de circunstancias que se habían presentado como continuos contratiempos. Pero nada minaba su entusiasmo ni opacaba sus sueños.

La epopeya del padre Kino comenzó en Segno, una pequeña población de las montañas del Tirol italiano, no lejos de la histórica Trento. Allí nació el 10 de agosto de 1645, en una típica habitación de piedra y madera, semejante a las que trepan por las escapadas laderas de los Alpes dolomitas a lo largo del Val di Non. Fue allí, durante su adolescencia, donde se empezó a forjar ese recio temperamento que un día habría de explorar las montañas y los desiertos de un país situado en otro continente. El joven Eusebio debió haber mostrado dotes de inteligencia excepcional, pues sus padres lo enviaron al colegio de los jesuitas en Trento, donde fue iniciado en el conocimiento de las letras y de las ciencias. Pronto marchó al colegio je-



suita de Hall, cerca de Innsbruck, Austria, para seguir cultivando su recién adquirido interés por las ciencias y las matemáticas. Mientras estudiaba allí, contrajo una grave enfermedad que le puso al borde de la muerte. Esa enfermedad reveló uno de los sueños ocultos de Kino, pues prometió que si su patrono, San Francisco Javier, intercedía por su salud, él ingresaría a la Compañía de Jesús. Recobró la salud, en efecto, y por el resto de su vida Eusebio Kino consideró esa curación como un don de Dios conseguido por la intercesión de Javier. Sea lo que fuere de la curación de Kino, su vida iba a ser un regalo precioso para las "almas abandonadas" de la Baja California y de la Pimería Alta.

A los veinte años de edad, Kino inició el largo trayecto de la típica formación de los miembros de la Compañía de Jesús. Habiendo ingresado en Landsberg prosiguió los estudios de su ardua carrera en Ingolstadt, Innsbruck, Munich y Oettingen — todas ellas excelentes universidades en su tiempo. Hacia el final de sus estudios teológicos, el duque de Baviera invitó al joven sacerdote a desempeñar las cátedras de ciencias y matemáticas en la Universidad de Ingolstadt. Pero Kino había solicitado algunos años antes ser enviado a la misión de China, y justamente cuando terminó su formación en Oettingen, recibió la noticia de que él y un compañero austriaco habían sido destinados. Parecía como si sus sueños de China se fuesen a convertir en realidad. Pero no, uno de los dos iba a ser enviado a las Filipinas; el otro a México. Para decidir quién iría al Oriente, se sortearon: y al padre Kino le tocó la papeleta de México.

Fue en 1678 cuando Kino marchó a las vertientes de Segno para despedirse de los recuerdos infantiles, de los amigos y familiares.

A mediados de junio se embarcó en el puerto de Génova con dieciocho compañeros suyos rumbo a Cádiz, con grandes esperanzas de alcanzar la flota de verano que salía para el Nuevo Mundo. Una navegación equivocada a través de la niebla y las rápidas corrientes del Estrecho de Gibraltar condujeron a la embarcación cerca de Ceuta. El error les hizo perder un tiempo precioso. Al acercarse a la bahía de Cádiz el 13 de julio, la flota imperial española zarpaba ya rumbo a la Nueva España.

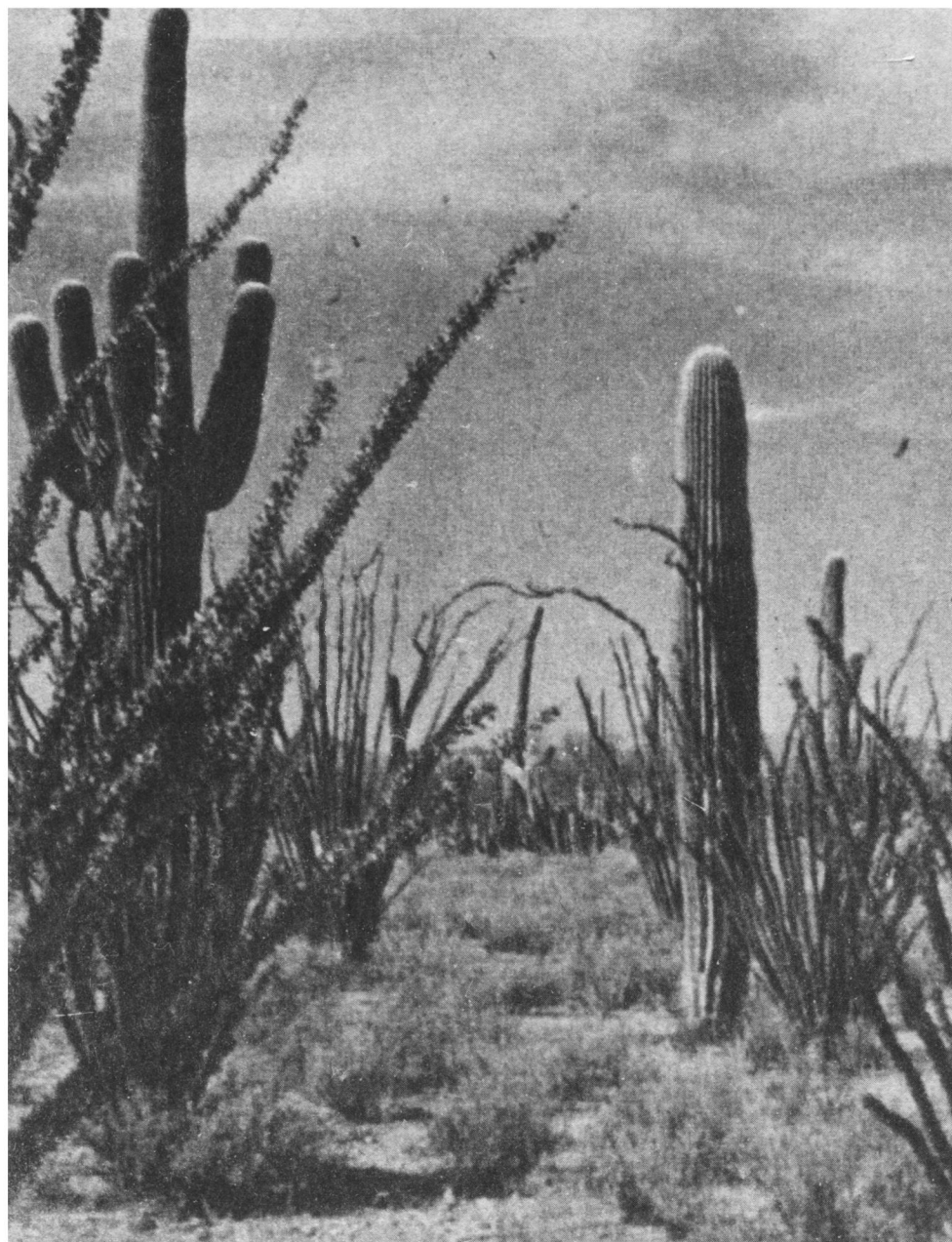
Perder la flota en aquellos tiempos no era ciertamente como perder hoy día un vapor trasatlántico. El padre Kino y sus compañeros tuvieron que esperar dos años para poder obtener un nuevo pasaje. Sin embargo, el tiempo de su estancia en Sevilla lo aprovecharon en el aprendizaje del español y en hacer otros preparativos útiles, aunque remotos. Por fin, los misioneros jesuitas pudieron obtener plaza en el "Nazareno", en el que embarcaron en julio de 1680. La flota levó anclas rumbo a México, pero esta vez el "Nazareno" encalló en el banco de arena del "gran diamante", a la entrada de la bahía de Cádiz. La embarcación pronto fue batida y destrozada por la furia del viento y las olas. Completamente desanimado, y sin equipaje, Kino esperó otros seis meses en Cádiz, hasta que, por fin, en enero le llegó la ocasión de cruzar la barrera del Atlántico rumbo a su destino.

Sin duda Kino se sintió a gusto y como en su casa, al escalar los senderos montañosos que se encuentran entre Veracruz y la ciudad de México. Su travesía del Atlántico se había llevado a cabo sin novedad y su llegada a la capital mexicana había sido simplemente cosa de rutina.

Había rumor de que pudiera ser enviado al Oriente, o cuando menos a las Filipinas. Pero una nueva expedición a la Baja California requería de los conocimientos del nuevo misionero. El almirante don Isidro de Atondo y Antillón inscribió al padre Kino en aquel viaje como misionero y cartógrafo real. Kino tuvo que aguardar nuevamente en la ciudad de México mientras se hacían los preparativos necesarios para la expedición. Pero Kino había aprendido a aprovechar el tiempo: esta vez escribió un opúsculo sobre un nuevo cometa. Este pequeño tratado de astronomía medieval le valió una airada refutación por parte del sabio mexicano don Carlos de Sigüenza y Góngora. Conocedor de la naturaleza humana y del mundo y sus caprichos, el padre Kino presentó la obra a don Carlos un día antes de partir al oeste. Sigüenza estaba furioso, pero Kino había partido.

La Baja California constituyó el primer territorio misionero de Kino. Ninguna expedición española a la inasequible península había tenido éxito hasta entonces; aunque la colonización se había intentado varias veces desde los días memorables de Cortés. Para Kino, California era una gigantesca isla desconocida, un posible asilo para la exhausta marinería de los galeones de Manila.

La expedición construyó tres barcos en el río Sinaloa para hacer la travesía y mantener una línea de abastecimiento con la tierra firme. En el primer intento, los recios vientos de marzo arrojaron las naves contra el litoral de barlovento del Golfo, pero el almirante Atondo logró finalmente virar y conducir la pequeña flota a través de las turbulentas aguas del Golfo, y ancló en la tranquilidad de la apacible bahía de La Paz.



Los curiosos recién llegados hicieron escalas durante dos días mientras se leían las proclamas reales con redobles de tambor. Finalmente, después de cuatro días de explorar los esteros de la bahía con lanchas, los expedicionarios pudieron desembarcar. Los españoles levantaron un tosco campamento entre el mar y la enmarañada selva que se encontraba a espaldas de la playa. La civilización cristiana sentaba sus reales en aquella frontera y sus esperanzas pendían precariamente del sano juicio de los colonizadores. Pasaron algunos días antes de que los indios se atrevieran a acercarse tímidamente al real de los españoles, pues en otras ocasiones habían recibido el trato brutal de los pescadores de perlas que habían precedido a estos barcos de paz. Sin embargo, las cuentas de cristal, el *pozole* y el maíz hubieron de calmar sus temores iniciales.

La bondad del padre Kino se volcó sobre aquellas gentes menesterosas cuya vida casi desconocía el uso del vestido y más aún el de la vivienda. En unas semanas logró abrir una brecha a través de la enhiesta barrera rocosa que separaba la pequeña punta de playa de los núcleos indígenas localizados en la meseta. Ocupaba los días en aprender la peregrina lengua con que los indios guaicuros daban a entender el sentido que la vida tenía para ellos. La tarea del padre Kino no se limitaba a socorrer a los indios en sus menesteres vitales, sino que procuraba enseñarles el camino de la civilización y aún la doctrina cristiana. No sabiendo cómo explicar a los indios el concepto de la resurrección, el ingenioso Kino les privó el sentido a algunas moscas, y cuando los indios las vieron "volver a la vida", dijeron algunas palabras que desde entonces se



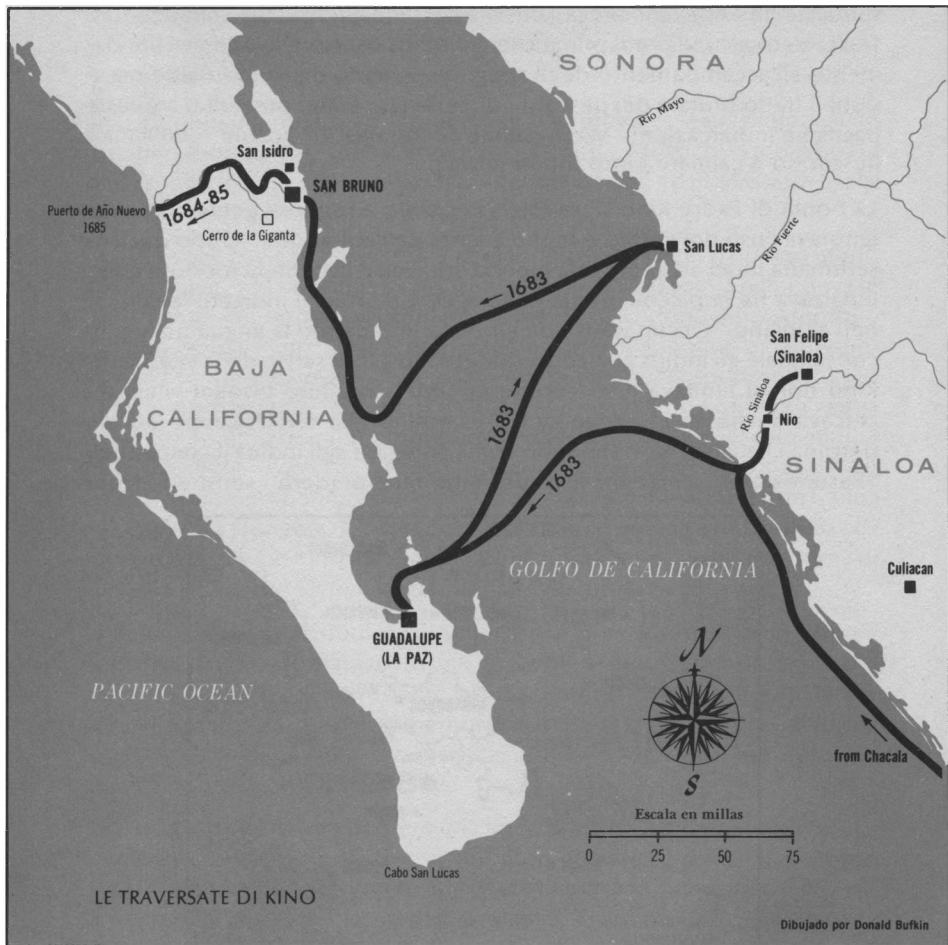


convirtieron en parte del credo en su idioma nativo. Desgraciadamente, Kino no se había percatado de que los indios solamente le habían dado las palabras para decir "están muertas". ¡Su método de privarles del sentido ejercía sobre los indios una mayor fascinación que la difícil doctrina que él trataba de enseñarles!

Como era de suponer, la Baja California resultó hostil a los colonizadores. Las violentas tormentas impedían que los barks de socorro pudieran desembarcar las provisiones. A medida que éstas disminuían el temor a morir por inanición cundía en el campamento español. Cuando la temperatura del verano aumentó, el aprovisionamiento de agua se redujo hasta agotarse y la provisión de víveres decreció, junto con la capacidad de aguante. El temido desenlace de la expedición llegó cuando los soldados españoles invitaron a algunos indios sospechosos de hurto a una comida de paz. Súbitamente los españoles abrieron fuego de cañon sobre el alegre e indefenso grupo.

Este innoble acto de cobardía les trajo la terrible amenaza de una venganza. Lo que sólo había sido un simple temor español, se convirtió en pánico humano. De espaldas al mar, los colonos esperaban ser aniquilados por las flechas de los indios, disparadas en justa ira. La oportuna llegada del barco socorro les salvó de una muerte por inanición y les libró de una matanza segura.

El padre Kino se encontraba profundamente disgustado por la decepcionante conducta de los soldados y la decisión de los colonos —motivada por el terror— de abandonar La Paz. Sólo por necesidad regresó con los que se retiraban de la península. La expedición se reorganizó en tierra firme, y en el otoño se planeó



LE TRAVERSATE DI KINO

Dibujado por Donald Bufkin

un nuevo intento. Kino dio a entender muy claramente al almirante Atondo que de él dependía el que esta vez no hubieran nuevos fracasos provocados por las acciones cobardes de los soldados o de los colonos. En esta ocasión, se inició una nueva marcha en San Bruno, en la costa norte del actual Loreto.

Desde esta nueva estación misionera, las primeras expediciones se abrieron paso poco a poco a través de la imponente y rocosa sierra de La Giganta. A los cuatro meses de iniciada la exploración, el padre Kino alcanzó finalmente las costas del Mar del Sur, o sea el Pacífico. Esta vez logró la amistad de los indios, y sus idiomas fueron objeto de estudio y aprendizaje. Se administró el bautismo a los niños pequeños y a los moribundos. Tras el esfuerzo de un año, parecía haberse logrado el establecimiento de una misión permanente en la Baja California.

Pero en San Bruno el sol evaporó el agua y secó las cosechas. La enfermedad cundió en el incipiente establecimiento. Los grandiosos sueños del gobernador Atondo secábanse también y reducíanse a polvo. Atondo sometió a votación el abandono de aquella empresa californiana, financiada por la corona. El padre Kino se opuso, pero en vano. Se dieron órdenes de salvar cuanto pudiera regresar en los barcos. Los cálidos vientos alejaron las embarcaciones de la costa, y las esperanzas del padre Kino se desvanecieron cuando las montañas se hundieron tras del horizonte. La Baja California nunca más volvería a sentir sus pasos sobre sus sendas agrestes, ni a presenciar el destello del sol sobre su astrolabio cuando cartografiaba los secretos de aquella tierra austera e inhóspita,

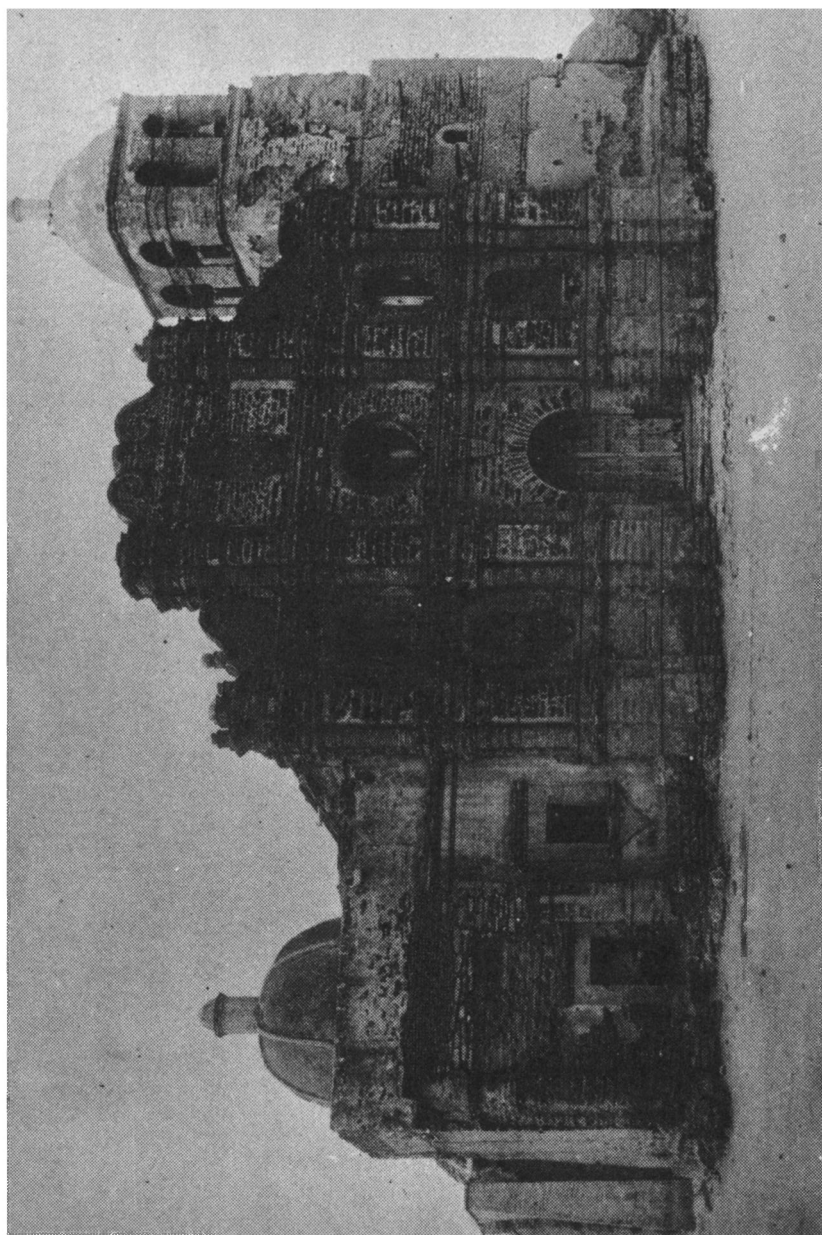
Por un momento, el padre Kino pensó que regresaría a la Baja California cuando el virrey, conde de Paredes, ordenó al almirante Atondo que mantuviera las nuevas conversiones. Las pequeñas embarcaciones fueron nuevamente aparejadas en el puerto de Matanchel, pero un despacho urgente llegó de México diciendo que cinco barcos piratas holandeses se encontraban en asecho del galeón de Manila. El almirante Atondo, cumpliendo con su deber, salió al encuentro del galeón, ricamente cargado, y lo escoltó a puerto seguro en Acapulco. El padre Kino se alegró de que hubiesen evitado, con todo buen éxito, la amenaza holandesa.

Una vez más en tierra firme, Kino viajó para discutir y solicitar un nuevo apoyo en California, pero la Audiencia de Guadalajara dijo que la corona española no ambicionaba la parte que va desde el Cabo de San Lucas, en dirección al lejano norte, hasta Monterrey. El padre Kino cabalgó hasta la ciudad de México, y una vez allí, luchó por su causa durante algunas semanas. Finalmente, el virrey le concedió autorización para regresar y restablecer las misiones que él sabía tendrían éxito. La fortuna parecía sonreírle: una conducta cargada de plata, con la cual se podría comprar el futuro de la isla, llegó a la ciudad de México, pero antes de que fuera descargada, la Real Hacienda se apropió de los \$80,000 para pagar a Francia una deuda a título de indemnización marítima. La Baja California estaba liquidada ¡y todo porque algún impetuoso español había hundido un ignorado barco en alguna lejana bahía!

Ahora, el Oriente quedaba descartado. Y California cerrada. Kino era, en estas circunstancias, un misio-

nero sin misión. Entonces sugirió a su provincial que le enviase a trabajar entre las tribus de los seris y los guaymas, que al menos se encontraban cerca de California. Aún mantenía una ligera esperanza sobre la Baja California. El virrey accedió a la propuesta del provincial de la ciudad de México y el "padre a caballo" salió de la capital fortalecido por la experiencia. Conocía a los indios y sus costumbres; conocía a los españoles; conocía a la corona; conocía a su Iglesia . . . y tenía una misión.

Advertido por otros misioneros jesuitas de que la esclavitud existía en las minas, Kino se detuvo en Guadalajara para discutir esa situación con la Real Audiencia. Los colonos impedían la conversión de los indios con su política de trabajos forzados, bajo el sistema del "repartimiento". El padre Kino presentó el asunto a Zeballos, el presidente de la Audiencia. La Audiencia le concedió en breve una cédula real, promulgada recientemente por Carlos II, concediendo a los indios la inmunidad temporal de cualquier clase de explotación. Así, cuando el padre Kino llegó a caballo al cuartel general de las misiones jesuitas en las montañas de Oposura (hoy Moctezuma), enarbolaba un decreto real que venía a ser como una proclama de emancipación para los indios de toda la Nueva España. El decreto ordenaba que se eximiera a los indios convertidos de los trabajos forzados en las minas durante veinte años. Era un mandato en pro de la libertad y una garantía de que los grupos indígenas marginados pudieran eventualmente recibir alguna educación. Este decreto se convertía en un signo de división en la batalla para implantar la civilización cristiana en la frontera.



De hecho, sólo habían transcurrido cuatro años desde que el padre Kino llegó al Nuevo Mundo, pero su fama había crecido enormemente. El padre Manuel González, visitador de las misiones del oeste, había oído hablar de este jesuita italiano. Reconocía en él un talento privilegiado. Existía un lugar que podría convenir al espíritu de Kino: la Pimería Alta, es decir, Sonora y sus inexplorados desiertos, situados al noroeste de la Nueva España. Aunque Kino había esperado ser destinado a los seris de la costa del Golfo, comenzaba ya a aprender a mantener el paso al ritmo de los imprevistos caminos de la Providencia.

Cuando llegó a Oposura, el padre visitador había estado discutiendo los progresos logrados en la región fronteriza con el padre José de Aguilar, el misionero a cargo de Cucurpe. Los tres juntos se abrieron camino por el Valle de Sonora, fuera de la rocosa cordillera del oeste y en dirección al perímetro de la civilización. Fue así como en el rojo atardecer del 13 de marzo de 1687, el padre Eusebio Francisco Kino, al entrar a caballo en Cucurpe, ingresó a la historia.

Cucurpe, el lugar "donde cantó la paloma", se asienta sobre el tranquilo valle del río San Miguel. Era entonces una avanzada del imperio español, en la frontera de la cristiandad. Durante un siglo los españoles establecidos en la costa habían preferido el cercano río de Sonora como una ruta más conveniente para llegar a Nuevo México, por lo que fueron pocos los intentos de transponer las cordilleras hacia el oeste. Incluso en los valles sólo se pensaba en términos de norte y sur. Cuando Kino salió de Cucurpe a la mañana siguiente de su llegada, rompía y ensanchaba literalmente el límite de la cristiandad y abría la mentalidad de los



pueblos al oeste desconocido, a los desiertos y barreras montañosas del Colorado y a California. Así penetró en esta frontera como un hacedor de paz, para salvaguardar a la Provincia de Sonora. De ella habría de salir no sólo como un pacificador, sino también como un pionero.

El primer recorrido por el nuevo territorio de misión fue satisfactorio. El terreno prometía ricas recompensas agrícolas, y los pimas eran realmente un pueblo pacífico, deseoso de tener su propio padre. Como muchos de los problemas de la Nueva España, la reciente conspiración del jefe pima Canito, que parecía amenazar la tranquilidad de los establecimientos sonorenses, se exageraba y generalizaba. Al padre Kino le preocupaban menos los levantamientos de los indios, que el problema de proporcionarles una vida mejor.

Siguiendo la costumbre jesuita de no extender el territorio de la misión sino a lugares razonablemente distantes unos de otros, el padre Eusebio situó su nueva Misión, Nuestra Señora de los Dolores, en una pequeña elevación que se alzaba sobre el poco profundo y montañoso valle. El nuevo emplazamiento estaría cerca de Cucurpe, pero, al mismo tiempo, bastante independiente de él. Kino escogió un lugar ideal en la pequeña rancharía de Cosari; su iglesia de misión dominaba dos valles separados por un estrecho desfiladero que se cerraba río abajo sobre las aguas cristalinas del río San Miguel.

El entusiasmo del padre Kino se convirtió en catalizador para una nueva economía del desierto. Los pimas habían cultivado sus tierras durante muchas generaciones, pero jamás habían conseguido tanto como bajo

la sabia dirección de su nuevo misionero. Los deltas dormidos se convirtieron en jardines productivos. Se desbrozaron las tierras del río para sembrar maíz, trigo, calabazas; las vertientes fueron preparadas para la siembra de viñedos y frutales importados de Europa. Cada pueblo erigía una capilla de adobe e iniciaba la obra a largo plazo de las iglesias que un día habrían de ser orgullo de los pueblos. Y los nombres que Kino derramaba por las nuevas poblaciones se han hecho célebres en la historia de la Pimería Alta: San Ignacio, Magdalena, San Javier del Bac, Cocóspera, Caborca, Tumacácori y Tucson. Algunos nombres son cristianos, otros indígenas pero todos ellos han quedado registrados en el tiempo, gracias a la laboriosidad del que los fundó y abasteció.

Los peores años fueron los primeros. La presencia de Kino no fue bien recibida por los colonizadores mineros, situados a lo largo de los ríos Bacanuche y San Miguel, y no fue vista con agrado por los hechiceros, quienes resistieron la oposición del padre a su dominio tribal y a sus prácticas supersticiosas. Pero un programa paciente desarrollado con los nativos y una actitud de abierta franqueza con los españoles, vencieron la oposición al cambio y a la cristianización.

Sus solicitudes de ayuda fueron escuchadas después de algún tiempo y las respuestas llegaron a petición del padre Eusebio, pero la increíble dureza de las condiciones de vida y el lento progreso que se lograba entre algunos de los indios, desanimaron a los recién llegados. Kino, a pesar del fracaso de sus nuevos compañeros, conservó su eterno optimismo.

La pequeña cadena de misiones en el circuito de más de 140 kilómetros establecidos por Kino, se fue ex-



tendiendo con gran rapidez. El padre González hizo notar que nunca había visto un crecimiento semejante en tan poco tiempo. Pero entonces las críticas amargas e inevitables — originadas en la envidia — comenzaron a circular: se hablaba del “ambicioso padre Kino” y de los “indios pendencieros que estaban a su cargo”. Tanto las autoridades civiles como religiosas se tornaron muy cautelosas con respecto a este hombre recién llegado a sus fronteras. Aunque tales informes eran endémicos en la vida colonial, tenían que ser investigados. Así, en la primavera de 1690, el padre Juan María Salvatierra, futuro gigante de la Baja California, viajó hasta Sonora desde su puesto misionero en Chínipas, investido del poder de visitador general. Su único objetivo era revisar la situación en la frontera y cerrar las misiones si las condiciones siquiera se aproximaban a los rumores que corrían en el interior. Fue esta una circunstancia providencial que estuvo a punto de llevar a Kino al borde del desastre.

Hombres menos recios habrían flaqueado ante las vicisitudes y las críticas. Pero Kino, con gran lealtad, salió a recibir al padre visitador con verdadero cariño y entusiasmo. Kino y Salvatierra recorrieron juntos los cientos de leguas que unían las visitas de las misiones. La tierra revivía con las cosechas, y los habitantes de las aldeas recibían a los de “hábito negro” erigiendo cruces y levantando arcos decorados con flores. De los pueblos distantes se trasladaban los indios para pedir el bautismo para ellos y sus familiares. Cada hora de trayecto mostraba un panorama de abundancia, y en cada descanso que hacían se recibían innumerables súplicas para la propagación de la fe y se solicitaba un misionero.

Legua tras legua, el rostro alargado y adusto de Salvatierra se fue ensanchando. La presunta dureza de su misión se suavizaba con lo que veía. Al fin, una amplia sonrisa se dibujó en sus duras facciones ante el entusiasmo y la perspectiva de poder cristianizar esta bendita región. Y Salvatierra pudo escuchar otro tanto de lo que vio; pues Kino le habló de la isla de California y de la inminente conversión de aquellos pueblos. Llegó incluso a sugerir la construcción de un bote para hacer el trayecto de ida y vuelta a través del Golfo. ¿Por qué no? ¡Las riquezas de Sonora podían ayudar a las necesidades de California!.

Para entonces Salvatierra se disponía a continuar hacia el sur, a través de las extensas misiones jesuitas, a lo largo de los ríos Yaqui y Mayo. Había aprendido a compartir la visión penetrante del padre Kino. La profunda convicción que el apóstol había impartido a los pimas no sólo logró conjurar del desastre a la misión de Sonora, sino que incluso decidió a Salvatierra a lanzarse valientemente a la reconquista de las Californias. Abríase una nueva dimensión sobre los pueblos de la Pimería. El padre Eusebio se esforzaba aún más para hacer sus misiones más productivas. El éxito de Sonora significaba la vida para la iglesia de California. Nadie sabía mejor que Kino y Salvatierra que sin cooperación y sacrificio mutuo, ninguna aventura misionera podía resistir sin verse condenada a la esterilidad.

El distrito de las misiones de Kino apenas si tenía límite alguno, excepto al sur y al oeste. Sus visitas se extendían 320 kilómetros al norte y casi tan lejos hacia el oeste. Ahora, el disperso sistema tenía que ser consolidado, para formar un todo activo, para aprovisionar la frontera y poder apoyar el empuje hacia la Califor-

nia. Habría que organizar exploraciones hacia el oeste a fin de descubrir un puerto adecuado para el desembarco de ganado vacuno en la isla de California.

La expansión de la Pimería no consistía solamente en fundar más misiones o en agrandar los pueblos existentes. Toda la cadena de misiones bajo la custodia de Kino, bordeaba el país de los apaches y de sus parientes, los fieros y nómadas jocomes. Una tarea primordial era la de unir al grupo de pimas belicosos, los sobaipuris, en una firme coalición defensiva contra las incursiones de los apaches. El padre Kino cabalgó de nuevo desde Dolores, para dirigirse al norte, esparciendo la palabra de Dios y uniendo a las tribus en paz a lo largo de la cuenca del río San Pedro. Era el año de 1692; Kino había proporcionado a esta tierra devastada algo que apenas había conocido: la paz y la seguridad. Con la jornada de cada día, se iban constituyendo nuevos puestos indios que se sumaban al muro defensivo. Las comunidades que habían sido hostilizadas durante generaciones encontraban una nueva fuerza en el extraño de la "ropa negra".

Toda la frontera del noroeste comenzó a adquirir forma bajo la guía del padre Kino y de los jefes de las tribus aliadas. Esto significaba que el padre podía ahora volver la mirada hacia el oeste para penetrar las tierras misteriosas que yacían entre el lugar donde él se encontraba y la California.

A fines de 1693, el padre Kino organizó una expedición para explorar la región del bajo río Altar. La marcha les condujo al oeste hasta el Nazareno, un elevado pico situado en el límite de las arenas del desierto. A través de la bruma contemplaron las elevaciones de la distante California y la arqueada costa del



Golfo. ¡California se encontraba tan cerca como para llegar a ella en bote!.

¿Dónde podría conseguirse una embarcación? Construir una. ¿En el desierto? ¿Por qué no? Esta idea de Kino parecía una locura a sus superiores. Pero el buen padre dio órdenes pidiendo madera de álamo, mezquite y pino. Las recuas serpenteaban a través de los desfiladeros para ir a depositar su preciosa carga de madera en Caborca, ¡a 200 kilómetros al oeste, en el desierto! Una verdadera locura para cualquiera, pero no para el seguro y confiado padre Kino.

Fue durante estas primeras incursiones hacia el oeste, cuando llegó el infatigable e inolvidable compañero de andanzas del padre Eusebio, el teniente Juan Mateo Manje. Había sido segregado temporalmente de la Compañía Volante de su tío para acompañar a Kino en su avance a través del desierto. Su presencia siempre fue grata y divertida, como cuando cayó al suelo desde un álamo que él y los indios cortaban para la quilla del barco. Desde entonces Juan Mateo se dio a explorar el desierto, en busca de una ruta por tierra.

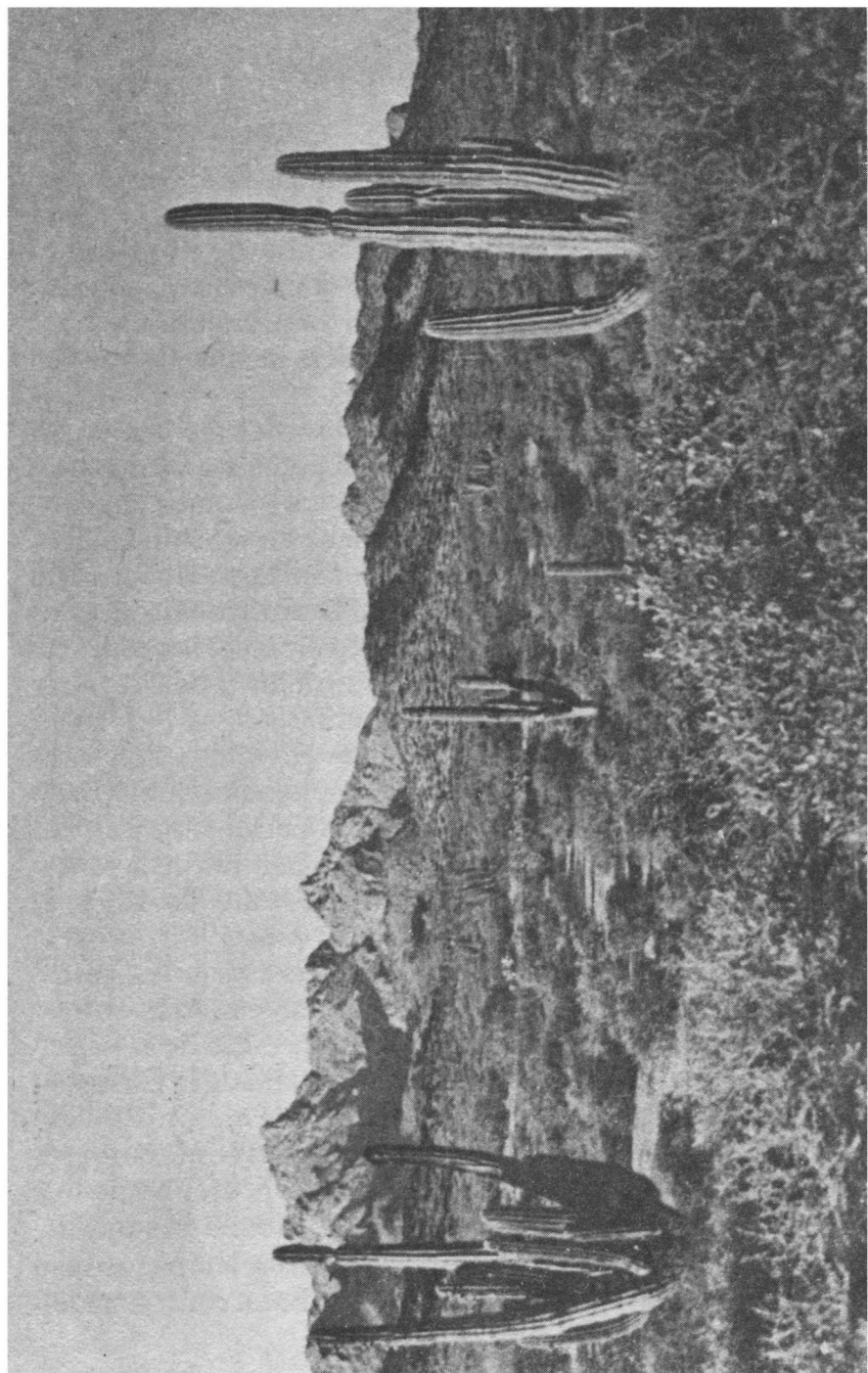
Aunque el padre Kino había recibido la aprobación del provincial para la construcción del barco, el más sedentario y próximo padre visitador, Juan Muñoz de Burgos, ordenó que se suspendiera el proyecto. Esto no resultó tan mal después de todo; pues la madera se tenía que secar, de todas formas. Por consiguiente, la atención se dirigió hacia el norte, en donde corrían rumores de la existencia de un río al oeste y de una gran casa situada en sus márgenes. Era ya tiempo de Adviento en 1694 cuando el padre Eusebio visitó y describió por primera vez Casa Grande, localizada a orillas del río Gila. Comenzaba a darse cuenta de la



vastedad de la tierra que se habría a la civilización cristiana.

Mientras tanto, en medio de todo este movimiento, la organización se imponía en la frontera. Las misiones de la Pimería Alta fueron agrupadas para formar un rectorado, el de Nuestra Señora de los Dolores, que tuvo como primer superior al padre Marcos Antonio Kappus. En Cucurpe, el padre Muñoz, aún investido de autoridad, optó finalmente por reclutar nuevos misioneros. Un nuevo hombre acababa de llegar, el padre Francisco Javier Saeta, un fervoroso y joven jesuita de Sicilia. El padre Muñoz lo destinó al pueblo de Caborca, el puerto de Kino, cercado de tierra, y él mismo fue encargado de abastecer a la nueva misión de todo lo necesario. Nada podía haber agradado más a Kino, aunque debió sonreír ante los arrogantes adornos de las órdenes oficiales. Cien cabezas de ganado vacuno y ciento quince de ovejas y cabras fueron lanzadas, a lo largo de las cuencas de los ríos de Magdalena y Altar, rumbo a Caborca.

Llegó entonces, por desgracia, otro de los repetidos golpes de infortunio de la Providencia. Esta vez teñido en sangre y sacudido por la violencia. Inflamados por las malas interpretaciones supersticiosas de la política misional, los de Tubutama se alzaron en rebelión. El bautismo de los niños y de los ancianos aparecía ante los ojos de los infieles y resentidos hechiceros como un presagio. Veían que el ritual y la rígida disciplina socavaban su poder; y ciertamente se ponía coto a sus acostumbrados excesos. Los indios descontentos incendiaron los campos que se encontraban ya listos para la cosecha, derribaron las construcciones y saquearon los pueblos situados a lo largo del río Altar. Y allá



lejos, río abajo, asesinaron al precavido pero indefenso padre Saeta. En una post-data a su última carta, dirigida a Kino y escrita la noche anterior a su martirio, le pedía a Kino que no "le perdiese de vista". Por desgracia el ataque a Caborca fue tan rápido que no fue posible dar aviso ni ir en socorro de sus moradores. La sangre de Saeta fue así, la primera sangre de mártir derramada en la Pimería.

Un verdadero terror se apoderó del territorio. Se corrió el rumor de que habrían ataques masivos sobre la región del noroeste, a cargo de los jocomes, janos y apaches. Toda la Pimería se hallaba en tensión ante la perspectiva de una lucha a muerte. Los soldados de la Compañía Volante del general Domingo Gironza, la rápida caballería española de largo alcance, se presentó en la Pimería procedente de Fronteras y del Real de San Juan. La justicia militar triunfaría.

Los españoles se encontraban divididos con respecto al modo de llevar a cabo la pacificación. Unos pedían la venganza, otros sugerían paciencia y un cuidadoso juicio y condena de los instigadores de la rebelión. En la fresca mañana del 9 de junio de 1695, a petición del padre Kino, los jefes pimas asistieron a una imponente reunión de las tropas españolas, cerca de El Tupu. Se acordó que los culpables serían entregados para un castigo justo. Los cabecillas de la rebelión se colocaron sobre el húmedo suelo de la Ciénaga, entre algunos jefes de tribus y amigos indios. Rodeados por la caballería montada, los indios confesaron su arrepentimiento por la rebelión. Entonces, uno de los portavoces arrojó a un rebelde culpable a sus pies.

La espada del capitán Antonio Solís relampagueó en el sol de aquella mañana. Una cabeza rodó ante el asombro de los indios.

Tan rápida y desagradable "justicia" horrorizó a los indefensos nativos. Aquello no había sido un juicio sino una trampa. Enloquecidos por el pánico intentaron escapar hacia el desierto, único acceso a su libertad. Pero el aire de la mañana se cargó con el fuego de los mosquetones. La justicia sólo hablaba a base de balas y contaba el aire con el silbido de las espadas. Inocentes leales cayeron asesinados por igual, al lado del puñado de culpables. Y el veredicto de aquella mañana de verano aún pende sobre aquel desolado paraje, en un lugar llamado "La matanza".

El padre Eusebio Kino se encontraba completamente descorazonado. La justicia había sido burla; y la paz era ya un sueño casi imposible. La frontera estalló entonces en una guerra abierta durante tres meses que lo fueron de terror. La poderosa caballería española sembró el pánico entre los indios, pero sus guerreros continuaron bajando desde sus fortalezas situadas en la montaña, para quemar las misiones y los campos; logrando escapar mucho antes de que los españoles pudieran reaccionar. Los "halcones", que habían depositado su confianza en la fuerza y la violencia, no lograron, sin embargo, ningún progreso para lograr la paz. Frustrados y llenos de enojo por su fracaso, pusieron en manos de Kino el problema; del padre cuyos amigos había asesinado la justicia de ellos. Y con un gesto muy típico suyo, el padre Eusebio aceptó la responsabilidad de devolver la paz a la Pimería. En pocos días, pero no sin un gran número de seguridades, volvió la paz. Un solo sacerdote logró en pocos días lo que había desconcertado durante meses a los agentes de la corona.

Uno podría esperar después que la paz y la calma habían vuelto a la Pimería, que el padre Kino, tomaría

algún descanso. Pero no. En noviembre, sólo tres meses después de restablecida la paz, Kino se encontraba ya montado sobre la silla de su caballo. Esta vez su destino era la ciudad de México. Recorrió 2 000 kilómetros en siete semanas. Su visita no tenía de ninguna manera el objeto de renovar viejas amistades; se trataba de un asunto urgente: presionar para que se volvieran a abrir las misiones de California y explicar lo que realmente acontecía en la frontera.

Una buena parte de lo sucedido, la explicó el padre por medio de un libro que escribió sobre el martirio de Saeta. Su muerte intempestiva y trágica dio pie al padre Kino para aclarar la situación de la Pimería y para dar a conocer sus métodos misionales. Kino sabía que luchaba por su propia vida misionera; los rumores habían hecho presa tanto del hombre como de su obra. Así que desplegó todo su talento escribiendo y dibujando mapas.

Realmente, él no necesitaba demostrar su habilidad literaria, ya que el empeño de Kino se había captado el reconocimiento del general de los jesuitas, Tirso González, quien residía en Roma. Comparando a Kino con San Francisco Javier, el poderoso jefe de la orden hizo ver claramente a los superiores de la Nueva España que no se debía frenar a Kino en los extraordinarios esfuerzos que llevaba a cabo para evangelizar a la Pimería.

El padre Kino demostró que no había perdido ni una sola de sus habilidades al hacer la defensa de un caso tan bueno. El padre provincial accedió a enviar nuevos operarios a la Pimería, para que la expansión pudiera continuar con el mismo ritmo y rapidez. Habiendo estado exactamente un mes en la ciudad de México, el



padre volvió a su montura para hacer el viaje de regreso. Por sus propias memorias sabemos que, a pesar de todas las aparentes desgracias y reveses que le deparaba la Providencia, Kino siempre salía favorecido. La misma escolta militar con la que había viajado a través del territorio devastado por los jocomes, había sido aniquilada en su totalidad al caer en una emboscada; con excepción del padre Kino, quien había hecho un pequeño rodeo para ir a visitar a dos antiguos compañeros jesuitas.

Toda la Pimería resucitó al regreso del padre Eusebio. Los jefes de lejanas tribus recorrieron cientos de leguas para reunirse con él en Dolores. Los indios que vivían en Cosari y sus visitantes se unieron para recoger las cosechas de los fértiles valles. Muchos de los que habían sido instruidos con anterioridad, fueron bautizados. En cierto modo era una pequeña demostración de lo que había significado la primera estancia de Kino para la Pimería. Ahora había unidad, amistad, trabajo, alegría y abundancia. Todo ello giraba en torno de una vida sacramental en común, en el nuevo pueblo de misión.

Sin embargo, los años que siguieron inmediatamente al levantamiento de los pimas, en 1695, fueron turbulentos para el padre Kino. Había que reconstruir las misiones, recobrar la confianza de los nativos y abolir las facciones. Las medidas seguidas por el pastor de Dolores no eran muy bien vistas por los otros misioneros de la región. Pronto se encendieron las plumas con acusaciones, los rostros se enrojecieron de asombro y vergüenza. Kino no era ciertamente el sujeto dócil, falto de ideas e iniciativa que debería ser, de acuerdo con las mentes idealistas e imprácticas de

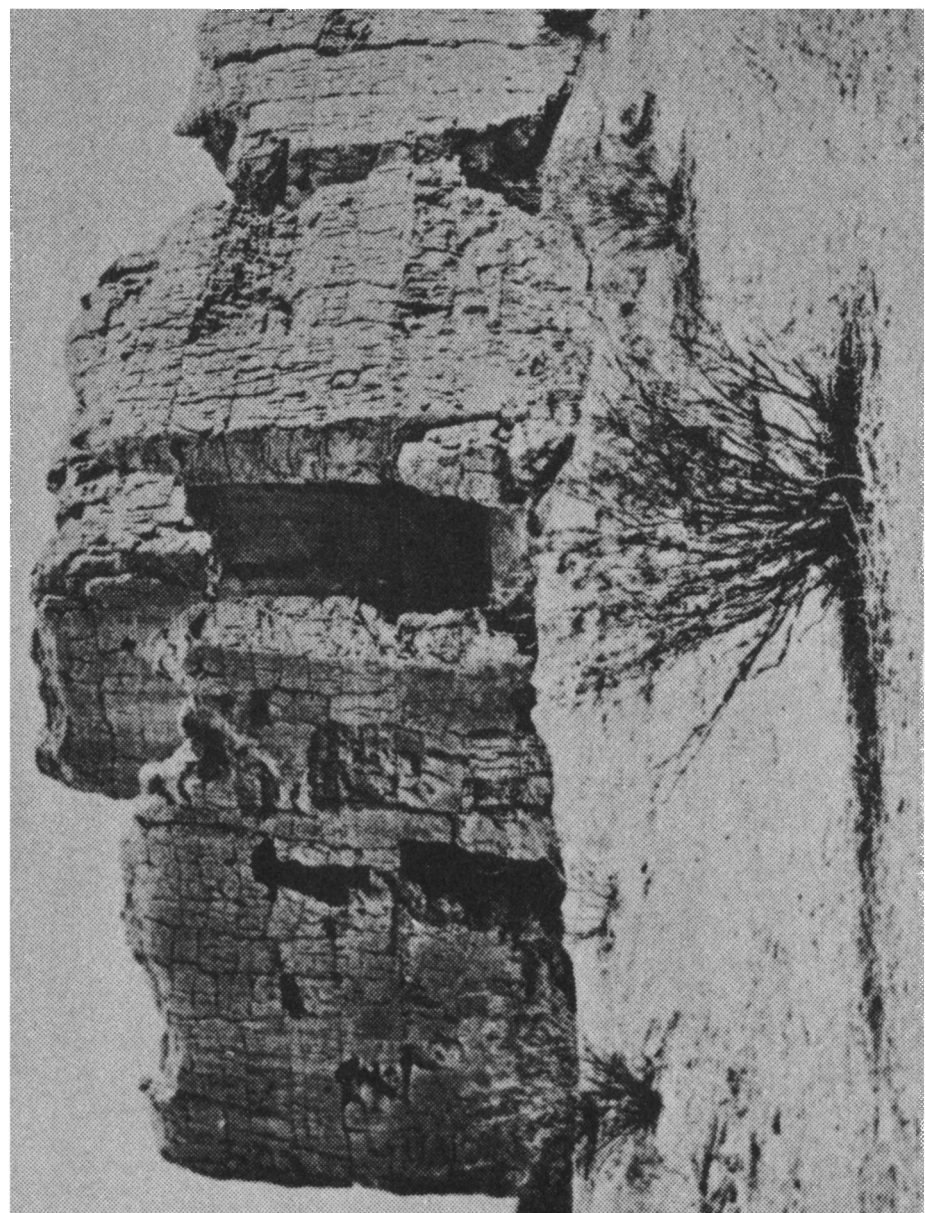
algunos de sus compañeros. "Su fama era demasiado grande", especialmente entre los indios. Y esto, pensaba, no debería ser así; si él realmente era un humilde religioso. Sin embargo, nada perturbaba realmente al padre Kino. Trató con despreocupación a sus detractores, mientras actuaba con firmeza a favor de los indios que dependían de él. La Pimería, a pesar de todo esto, seguía desarrollándose tan rápidamente como antes.

Mientras los críticos de Kino discutían y se encolerizaban, él conducía incansablemente manadas de ganado vacuno y ovejas a los valles de San Pedro y Santa Cruz, con el fin de instalar un nuevo rosario de misiones. Cada una de las cuatro entradas que hizo separadamente sumaban unos 300 kilómetros de promedio. Nadie podía poner en duda que Kino pretendía seriamente hacer avanzar la frontera de las misiones hacia el norte. Y a los cincuenta y dos años de edad, su incansable vigor irritaba a algunos de sus colegas, especialmente a los que eran más jóvenes.

En mayo de 1697, el padre, jinete incansable, apenas acababa de desmontar su cabalgadura cuando llegó a Dolores un despacho enviado por el padre Palacios, provincial de México: Kino había sido destinado nuevamente a California. La corona española había aceptado por fin la proposición de Kino y Salvatierra de cristianizar California con la exclusiva de toda ayuda real. Los nuevos misioneros contaban incluso con la autorización poco frecuente de poder controlar a las unidades militares enviadas para proteger las misiones. Era un sueño que se hacía realidad.

Pero el sueño de un hombre es siempre la pesadilla de otro. ¿Qué sería de la Pimería sin el padre Eusebio?





La noticia del cambio fue una satisfacción para el padre Francisco Mora, el superior inmediato de Kino en Arizpe. Pero, en cambio, para el padre Horacio Polici, visitador en Oposura, era algo impensable; una verdadera catástrofe para el general Gironza de San Juan y gobernador del Parral. Del norte llegaron a México muchas cartas indignadas, en una verdadera tormenta de protesta. ¡Pobre provincial! Un mes antes Kino era condenado por los dimes y diretes y ahora deificado por los magistrados civiles.

¿Y Kino, qué pensaba de todo eso? Sabía que estaba siendo sometido al tormento de una especie de potro de la obediencia; con los pies en la Pimería y el pensamiento en California. Mientras se llevaba a cabo el acalorado tira y afloja acerca de su destino, Kino escribió con serenidad al padre general Tirso González pidiéndole pasar seis meses en cada sitio. Prefería dividir su tiempo antes que su cuerpo. Pero había una cosa que incluso el mismo Kino tenía que admitir: los mismos colonos habían llegado a apreciar la incalculable influencia de este padre pionero. Podía haberles estorbado anteriormente, pero ahora les era necesaria su presencia.

El padre Mora, el viejo gruñón del valle de Sonora, se burlaba diciendo que Kino había tramado personalmente toda esta revuelta de las protestas masivas. La misma actitud de Mora proporcionó siempre una defensa irrefutable contra la oposición al padre Kino.

Mientras los jinetes mensajeros movían las ruedas del destino, Kino obedecía las órdenes recibidas y abandonaba Dolores, la misión que hacía diez años había fundado. Cabalgó río San Miguel abajo y a través de la seca planicie hasta el río Yaqui. Allí se encontra-

ría con el padre Salvatierra para empezar todo de nuevo. El desierto puede ser un lugar solitario, sobre todo cuando se abandona precisamente la tierra a la que se han entregado tantos años de su vida. Con todo, el padre Kino no estaba triste; de hecho, no miraba hacia atrás. Quizá debió hacerlo, porque un mensajero galopaba en su búsqueda, envuelto en un torbellino de polvo. Alcanzó por fin al padre y le entregó nuevas órdenes especiales del padre provincial de México. Kino debía regresar a la Pimería, según las órdenes del mismo virrey porque el gobierno y el pueblo lo necesitaban.

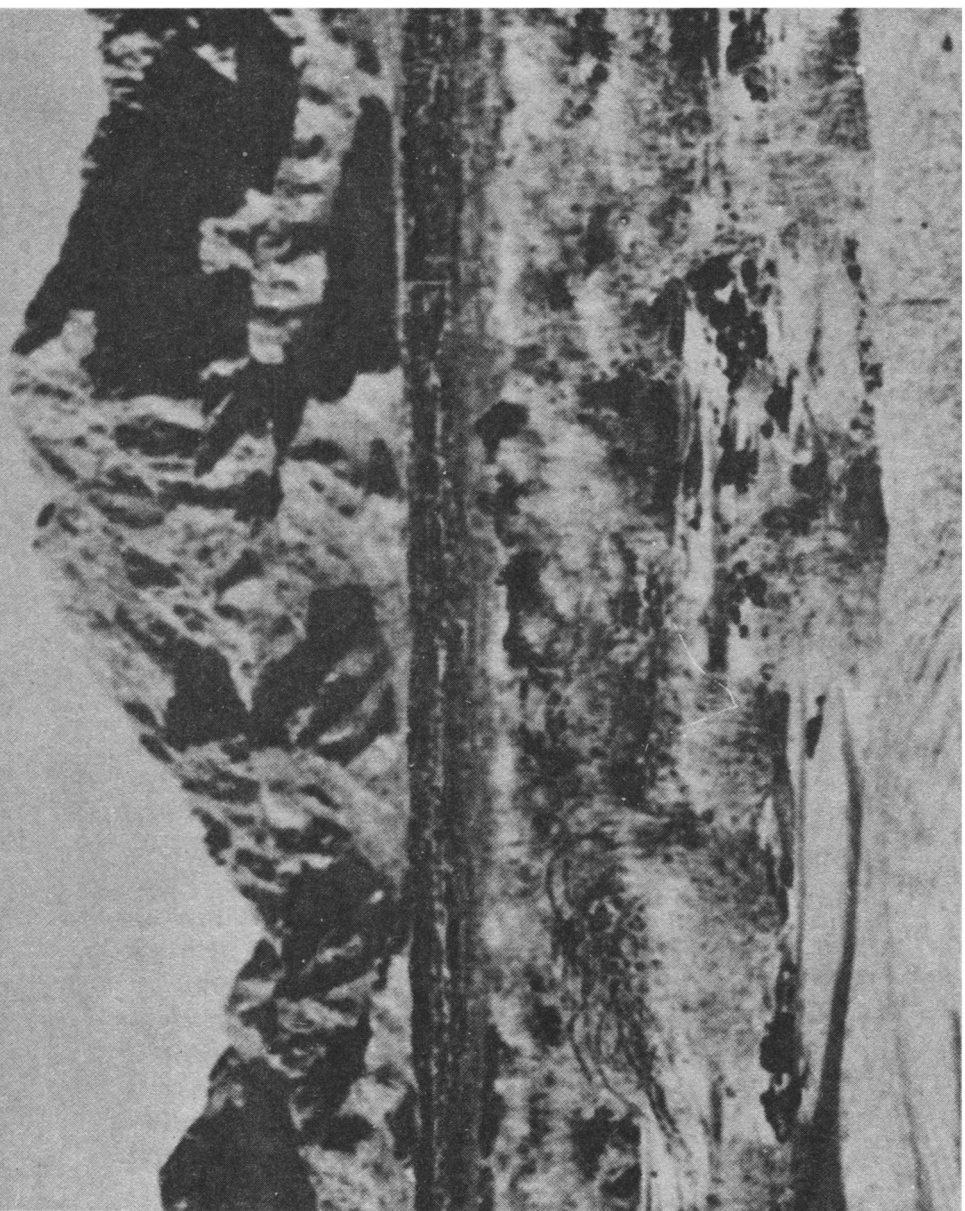
En la vida del padre Eusebio Francisco Kino este fue el momento de plenitud final. No habría más reveses porque el plan de su obra estaba decidido. Su destino fue estar en equilibrio entre dos mundos. Las nuevas órdenes recibidas lo detinaban a la Pimería, pero sólo en el supuesto de que Sonora y Arizona fueran como una base de operaciones. Sus misiones tenían que convertirse en un imperio agrícola que pudiera socorrer a California en los años de necesidad. Ahora sus exploraciones tendrían que encaminarse a buscar nuevos puertos en el Golfo. Su propia vida transcurría más a caballo que en el santuario.

Las montañas se alzan más altas donde los valles corren más profundos. La pérdida de Kino para la Pimería había destrozado las esperanzas de los indios, pero su anunciado retorno las había elevado nuevamente a insospechadas alturas. Guerreros y principales, mujeres y niños se dirigieron hacia el buen padre de Dolores. Ahora se sentían con más ánimo para presentar sus peticiones, pues el leal campeón de su causa había regresado. Kino se dio cuenta y canalizó

todas las energías en una peregrinación gigantesca a Baseraca, hasta los pies del padre visitador Horacio Polici.

Algunos indios recorrieron más de 300 kilómetros para unirse a su recibimiento. ¿Por qué no transformar sus esperanzas en una peregrinación de súplica? La triunfante y confiada columna marchó adelante, a través de Arzipe, donde el padre Mora pudo ser testigo de la creciente popularidad de su problemático padre. A través de los desfiladeros y los pasos de las agrestes montañas, los peregrinos llegaron atravesando Oposura y Guásavas, hasta el mismo padre Horacio Polici. La pacífica marcha obtuvo lo que deseaba: se les prometieron más misioneros y también soldados para integrar una nueva guarnición en Quíburi.

La expedición que salió de Dolores el 2 de noviembre de 1697, abría una nueva era en la Pimería. Muchas otras habían serpenteado por las colinas de Dolores; pero un nuevo objetivo se estaba tejiendo en la urdimbre de la vida pima: el sostenimiento de California por tierra y por mar. El padre Kino, Manje y diez indios condujeron una recua bien abastecida de provisiones hacia el noroeste, más allá de Remedios, Cócospa y Suamca. Atravesaron las montañas de Huachuca y finalmente acamparon en Santa Cruz de Guaybanipitea. Tras ellos llegaron el capitán Cristóbal Bernal y veintidós dragones procedentes de Fronteras. Los dos grupos se unieron para continuar hasta Quíburi, en donde saludaron al jefe Coro de los sobaipuris; quien celebraba a la sazón una victoria sobre sus hostiles vecinos los jocomes y janos. Viendo las cabelleras de las víctimas y oyendo las narraciones del combate, los españoles, que habían sido poco entusias-



tas sobre el valor de los sobaipuris, se sumaron al festín salvaje y a la alegría. Siempre da alegría el saber que los propios aliados son fuertes y eficaces.

Desde Quíburi, los hombres al servicio de la cruz y de la corona, acompañados esta vez por Coro y treinta valientes, continuaron por el valle de San Pedro. La ruta de la comitiva cortaba por territorio amigo y enemigo, ya que la vertiente occidental del río era tierra de apaches. Sin embargo, aparentemente, el aguijón de la derrota era aún demasiado fuerte, ya que solamente encontraron amigos. La expedición llegó al punto donde se unen los ríos de San Pedro y Gila y se dirigió hacia el oeste para buscar las grandes ruinas que se encontraban perdidas en la inmensidad del desierto. La fascinación y el misterio que había en torno de la desaparición de las antiguas tribus que construyeron las grandes casas y acueductos a orillas del Gila, aguijoneaban la imaginación de los aventureros españoles. Era sobrecogedor el hallarse con una soledad en donde antes había una vasta población humana.

El padre Kino avanzó hasta San Andrés, el viejo Tudacson, cerca del actual Sacatón. Los indios, pintarrajeados con pigmento rojo despertaron la curiosidad de Manje; porque un joven guerrero describió la pintura de una manera que hacía pensar en el mercurio. ¡Qué noticia no sería ésta la de una mina de mercurio para la industria de la plata en el norte! Alentados así sus intereses por los nuevos descubrimientos, los expedicionarios regresaron con desganado hacia el río Santa Cruz y de allí a casa. Todos estaban entusiasmados por el buen éxito de esta entrada: Kino veía una nueva paz surgida de la fuerza de los sobaipuris; Manje sentía que se daba un paso adelante en la reducción de

las naciones septentrionales; y los indios estaban más que emocionados por el cordial interés que mostraban por ellos los estupendos blancos del sur.

El plan del padre Kino dio resultado. Los apaches fueron contenidos por el sólido muro defensivo de la Pimería. Ahora, tanto los misioneros como los militares, podían desentenderse de la frontera del este. La tierra incógnita del oeste se extendía ante ellos con toda su desconcertante extensión y su débil rumor. Los cazadores que se aventuraban tierra adentro, hablaban de pueblos distantes, de ríos gigantescos e incluso de hombres blancos armados que cabalgaban animales astados. La misión del padre Eusebio en Dolores había dejado de ser súbitamente el corazón de la Pimería, porque ahora las fronteras de la misión se alargaban hacia el oeste. Pimas, pápagos, sobas, cocomaricopas, ópatas y yumas; todas las tribus del desierto del oeste habrían de crecer habituadas a los nubarrones de polvo de las recuas del padre Kino. Era un hombre de paz, infatigable, que empujaba una frontera ya de 650 kilómetros más allá, hacia lo desconocido.

Llegó el otoño de 1698 antes de que otra expedición importante fuera organizada. Los primeros meses del año habían sido testigos del trágico saqueo de Cocóspora por los apaches, la rápida y bárbara represalia organizada por Coro y del retorno a la idea de la construcción del barco en Caborca. En septiembre, el padre Kino, aunque todavía débil y agobiado por diversas enfermedades, tomó un nuevo capitán: Diego Carrasco, y siete indios fieles, para un reconocimiento del "gran río" o sea el Gila. Era su intención escalar la Sierra Estrella, pero la fiebre lo abatió y durante algunos días languideció en San Andrés. Tenía también la



Mapa de Kino de 1710 — Colección D'Anville, Bibliothèque Nationale, Paris.



intención de inspeccionar la costa del Golfo desde el sitio de las Estrellas, pero los nativos le explicaron que el Gila corría en derredor de estas montañas y desembocaba en el Golfo, lejos, hacia el suroeste.

Parcialmente recuperado, pero confundido por las nuevas noticias sobre el curso del río Gila, el padre Kino, en compañía de Carrasco, hizo virar el rumbo de la expedición hacia el sur y cortó a través de la Papáguería. Oyendo los relatos de los indios se enteraron de que el camino hacia el Golfo había de ser traicionero, pero ellos estaban decididos a llevar a cabo el cometido de la entrada. Los indios de Sonoíta condujeron a los exploradores hacia el Pico Pinacate. Kino escaló sus cerros volcánicos para otear desde allí la costa del Golfo, que se dibujaba en la lejanía hacia el oeste de la actual bahía Adair. Se había equivocado acerca de los límites septentrionales de las aguas del Golfo, y el Gila desembocaba en otro río mayor en algún lugar situado al noroeste. Desde Pinacate, o Santa Clara, como entonces se le llamó, regresaron por la ruta más corta, a través de Caborca, donde les esperaban provisiones y cabalgaduras de repuesto.

El ritmo del viaje era el característico de Kino. Había recorrido unos 1 500 kilómetros en poco más de tres semanas. Durante la exploración tuvo tiempo de bautizar a casi cuatrocientos niños, de instruir a otros en la fe, y de ponerse en contacto con cientos de pápagos indigentes a través de toda esa tierra árida.

Después de un descanso de tres meses en Dolores, el padre Eusebio reclutó al padre Adán Gilg y al capitán Manje para una nueva entrada en la Papáguería. Esta expedición no escaseaba de nada; reunió noventa animales de carga, ochenta caballos, treinta y seis cabe-

zas de ganado vacuno, ocho fardos de provisiones y una gran hueste de vaqueros indios. Sonoíta era ciertamente un punto clave para dirigirse a cualquier parte del oeste, y ello significaba que había que construir allí un nuevo rancho de misión que fuese campamento y que sirviese de base para las exploraciones hacia el noroeste. La ingente columna recibió aún más provisiones del buen padre Agustín de Campos, en San Ignacio, y se desplazó en derredor de las colinas hacia el valle de Altar. Acortaron un poco hacia el oeste en los flancos meridionales de las montañas de Baboquívari y acamparon cerca del fantástico pico que domina la extensión y las vistas del desierto. A los nueve días, el 16 de febrero de 1699, llegaron a Sonoíta y se prepararon para hacer la travesía del "Camino del Diablo".

El "Camino del Diablo" es uno de aquellos viejos senderos que incluso el hombre moderno no ha vuelto a abrir. Su ruta se extiende a lo largo de un camino seco, áspero y escarpado que pasa de vez en vez por escasos puntos donde se puede encontrar un poco de agua. La irrupción en el desierto no acertó a pasar por el primer punto de agua esperado; era como si el mismo demonio estuviera dando la bienvenida a los exploradores. Cabalgaron por la noche y llegaron por fin a un tanque granítico que brillaba a la luz de la luna. Kino y Manje le pusieron por nombre el "tanque de la luna", en recuerdo de su descubrimiento realizado a media noche. Rodeados por desoladas colinas y áridas mesetas, avanzaban con rapidez de aguaje en aguaje: de "Tinajas Altas" a "Manantial Gotante". En cuatro días de duro cabalgar cubrieron más de 200 kilómetros y por fin llegaron al "Río Grande" o Gila.

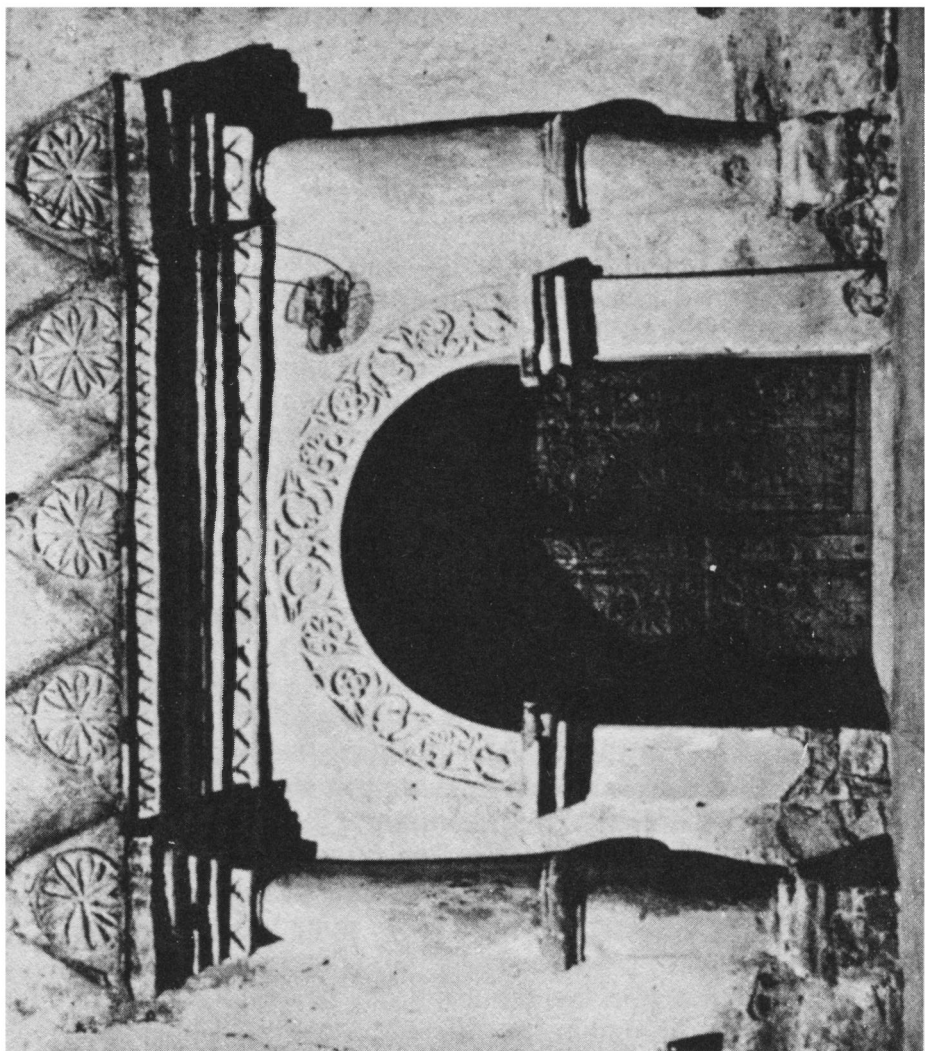
A la mañana siguiente de su llegada al Gila, unos cientos de yumas avanzaron río arriba para ofrecer a los recién llegados algunos regalos y palabras de bienvenida. Manje estaba ansioso por descender río abajo, pero Kino sintió que era mejor posponer una penetración más profunda. Había algo sorprendente en la sensibilidad de Kino para el protocolo de los indios. Pero Manje se las arregló para satisfacer su curiosidad subiendo a un pico de la región montañosa del Gila, desde el cual divisó la unión de los dos grandes ríos, el Gila y el Colorado. No se podía volver a llamar equivocadamente al Gila "Río Grande", porque al lado del poderoso Colorado el Gila parecía un arroyo. Siguiendo el parecer del padre Gilg, el Gila fue llamado el "Río de los Apóstoles" y cuando el trío abandonó el campamento aldeano de San Pedro, los pueblos indígenas situados a lo largo del río fueron bautizados con una letanía de nombres de los otros apóstoles. Llegando a la gran curva del Gila cruzaron el desierto y se abrieron paso por Sierra Estrella, que les condujo hasta cerca del conocido pueblo de San Andrés de Coata. ¡Qué maravilloso tiene que haber sido para los pimas el padre Kino, al que veían, con más de cincuenta años de edad, aparecer de repente cada cierto número de meses, por una dirección diferente!.

Una vez más y a través de toda la provincia, corrió en Dolores la noticia de que el padre Kino regresaba de unas tierras de riquezas legendarias. Todo el verano transcurrió en polémicas epistolares acerca del valor de las tierras del vasto desierto perteneciente a España desde la exploración de Kino. Los cínicos colonos no podían ver las potencialidades de la tierra y de los pueblos del noroeste de la Pimería. Kino —decían—

hacía aparecer los insectos como elefantes, y "describía unas grandezas en la tierra pima que de hecho no existían".

Durante la última semana de octubre de 1699, el padre Antonio Leal, nuevo visitador, y el padre Francisco Gonzalvo, acompañaron a Kino y a Manje en una nueva entrada trazada esta vez con objeto de alcanzar la unión del Gila y del Colorado. Algunos de los acompañantes del padre Leal cayeron enfermos en Bac y la escolta militar, bajo el mando de Cristóbal Bernal, se entretuvo en una acción conjunta con el jefe Coro contra los hostiles e inoportunos jocomes. Con la impaciencia de los ya experimentados aventureros, Kino y Manje corrían de poblado en poblado, esperando que las condiciones mejoraran, pero no fue así. Aunque Kino nunca expresa abiertamente sus sospechas acerca del peligro que podían encontrar a lo largo del Colorado sin el auxilio de una escolta, no le quedaba más remedio que cancelar la expedición y, en su lugar, llevar al padre Leal por el centro de la Papaguería. El desierto parecía brotar a la vida en honor del padre visitador: cientos de indios se desparramaban en los pueblos, a lo largo de la ruta. Fue quizá un contratiempo el no haber podido intentar la expedición a los yumas, pero también fue una buena recompensa el haber observado que el padre Kino no se equivocaba en su valoración de las naciones pima y pápago.

Mientras los padres Leal y Gonzalvo avanzaban penosamente por los senderos del desierto, el padre Eusebio y el capitán Juan Mateo Manje intentaban una especie de "misión volante". Durante los cinco días que se separaron de la caravana principal, la pareja cabalgó a 80 kilómetros diarios a través del territorio



que rodeaba a la ruta principal. Kino predicaba y bautizaba. Manje contaba los súbditos que se incorporaban a la corona. Aparentemente, el cuerpo principal avanzó más rápidamente de lo que ellos habían previsto, porque todo el último día con su noche, tuvieron que rastrear cincuenta leguas de árido desierto erizado de chollas. Alcanzaron a Leal y a Gonzalvo en Búsanic, durmieron cuatro horas, y se levantaron temprano para matar algunas reses, distribuir regalos y celebrar una ceremonia civil con el fin de nombrar justicias. No es de extrañar que Leal y Gonzalvo se alegraran de poder regresar a Dolores y descansar.

Pero Kino no estaba con ánimo para descansar. Algo le preocupaba desde la expedición al bajo Gila. Los vigorosos y robustos yumas le habían dado un sencillo y precioso regalo: unas conchas azules de abulón. En ese instante sonrió y agradeció a los nativos; pero necesariamente tenía que concentrarse en sus exploraciones y pensar en su supervivencia. Fue en el camino de regreso, cuando el padre Kino se encontraba recordando bajo el sol invernal, que la brisa salada y la marejada estrepitosa de Baja California irrumpieron en su memoria. Había visto aquellas conchas sólo una vez, quince años antes, durante la expedición cartográfica a la costa opuesta de la isla de California. ¿Podría tratarse de una conexión? Era posible, pero no probable.

El padre Kino dio la bienvenida en Dolores al cambio del siglo. La carga de su trabajo era pesada, y las nuevas misiones de California, al cuidado de Salvatierra, necesitaban de mucha ayuda. La entrada hacia el Colorado significaba también un aumento de tareas. Dolores quedaba lejos de los nuevos centros de inte-

res del Gila y del Colorado. Un plan prudente sería el de construir una misión más cercana a estos campos de trabajo; el padre Kino eligió la fértil y extensa rancharía de Bac para convertirla en una base que sirviera para las futuras entradas hacia el noroeste. En 1700 se trazaron los planos para la construcción de una gran iglesia, pero la escasez de misioneros impidió el traslado del cuartel general de Kino a este lugar más apropiado.

Ninguna sangre nueva se inyectaba a la Pimería por aquellos días. La vida se hacía un poco más rutinaria. Esto duró hasta el mes de marzo. Un jefe de los pimas del Gila visitó al padre Eusebio en Remedios, con noticias de los pueblos de aquel río y un regalo consistente en una cruz colgante, con veinte conchas azules que le enviaba el gobernador de los cocomarcopas. La cruz fue aceptada con agradecimiento, pero una vez más las conchas hubieron de inquietar al padre. La interrogante sin respuesta acerca de su origen hubo de agitar su mente científica.

El problema de las conchas azules continuó en estado efervescente por algunas semanas, pero entonces llegó un momento en que le exigía una respuesta. Con diez indios amigos, salió hacia los pueblos del Gila a fines de abril. En camino del río Santa Cruz abajo, le llegaron noticias de posibles disturbios en el país de los sobas. No había olvidado la trágica lección de 1695, por ello se detuvo en su avance y permaneció en San Xavier del Bac. No sería prudente de su parte abandonar la Pimería si alguna dificultad se estaba fraguando, pero aún contaba con la posibilidad de estudiar el problema de las conchas azules convocando a una con-

ferencia. Envió pues, mensajeros hacia el norte, hacia el oeste, e incluso hacia el este, para llamar a los grandes jefes a la "Conferencia de las conchas azules", que tendría lugar en Bac. A los pocos días el mensaje del padre obtuvo respuesta: jefes y mensajeros llegaron con la información deseada. Las conchas azules de los yumas, no podían provenir del Golfo porque el abulón de capas azules no se encontraba en aquellas aguas densas. Habían circulado de mano en mano, por medio del trueque, desde el lejano Pacífico. Obviamente, pues, California no era una isla; pero Kino necesitaba demostrarlo atravesándola a pie.

A principios de mayo una ráfaga de cartas expresando la opinión de Kino sobre un "camino real" a California, fue enviada a toda la provincia. Manifestaciones de aliento para una nueva expedición llegaron de todos los puntos cardinales. El 24 de septiembre de 1700, el padre Kino y diez indios partieron de Dolores, con destino al Colorado. Tomaron la dirección noroeste por una ruta más directa hasta el recodo del río Gila, haciéndose de nuevos amigos en el camino. En doce días llegaron al pueblo de San Pedro, en donde Kino había estado ya el año anterior con Gilg y Manje.

Es extraño que Kino continuase solo hacia el Colorado. Quizás sus compañeros de camino estuvieron demasiado ocupados o cansados por las agotadoras expediciones. Quizá no compartían ya la visión de Kino sobre la importancia de una ruta terrestre hacia California. Pero también hay que suponer que Kino no deseara exponer las vidas de los demás al lanzarse hacia lo desconocido.



Conocía a los pimas, confiaba en lo cocomaricopas, pero los yumas despertaban en Kino una preocupación poco frecuente en él. ¿Sería su parecido con los californianos lo que hacía resurgir temores anteriores?

Solo y a casi 450 kilómetros de distancia de toda ayuda, escaló un pico en el otro extremo de la extensión del Gila y examinó el delta del río Colorado con un telescopio de largo alcance. Se encontraba al borde de un vasto valle que podía devorarlo sin dejar rastro. Los guías pimas no estaban contentos con su situación, y por otro lado, el rodeo de ganado tenía que iniciarse ya, si es que realmente se quería que éste llegara a California. La exploración de largo alcance se había realizado y las recuas regresaron río arriba por el Gila. Pero al caer las últimas sombras de la tarde, los yumas dieron alcance al padre Kino.

Si no retrasaba su regreso para visitarles, era casi seguro que ofendería a los sensibles pero poderosos pueblos yumas. Era un dilema que por un lado planteaba la cuestión de tiempo y por otro la del temor. Olvidando las preocupaciones, y dejándose guiar por su acostumbrado optimismo, el padre Eusebio sonrió ante la insistencia y las lágrimas de los indios y consintió en ir a su pueblo en el Colorado. Se levantó antes de amanecer, celebró misa y cabalgó río abajo encontrándose con numerosos indios que habían viajado durante la noche para encontrarle en el camino. Su caballo disminuía el paso conforme crecía el tropel de los que venían a desearle la bienvenida. Al medio día hizo su entrada al enorme pueblo yuma donde más de mil indios salieron a saludarle en paz. Al día siguiente, unos quinientos indios más llegaron y se corrió el rumor de que cientos de ellos se encontraban en el

camino desde el norte y el sur a lo largo del Colorado. Los yumas eran de estatura gigantesca y uno de ellos era el indio más alto que Kino había visto en su vida. Tenía que ser un poco inquietante el hecho de encontrarse cautivo voluntario y complaciente de tales gigantes.

Pero la buena voluntad del propio padre Kino y el conocimiento que tenía de las costumbres de los indios, ganaron la amistad de toda una nueva nación. Sus obligaciones le reclamaban en Dolores y hubo de marcharse, pero no sin prometer un pronto regreso. En el camino de retorno escaló aún otro pico y vio cómo la cabeza de Golfo resplandecía en aquella puesta de sol de octubre. El mismo demonio debía estar muy rabioso al ver que Kino convertía su senda de muerte en un camino de conquista, mientras tanto el padre Juan María Salvatierra no había perdido el tiempo. Su nueva misión de Loreto, en la Baja California, necesitaba con urgencia más provisiones del continente. Con tal motivo, el industrioso misionero cruzó el Golfo y exploró la bahía de Guaymas en busca de un emplazamiento para una nueva misión y un puerto de mar. Salvatierra había recibido los informes de Kino sobre las conchas y sobre su viaje al Colorado. Embarcaba ganado a California a \$300.00 por cabeza. El peor desierto del mundo hubiera permitido una ruta terrestre más barata. A fines de febrero, Salvatierra y Manje llamaban a la puerta de la casa de adobe de Kino en Dolores. Habían pasado cinco años desde que estuvieron en México y diez desde que recorrieron la Pimería tratando acerca del futuro de las misiones.

Se estaba preparando otra expedición al oeste. Pero el padre Kino tenía que atender primero la fortifica-

ción de las misiones de la montaña, puesto que los apaches iniciaban una nueva y audaz campaña de ataques a lo largo de toda la cadena de la Sierra Azul. Conociendo con fluidez la lengua pima desde sus tiempos de misionero en Chínipas, Salvatierra siguió adelante predicando en su camino a través del valle del río Magdalena, Una semana más tarde, Kino se le unió en Caborca y juntos salieron para Sonoíta, a donde las provisiones habían sido enviadas por adelantado. Esta vez, los exploradores determinaron evitar el Camino del Diablo y encontrar una ruta directa a la desembocadura del Colorado. Lo que podía haber sido una de las expediciones más significativas en la carrera de Kino y Salvatierra fue malograda por un guía indio estúpido. Por lo visto aquel verano los guías pretendían una paga exorbitante y algunos se habían negado a indicar los lugares donde había agua en el trayecto desde Caborca. Salvatierra quería ir en línea recta hacia el oeste desde Sonoíta, lo cual le habría conducido al norte de la Sierra de Pinacate a un infranqueable desierto de dunas. Kino atendía a los guías indios que preferían un paso por el sur de Pinacate. Manje argüía y optaba por el único trayecto razonable: el camino del Diablo.

La opinión de Kino prevaleció y volviéronse hacia el sur de Pinacate, al interior de la pavorosa meseta volcánica que había sido vomitada por las montañas en erupción. Todo lo que Salvatierra podía pensar era lo que parecía el mundo después de su destrucción por el fuego en el juicio final. Todo lo que ellos encontraron —salvo unos pocos indios desvalidos y algún enjuto viejo centenario— eran cenizas, rocas y los animales. Los guías recomendaron un trayecto a lo largo de la

costa del Golfo; por lo que atravesaron penosamente las rocas calcinadas y la arena. Durante tres días buscaron un camino; era desesperante. El agua de Tres Ojitos, al norte del actual Puerto Peñasco resultó insuficiente y el resto de la recua que ellos habían dejado al pie de la Sierra del Pinacate tuvo que regresar para proveerse de agua. De mala gana, regresaron.

Hicieron acopio de provisiones en Sonoíta y salieron de nuevo hacia el norte, pero los guías pimas se negaron a entrar en territorios yuma. La situación no era nada buena. Pero el trío se las arregló para escalar un pico alto y escarpado al norte de Pinacate y desde su cima contemplaron una punta de sol brillando sobre las no lejanas montañas de California. Salvatierra estaba satisfecho, pero Kino y Manje estaban descontentos. Desobedeciendo las normas que ellos mismos se habían impuesto de conquistar la tierra incógnita a base de porciones conocidas, perdieron la maravillosa oportunidad de unir inseparablemente ambas Californias a la Pimería durante su vida.

Por toda la Pimería se extendió la noticia de las nuevas confirmaciones de los descubrimientos de Kino. El infatigable trío planeó otra expedición para octubre. Pero Salvatierra tuvo que disculparse, ya que la misión de Loreto en California necesitaba caballos para explorar la costa oeste del Golfo. Manje, por su parte, fue afectado por un reajuste político cuando el general Gironza se retiró al final del verano; así, Kino quedó solo con las riendas en la mano.

El padre Eusebio invitó a un español a que le acompañara en el siguiente viaje al Colorado. Abandonó Dolores el 3 de noviembre de 1701, e ingenioso como siempre, descubrió una nueva ruta a través de la Papa-



guería, hasta San Pedro en el Gila. Cientos de yumas y pimas se agolparon en torno del misionero de hábito negro como lo habían hecho el año anterior. Kino estaba en su elemento, pero cuando la caravana avanzó hacia el sur a lo largo del Colorado, el temor hizo presa de su compañero de viaje. Transcurrió un cuarto de hora antes de que el padre Kino se diera cuenta de que el pobre español se había escabullido temiendo por su vida. Dos vaqueros pimas salieron en su busca con los caballos más rápidos que había a la mano, pero ya no pudieron dar alcance al pobre timorato y aterrorizado hombre. Sin duda, inventaría algunos rumores especiales para justificar su cobardía. No sería la primera vez que llegaran rumores a la Pimería de que Kino había sido comido vivo por terribles salvajes.

El padre Kino estaba conmovido de ver cómo los yumas y los quíquimas quedaban fascinados con la celebración de la misa. Divirtiase también con sus reacciones ante los caballos y las mulas que nunca habían visto. Cuando se les dijo a los quíquimas que los caballos podían correr más de prisa que los indios, se burlaban incrédulos. Entonces los vaqueros de Dolores prepararon una carrera y los indios quíquimas, de pies alados, se precipitaron delante de los pausados caballos; las espuelas golpearon entonces sus flancos y los corceles galoparon veloces, sacando ventaja a los asombrados aborígenes en medio de una victoriosa nube de polvo.

Los caballos podían haber sido excelentes para la expedición, pero había que desbrozar el monte que impedía pasar las tierras del río. Era obvio que no podían nadar en las rápidas aguas del Colorado. Pero los quíquimas siguieron insistiendo para que Kino visi-

tara sus tierras situadas al otro lado del río. Nada podía agradarle más, ya que Kino esperaba llegar a las costas del Mar del Sur, todavía distante diez días al oeste.

Se ataron troncos secos para construir una balsa y los caballos fueron conducidos a la débil embarcación, sin embargo, los caballos se encenagaban por el paso y trataban de mantenerse en equilibrio sobre la superficie bamboleante de los troncos. El mismo padre Kino se resistía a mojar sus botas, no porque esto le molestara, sino porque sabía la importancia de tener un buen calzado para la exploración del desierto. Los indios colocaron una gran cesta impermeable sobre la balsa y Kino, colocándose cuidadosamente en ella, se preparó para la histórica travesía del río Colorado.

Su estancia en la tierra de los quíquimas fue breve, pero acogedora. Tenía que regresar a Dolores porque el español que había desertado podía causar inauditos daños a los indios del oeste si el destacamento del real de San Juan o de fronteras salía a buscar al "extraviado" padre Kino. Por lo menos, Kino estaba ahora completamente seguro de que el Golfo terminaba al sur de la confluencia del Gila y el Colorado y de que una ruta terrestre a Loreto era posible. De regreso, sobre la vega oriental del río, el padre Kino volvía cargado con doscientos fardos de provisiones así como regalos de los quíquimas. Regalos que él aceptó agradecido, pero que hubo de dar a los necesitados yumas cuyas cosechas habían sido malas aquel año.

Las noticias sobre la travesía del Colorado apenas causaron alguna impresión en la Pimería; acostumbrada como estaba a los rápidos avances del ya envejecido pero dinámico padre a caballo. Todo el mundo se daba cuenta de la inmensa importancia de una ruta

terrestre. Pero es de suponerse que los ataques de los indios a lo largo de todo el perímetro del norte, estaban debilitando el poderío español. Nadie quedaría libre de participar en la siguiente entrada de 1702; a no ser el padre Manuel González, el viejo y fiel amigo jesuita de Kino, el primero que lo había introducido en la Pimería.

La caravana que se preparó en Dolores a principios de febrero era digna de los dos misioneros. Ciento treinta caballos y mulos, cargados de provisiones, constituían el núcleo de la expedición. Kino lo aumentaría en Síboda, con unas mil cabezas de ganado. Los colonos españoles debían estar atónitos al pensar que el padre Kino, con otro compañero sacerdote y unos cuantos vaqueros, podía conducir desde Dolores una cantidad tan grande de ganado en perfecta paz a través del desierto, mientras ellos no podían siquiera guardar con seguridad una cabra durante un mes.

El padre González era el perfecto compañero de viaje. Y era acogido tan cálidamente como el mismo Kino y mostraba igual entusiasmo por la extensión de las misiones que podían fundarse en el Colorado. La pareja dirigió las recuas hacia el sur, partiendo de San Dionisio, y estudió la forma de atravesar el inmenso río. Las dificultades eran las mismas; los caballos se hundían en el fango y las balsas resultaban inútiles. Y para complicar las cosas, el padre González enfermó gravemente. El sufrimiento y el dolor siempre fueron fieles compañeros de todo misionero, de manera que lo experimentado por el padre González a lo largo del trayecto no fue nada fuera de lo común para él. Pero las largas horas pasadas sobre la montura habían agravado en él una vieja patología a las hemorroides y el duro



viaje, junto con la constante exposición a los rigores del invierno, habían empeorado su situación.

El padre Kino se dio cuenta entonces, de que sería imposible cruzar el río y penetrar a la costa del pacífico. Y había que darse prisa en hacer volver al padre González en busca de auxilio. Se puede adivinar la urgencia que la situación reclamaba, por el hecho de que Kino se dirigió en línea recta hasta el este, partiendo del lugar donde se hallaba en el Colorado. Se obligó así a cruzar las dunas de arena del gran desierto, el Sahara de Sonora. Los vientos huracanados aullaban y azotaban al grupo con punzante arena. Animales y hombres se hundían y eran absorbidos por los torbellinos de arena en movimiento, convirtiendo cada paso hacia adelante en una lenta y frustrada agonía. Habían ya recorrido penosamente unos 65 kilómetros y hallábanse casi a la mitad del camino del Pico Pitaqui, cuando tuvieron que renunciar. Volviendo sobre sus pasos, se dirigieron hacia las sendas que se localizaban a lo largo del río y que ofrecían mayor confianza. El padre González arrastró su dolorosa situación a todo lo largo del "Camino del Diablo", llamado así con tanta razón especialmente para él ahora que tan penosamente lo recorría. Llegando a Sonoíta descansó durante tres días, pero su estado empeoró. Los fieles indios pimas lo colocaron sobre una litera y lo condujeron a través de la desolada Papaguería.

Fue el padre Ignacio Iturmendi quien salió al encuentro de la desesperada y andrajosa comitiva. El padre González se debatía entre la vida y la muerte; nada pudo aliviarle o restaurar sus fuerzas. A los pocos días murió.

He aquí un hecho realmente curioso y significativo: aquellos tres padres que se encontraron unidos en tan penosas circunstancias, habrían de morir en el transcurso de 10 años y los tres habrían de ser sepultados en la misma capilla, aguardando durante siglos el descubrimiento de sus tumbas y los honores de la historia.

La muerte del padre González fue un duro golpe, pero la pérdida no restó importancia a la expedición. La realidad de un paso terrestre a California era más que un sueño. Un puerto continental en el Pacífico podría, por fin, acabar con la angustia y la ansiedad de que eran presa los galeones de Manila; ello podría significar la supremacía naval en toda la costa del hemisferio; detendría el avance de Rusia en el Nuevo Mundo. Y, sobre todo, significaría una cristianización más temprana para las decenas de millares de indios que cazaban y luchaban por su existencia en los chaparrales del noroeste.

El padre Kino regresó del Colorado y se estableció en la rutina agobiadora de la vida del pueblo. A sus cincuenta y seis años de edad, parecería que ya era hora de aminorar la marcha. Pero no; Kino no entendía de este modo la vida. Los últimos diez años de su vida, establecieron una marca asombrosa de actividad para un hombre de su edad, e incluso para uno más joven. Sólo los relatos incompletos de sus expediciones arrojan un total de 12 800 kilómetros a caballo, a través del desierto más hostil del continente. El término medio de la marcha de una jornada era bastante más de 50 kilómetros, sin contar las incursiones a la derecha e izquierda para visitar a los enfermos, instruir y bautizar. Condujo consigo ganados vacunos, ovejas, cabras, caballos y burros. Cómo podían esos animales ser ali-



mentados y abrevados en el desierto, es un problema que solamente el genio de Kino pudo resolver.

El padre Kino no estuvo ya más al borde del descubrimiento. Había cruzado el Colorado; cartografiado los accesos a la costa de California y la cabeza del golfo; había desafiado incluso el gran desierto. Mientras en el misterioso oeste él se ocupaba en desentrañar lo que era rumor de lo que era realidad, las misiones fronterizas seguían luchando para mantener el paso y avanzar. Ejércitos de carpinteros, de albañiles, de granjeros y expertos en el riego se desplazaban por todos los pueblos actualizando y extendiendo la economía. Un sueño se iba convirtiendo en realidad. El padre Kino había venido a un desierto. Vino a vivir en medio de un pueblo abandonado. Recorrió las áridas sendas. Soportó la dura y amarga crítica de los colonos. ¿Por qué no habría de hacerlo? Sabía que la paradoja del cristianismo se encontraba encerrada en la paradoja del desierto. La vida tiene más sentido allí donde parece no tenerlo. La gente es más querida allí donde el hombre reconoce la fuerza de la hostilidad.

La Pimería Alta había respondido a la visión del padre Eusebio. Su dedicación, sus sueños y su entrega no había contribuido tanto a cambiar la Pimería como a despertarla a la vida. Pero el padre Kino, como todo hombre, hubo de llegar al final de su camino.

Con alegría y gratitud en su corazón, el padre Kino entraba en Santa Magdalena en marzo de 1711. Había venido para dedicarle una nueva capilla a San Francisco Javier, el santo de su devoción y el de toda la Pimería. Comenzó la misa de la dedicación y a la mitad de ella se sintió desesperadamente enfermo. Después de la misa el padre Campos ayudó al indomable misionero a lle-

gar a la modesta casa cural, en torno de la cual se congregaron todos los amigos indios, para rogar por su salud.

La vida de Kino languideció hasta la media noche de aquel 15 de marzo, y luego abandonó el cuerpo que yacía sobre el piso de adobe. Kino murió como había vivido: en paz y pobreza, y al borde de algo mucho más grande.

El padre Campos eligió esta capilla para lugar de su sepultura. Y a través de los siglos, desde el día de su muerte, el pueblo de Santa María Magdalena ha sido el centro de una creciente devoción a San Francisco Javier. Durante docenas de décadas, los fieles de Sonora, Arizona e incluso de Chihuahua han recorrido cientos de kilómetros, muchos de ellos a pie, con el fin de participar en la fiesta de San Francisco. Hay mucha gente que no lo comprende. Pero los etnólogos ofrecen una explicación muy sencilla: los indios han transformado la devoción del padre Kino a San Francisco Javier, en un homenaje común al santo patrono de la Pimería Alta y al mismo padre pionero. ¿Y quién sabe, si en realidad tengan razón? . . .

## LAS MISIONES DEL PADRE KINO

A la vuelta del siglo décimo octavo, cuando el padre Kino paseó a caballo por las veredas de los indios, escogió muchas aldeas como sitios para futuras misiones. En las páginas siguientes muchos de estos lugares se describen con palabras y fotografías. Ninguna de las imponentes iglesias españolas coloniales todavía conservadas fueron obras del padre Kino. Los resplandecientes edificios de San Xavier del Bac, Caborca y Tubutama fueron los últimos esfuerzos afortunados de los franciscanos en la tierra que heredaron de los jesuitas. Todas, edificadas casi un siglo después que el padre Kino estableció los pueblos originales.

Lo que queda del esfuerzo del padre Kino son unos cuantos adobes destruidos dentro de las paredes de Cocóspera y bajo las ruinas de las misiones de Dolores y Remedios. Sus propias iglesias fueron orgullosos edificios, contruidos por artesanos indígenas bajo su continua vigilancia. Ahora son triste evidencia del desastro del tiempo, de las guerras de los indios, de las revoluciones, y de ciegos e ignorantes buscadores de tesoros. La huella que queda de la presencia del padre Kino en la región desaparecerá pronto, conforme las lluvias de verano limpien las salvajes heridas de los detectores de metal y de las palas, quienes han supe-

rado la frenética destrucción de las misiones por los apaches.

Para las personas que visitan las misiones de Arizona y del norte de Sonora, será una revelación que las mejores horas de la vida se pasan ayudando a los necesitados. Las grandes iglesias y las misiones se levantaron en el desierto porque la gente aprendió el valor de la cooperación, del sacrificio y de la dignidad. Si estas misiones quedan en ruinas la tragedia no será la pérdida de los edificios, sino la ausencia del sentido de solidaridad humana que hombres como el padre Kino nos demostraron en el desierto del noroeste.

## NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Dolores, misión maternal de la Pimería Alta, fue fundada el 13 de marzo de 1687, cuando el padre Eusebio Kino decidió establecer sus ministerios apostólicos en el pueblo pima de Cosari. El emplazamiento de Dolores era una de las rancherías favoritas de los pimas, y bajo la dirección de hábiles misioneros prometía producir ganancias aún mayores. Aunque los primitivos edificios de la misión eran provisionales, para 1693 había ya una "buena y espaciosa iglesia con siete campanas; bien provista de ornamentos, manteles y altares; un molino de agua, un taller de herrería, ganados vacuno y bovino, caballos, una granja, huertas y viñas y una bodega."

A pesar de esta fecunda labor, el interés y la familiaridad de Kino con otras regiones de la Pimería le disuadieron de hacer de Dolores un cuartel general demasiado permanente. Sus mayores esfuerzos de constructor se localizaban en los más remotos lugares a lo largo de la frontera, como Caborca y Bac. Dolores estaba destinada a desaparecer. A sólo diez años de la muerte de Kino, los informes de los jesuitas hablan de Dolores como de un lugar insalubre, húmedo y frío; la iglesia amenazaba ruina. Muchos indios se habían marchado y durante la década siguiente no pocos de los que quedaban murieron víctimas de las epidemias. En



1732 la misión se encontraba completamente abandonada; poquísima gente vivía en ella para garantizar una restauración. El padre Duquesney anotaba en 1744 que la misión había sido abandonada.

La población de los valles de San Miguel y el río de Cocóspera había decaído tanto hacia 1744 que el padre Ignacio Keller congregó a los supervivientes en Cocóspera en donde él podría atenderlos desde su puesto de Santa María Suamca. El declinar fue tan rápido que Dolores, hacia 1750, estaba sólo parcialmente habitada; en 1762 encontrábase formalmente abandonada, y en 1773 moría para todo intento y propósito.

Todo lo que hoy queda en Dolores es el hermoso emplazamiento y algunos montículos bajos y erosionados y nos recuerdan la gloria desaparecida de la Madre Dolorosa de la Pimería Alta.



## NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS

De todas las misiones de Kino, Remedios fue la más renuente y difícil. Tan pronto como el padre Kino visitó el pueblo de Coágibubig los pimas que vivían allí se negaron a aceptar la construcción de una misión. Pero el poder de persuasión del padre triunfó y en siete años se construyeron una iglesia grande y capaz y unas viviendas. El conjunto de la misión se fue levantando en una lenta agonía; las relaciones se refieren continuamente, durante más de cuatro años, a la iglesia y a las habitaciones de Remedios como "casi terminadas."

Hacia 1699 las paredes se encontraban ya levantadas, y se iba a comenzar la techumbre, pero unas lluvias torrenciales inundaron el ábside, empaparon los cimientos de adobe y anegaron el presbiterio. El daño se reparó y en pocos meses la pequeña iglesia prestaba sus servicios. Tan pronto como se terminaron estas estructuras iniciales Kino comenzó a trabajar en dos grandes y espaciosas iglesias; una allí mismo en Remedios y otra en Cocóspera. Ambas iglesias fueron concluidas al mismo tiempo y el padre Kino planeó toda una semana de fiestas en enero de 1704 para su dedicación. Con pocas excepciones, tenían un gran parecido arquitectónico. "Cada una Yglesia, sobre los arcos de sus dos capillas que forma el crucero, tiene su alto

cimborrio, y cada cimborrio, tiene en medio y en lo alto su vistosa linternilla.”

Por desgracia, ambas misiones fueron construídas en el transcurso de frecuentes incursiones apaches. Se añadieron torres de defensa, pero esto no disuadió al enemigo de sus ataques destructores. Después de la época de Kino, Remedios disminuyó en tamaño e importancia. Las epidemias cobraron su tributo junto a las flechas apaches. En 1723, la iglesia se estaba desmoronando; en 1730 se encontraba en ruinas y, antes de 1740, fue totalmente abandonada.

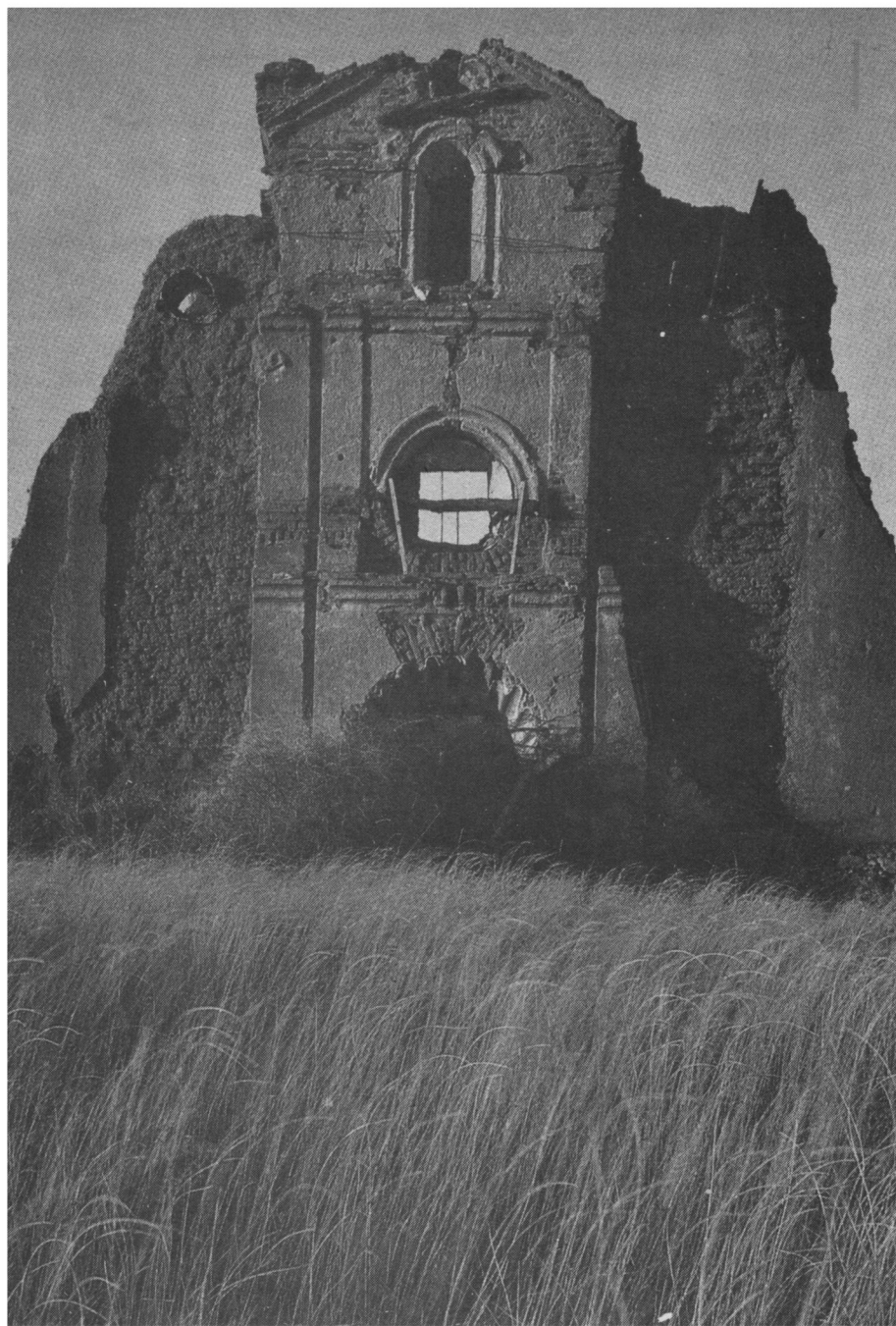
Remedios es ahora sólo un recuerdo y un nombre que pertenecen al lomerío que la rodea. El esplendor de su iglesia sigue viviendo únicamente en las ruinas diezmadas de Cocóspera, su hermana gemela en construcción y su sobreviviente a través de la historia.



## NUESTRA SEÑORA DEL PILAR Y SANTIAGO DE COCOSPORA

Ninguna de las iglesias del norte de Sonora ha ejercido el mismo grado de fascinación que las ruinas solitarias de Cocóspera. Situada sobre un escarpado risco, por encima del pintoresco valle de Cocóspera, esta misión ha dado fe del nacimiento y caída del imperio. Los apaches emplearon el valle como ruta natural para sus ataques a la Pimería central; los españoles utilizaron la región como avanzada natural en sus correrías defensivas a lo largo de la frontera y como base para sus exploraciones. Sus ricas tierras fluviales suministraron a los colonos productos abundantes, y ellos a su vez prestaron numerosos servicios y ofrecieron sus habilidades, tan importantes para la vida de la frontera, desde el pueblo que creció en torno de la misión. Después del colapso del poder imperial español, la abandonada misión se convirtió en refugio para el resto de los aventureros franceses y angloamericanos cuyas invasiones de Sonora hubieron de fracasar durante los primeros años del siglo XIX.

La iglesia original fue gemela cercana de la misión de Remedios. El padre Kino echó los cimientos para una gran iglesia con crucero y arcos de adobe. Los muros interiores de las ruinas muestran claramente que los franciscanos construyeron su iglesia en torno a las paredes ruinosas de la misión jesuítica, tan frecuente-



mente asolada por los ataques de los apaches. La fachada de la iglesia de Kino estaba flanqueada por sendas torres de defensa que más tarde fueron la base de los campanarios gemelos. Las ventanas y puertas eran adinteladas y llevaban jambas y alféizares achaflanados. Las paredes interiores estaban revestidas de una delgada capa de estuco blanco, decorado con pinturas de color ocre rojo.

Cuando los franciscanos renovaron la misión a fines del siglo XVIII, revistieron los muros de adobe con ladrillo; levantaron sólidos contrafuertes de piedra al exterior de la nave y erigieron una nueva fachada de ladrillo y argamasa. El interior de la iglesia fue recubierto de ladrillo y con una gruesa capa de argamasa y estuco que hizo posible una exuberancia de relieves de carácter ornamental.



## SAN IGNACIO DE CABORICA

San Ignacio de Cabórica es una de las delicias de la misión fronteriza de Sonora. En la actualidad la misión y el pueblo han sido totalmente olvidados a causa del bullicio y ajetreo de los negocios y los viajes. San Ignacio, situado a sólo siete kilómetros río arriba desde Magdalena de Kino, descansa pacíficamente cerca de unas colinas bajas en torno a las cuales serpentea el río que viene de Imuris.

El emplazamiento de la misión fue escogido por el padre Kino en el año de 1687 porque Cabórica era una populosa ranchería india. Una serie de pequeñas capillas sirvieron como visitas hasta 1693, en que el padre Agustín de Campos llegó para transformar a las visitas de Cabórica en una "cabecera". La nueva iglesia fue incendiada durante el levantamiento indio de 1695, pero pronto fue reedificada. Durante 43 años fue utilizada por el padre Campos como cuartel general, ya que le atraía naturalmente su céntrica localización y su clima agradable. San Ignacio se convirtió en campo de adiestramiento para los nuevos jesuitas que llegaban a las misiones de Pimería. Campos era un gran experto en dialectos pimas; de tal suerte que su misión de San Ignacio servía simultáneamente como escuela de lenguas y campo de pruebas para los nuevos misioneros que podrían ser enviados a otras iglesias distantes.



Aunque el padre rector de las misiones no residía siempre en San Ignacio, la Pimería pudo ser administrada con efectividad desde esta localidad, durante el periodo que siguió a la época de Kino; o sea aproximadamente hasta el tiempo de la expulsión de los jesuitas en 1767. Los primeros años de la administración franciscana estuvieron marcados por el centralismo de esta misión, pero cuando la expansión hacia el oeste tuvo efecto y alcanzó a la Pimería, San Ignacio dio paso a las misiones de San Xavier del Bac y de la Concepción de Caborca, situadas hacia el noroeste. Pero cuando toda la frontera norte se consolidó dentro de la diócesis de Arizpe, San Ignacio cayó en el olvido.



## SAN PEDRO Y SAN PABLO DE TUBUTAMA

Visitar Tubutama es revivir el pasado misionero –pero sin misioneros. Aunque el pueblo está bastante apartado de la carretera principal, es accesible por carreteras secundarias. Desde cualquier ángulo de llegada, el pueblo parece como un oasis de bienvenida en el desierto dominado por la torre cuadrada y la cúpula octagonal de una blanca iglesia de misión. La iglesia da a una plaza casi siempre libre de coches y camiones; generalmente hay uno o dos caballos a la sombra de las cantinas locales. Un silencio penetrante es roto de vez en cuando por voces de niños que juegan o por el paso de unos burros que trotan por las calles.

En 1687 el padre Kino fue invitado a Tubutama. Comenzó de inmediato la construcción de una pequeña iglesia y la visita de la misión. La nueva y esforzada misión fue el escenario del estallido de la rebelión pima de 1695. La propia misión fue incendiada y las cosechas destruídas. Pero poco tiempo después, los indios arrepentidos repararon el daño y Tubutama pasó a ocupar un lugar de paz en la historia de la Pimería. A pesar de lo aislado que ahora nos pueda parecer el pueblo, Tubutama sirvió de estación trampolín a las intrépidas travesías de la Papaguería, que hubiera de emprenderse para explorar desiertos del oeste.

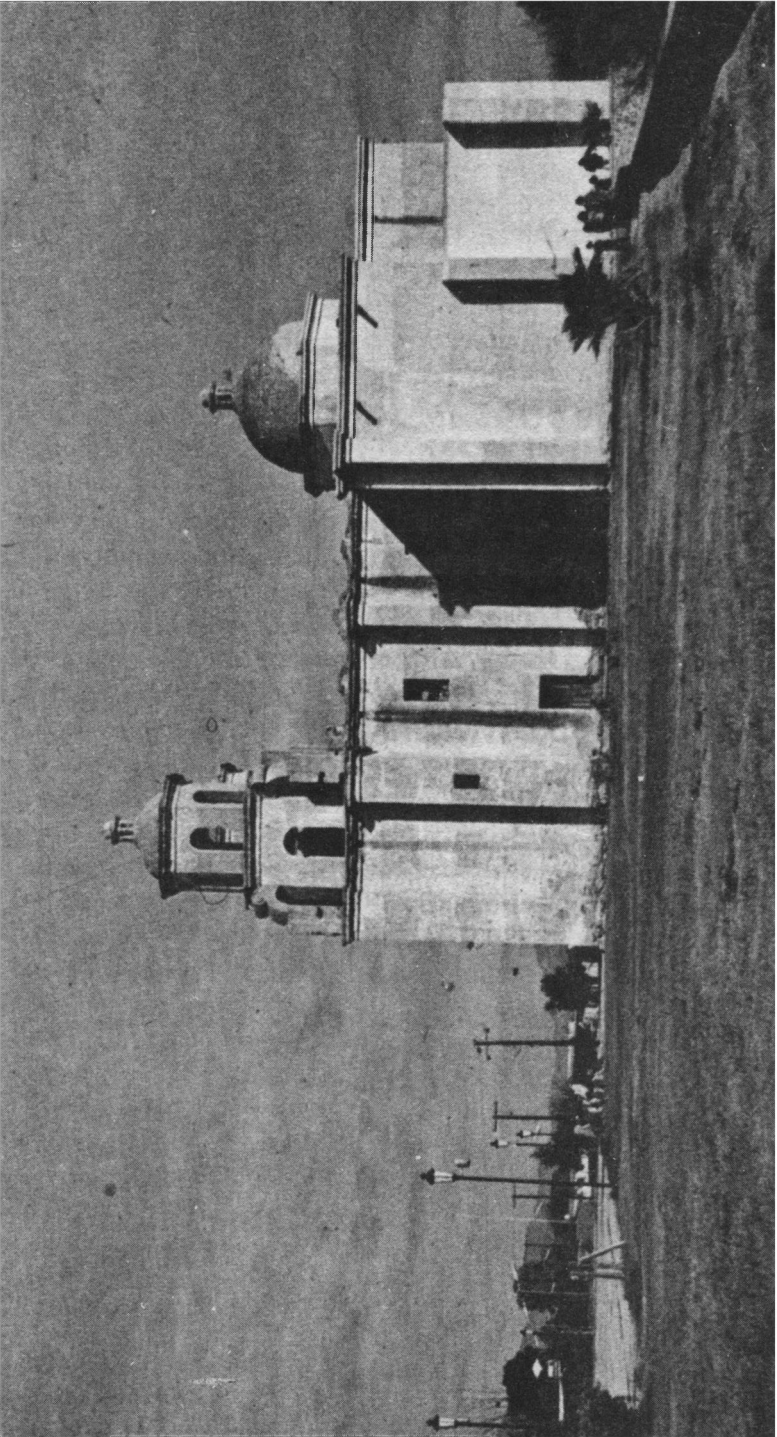
Después de la época de Kino escasearon los misioneros y Tubutama se mantuvo sólo como visita. Sin embargo, hacia 1730 fueron enviados más misioneros a la Pimería, y Tubutama se levantó a nivel de cabecera al mismo tiempo que se erigió una nueva iglesia. El padre Jacob Sedelmayr, otro famoso explorador jesuita, construyó una iglesia en este lugar a mitad del siglo. Pero su fábrica cayó en ruinas durante la rebelión pima de 1751, cuando Luis de Sáric incendió la iglesia y asesinó a varios habitantes del pueblo. Una vez apaciguada la rebelión, la iglesia fue reconstruida, el informe del padre Manuel Aguirre en 1764 habla de una estructura capaz y decente.

Cuando los franciscanos tomaron posesión en 1768 (después de la expulsión de los jesuitas), la misión gozaba de una ventajosa situación en la Pimería, y una iglesia nueva y mucho más artística fue construida en 1788. Esta estructura es la misma que hoy día adorna el pueblo, pero una restauración y reparación recientes han ocultado algunos de los adornos rococó de la fachada.



## LA PURISIMA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA DE CABORCA

Engañosamente pacífica, Caborca se levanta a orillas de la ribera del río Concepción, en el corazón de una llanura asombrosamente fértil, en el gran desierto oriental de Sonora. El padre Kino quedó impresionado por sus posibilidades y comenzó por construir aquí una nueva misión en 1693. Confió sus esperanzas sobre el futuro de la misión al padre Francisco Javier Saeta, pero la rebelión pima de 1695 echó por tierra aquellas esperanzas con el asesinato del padre Saeta y el saqueo del pueblo. Caborca, sin embargo, se recobró, y durante medio siglo su importancia creció como avanzada occidental para las exploraciones que se llevarían a cabo hacia el delta del Colorado. Pero la calma de Caborca se rompió de nuevo con la rebelión pima de 1751; en esta ocasión la sangre del padre Tomás Tello regó las arenas de aquel centro agrícola. Posteriormente volvió la paz al ancho valle y la economía agrícola renació con nuevo ímpetu. Aunque uno podría pensar que en un lugar solitario como aquel podría gozar de una paz duradera, no fue así; la violencia estalló en 1857 cuando Henry A. Crabb y sus filibusteros sitiaron a los habitantes del pueblo en la iglesia de la misión. Su malhadado intento de apoderarse del norte de Sonora, terminó con la ejecución de todas sus hues-



res en las escalinatas de la misión. Los habitantes aseguran que las marcas de balas que se ven en la fachada datan de aquel episodio histórico.

La iglesia actual se construyó entre 1803 y 1809. Muestra una gran semejanza arquitectónica con San Javier del Bac. Un gran convento se levantó sobre el costado norte de la iglesia, pero unas devastadoras inundaciones, de principios del siglo xx cayeron sobre la construcción derribando la sacristía y la parte posterior del santuario. El gobierno mexicano ha restaurado después la iglesia, convirtiéndola en monumento nacional. Caborca es menos famosa por haber sido una misión importante y la escena de dos martirios, que por haber sido el lugar donde la expansión angloamericana hacia México fue detenida por las balas de los patriotas.



## SAN DIEGO DEL PITIQUITO

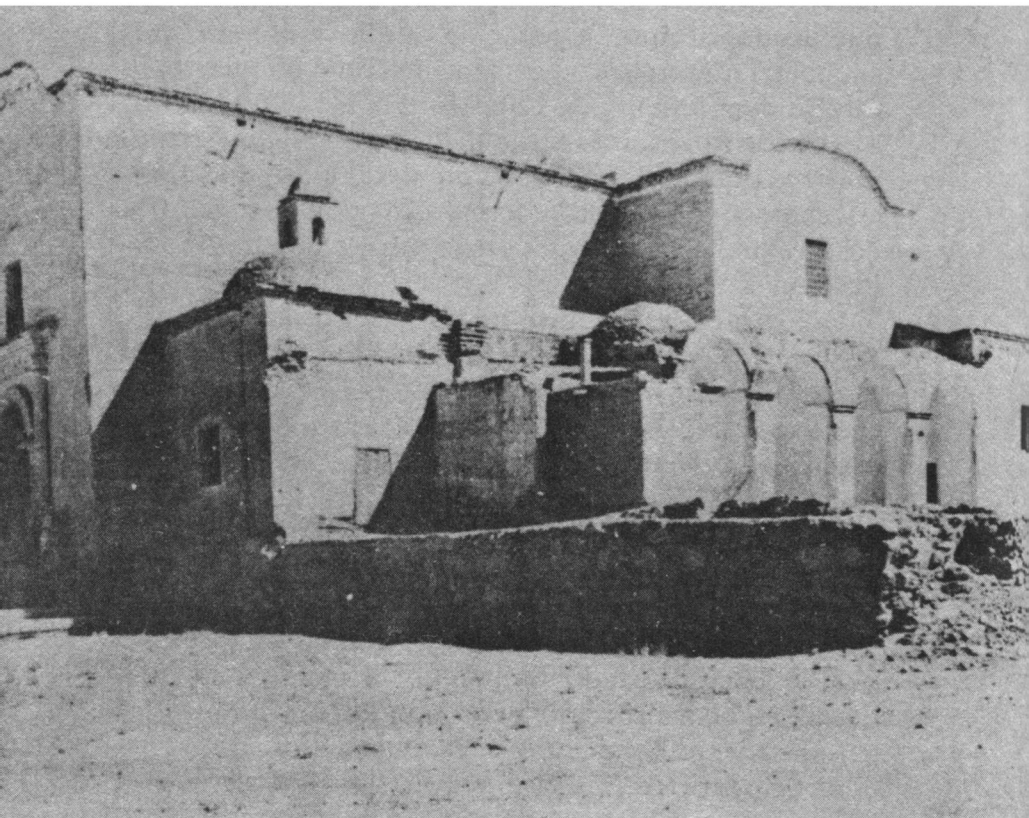
En tiempos del padre Kino, Pitiquito nunca fue un pueblo importante, a pesar de que lo visitó con frecuencia. Durante años permaneció como un puesto de misión dependiente de Caborca. En 1772, fray Antonio de los Reyes, más tarde primer obispo de Arizpe, informa que no había iglesia en aquel lugar. Los franciscanos comenzaron la actual estructura en 1778 y desde aquella época la iglesia ha sufrido grandes modificaciones.

La historia de Pitiquito ha sido, por lo menos, muy vaga. En los primeros meses de 1967 los habitantes del pueblo se horrorizaron por lo que pensaban que eran apariciones de espíritus en la iglesia. Esqueletos, ojos, manos y palabras, aparecían y desaparecían en los macizos muros encalados del interior de la iglesia. La gente más timorata interpretó estas palabras y figuras como agüeros que predecían el inmediato fin del mundo.

Pero investigando, se encontró que las mujeres del pueblo habían estado limpiando la iglesia para una fiesta. Habían utilizado detergentes para limpiar las paredes. Un día o dos después de la aplicación de los detergentes aparecían las figuras o palabras a la superficie. Nadie sabía que toda la iglesia había estado decorada con grandes murales litúrgicos y doctrinales, pero



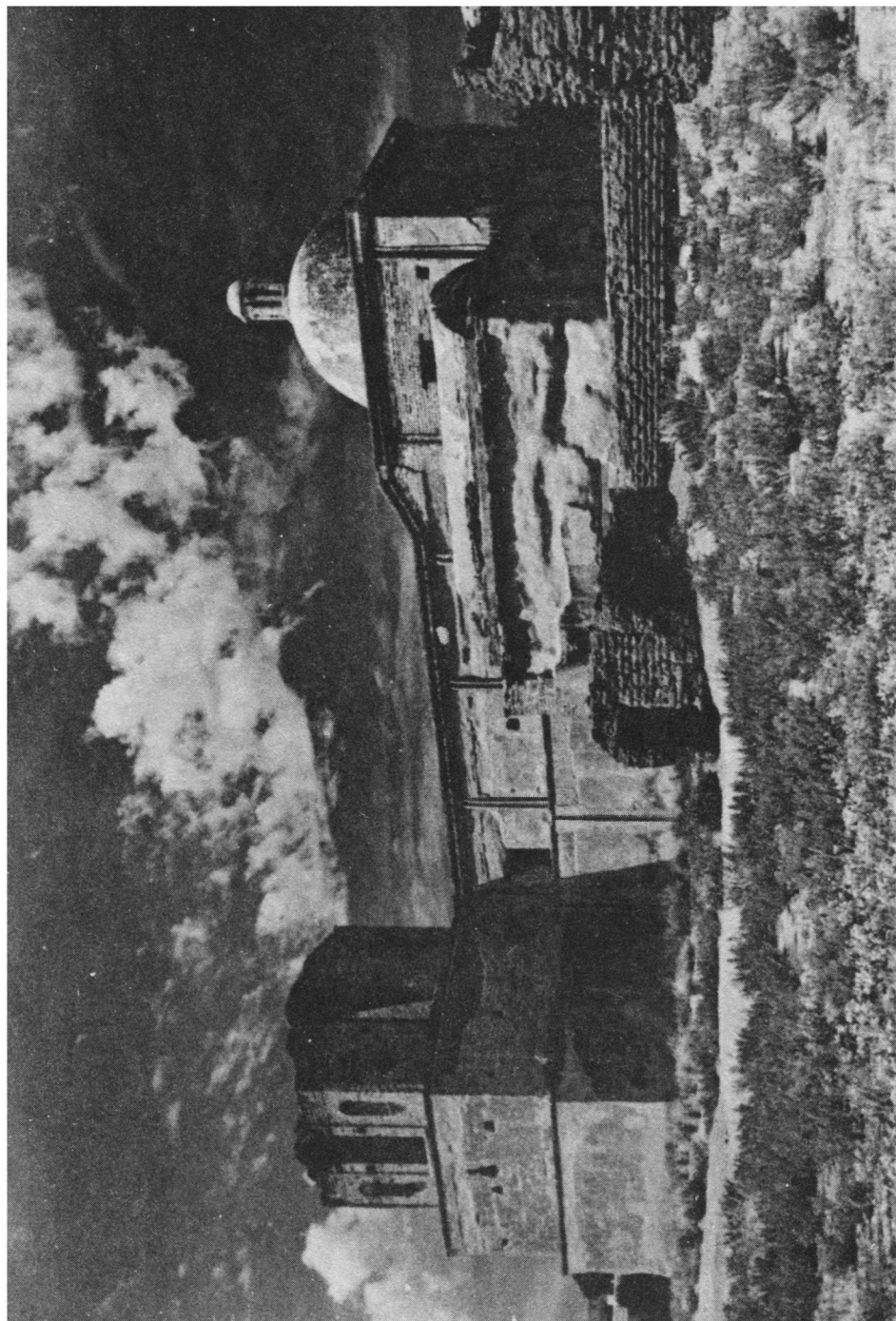
las pinturas eran tan antiguas que ni el más viejo habitante recordaba haber visto la iglesia con otra cosa que su encalado interior. Se hizo una petición al gobierno federal mexicano para procurar restaurar los murales, ya que pueden llegar a ser uno de los mejores ejemplos del arte catequístico de aquel periodo de la historia de Sonora.



## SAN CAYETANO DEL TUMACACORI

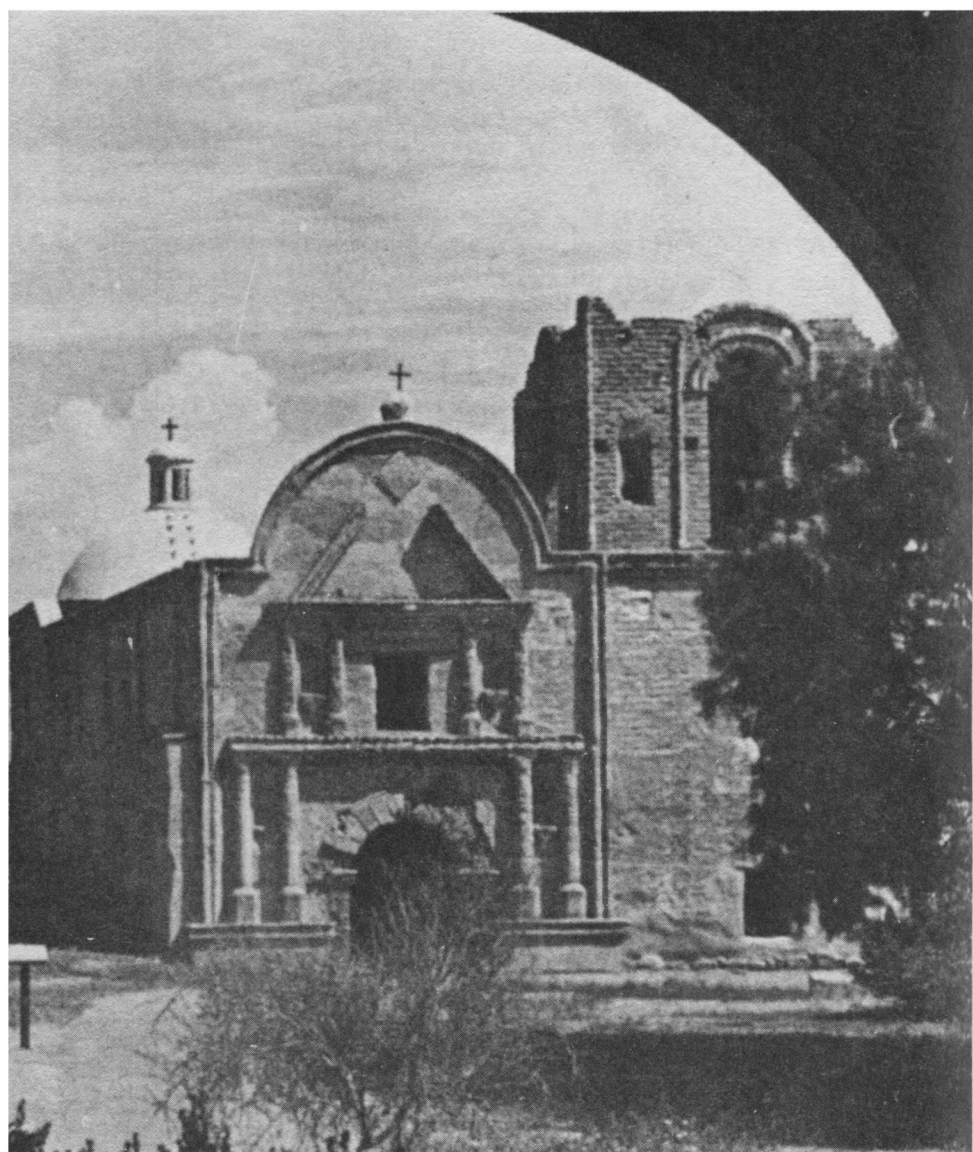
El pasado de Tumacácori es engañoso. En todos los mapas del padre Kino figura el pueblo indio de Tumacácori sobre la orilla oriental del río de Santa Cruz. El lugar fue seguramente escogido por la facilidad que ofrecía para cruzar el río cuyas aguas pierden allí profundidad al ensancharse. Desde Tumacácori el sendero cruzaba el río hacia el oeste y continuaba bajando hacia San Xavier del Bac. La localidad pima de Tumacácori cobró importancia gracias al establecimiento del presidio de Tubac, en 1752. Anterior a ésta, la principal concentración de indios estuvo en los Angeles de Guevavi, una extensa misión localizada a unas doce millas río arriba. Por muchas razones la historia primitiva de Tumacácori es la historia de Guevavi. Guevavi, como Tumacácori, fue originalmente una visita de Kino; pero no fue sino hasta después de la época de Kino, en 1732, cuando al hacerse cargo de ella el padre Johann Grazhofer se convirtió en un conjunto misional más grande.

Exactamente a diez millas de distancia al sur de Tumacácori estaba situada también la misión visita de Calabazas. Durante todo el tiempo de los jesuitas, no hubo allí más que una pequeña capilla junto al camino y su importancia varió con los cambios que se operaban en la población india. Parece que debido a las



frecuentes incursiones de los apaches, los sobaipuris se marcharon del valle del río San Pedro y se refugiaron en estas misiones dentro de la esfera de protección española.

Como la misión actual lleva un nombre nuevo, San José de Tumacácori, lo más probable es que la iglesia fuera edificada en un sitio distinto del escogido por Kino. Esta misión fue erigida en 1773 y reconstruida en varias ocasiones. La construcción fue interrumpida en 1822 debido a la falta de fondos, aunque la iglesia permaneció en uso hasta que se llevó a cabo la secularización en el año de 1840 y siguientes.



## LAS MISIONES DEL ALTO SANTA CRUZ

Curiosa y enigmáticamente los turistas e incluso los habitantes de la región visitan raramente la escénica o panorámica frontera de Sonora. Los cauces naturales de la comunicación entre Sonora y Arizona seguían las cuencas de los ríos, pero hoy día las modernas carreteras alejan al viajero de los esplendores que fueron tan familiares a los hombres que forjaron la historia de la Pimería Alta.

Durante la época misionera, los tramos superiores del río Santa Cruz, conocido entonces como río Santa María, estuvieron tachados en misiones y visitas. De hecho, las fuentes del mismo río fueron el emplazamiento de Santa María Suamca que fungió frecuentemente como cabecera, durante medio siglo, antes de que los apaches la destruyeran casi por completo en 1768. La importancia de Suamca radicaba en su situación; porque era puerta de acceso a los valles de Santa Cruz y San Pedro. Pero cuando el perímetro defensivo o pata-sobaípuri se debilitó, Suamca estuvo cada vez más expuesta a las incursiones de los apaches, pese a que los españoles mantenían una guarnición militar en el presidio de Terrenate.

Cerca de Suamca y a sólo unos cuantos kilómetros río abajo, se hallaba la visita de San Lázaro. De hecho, fue más una estación de paso que un pueblo indio,

pero frecuentemente se encuentran sus huellas en las actas de la misión. San Lázaro, cuyo nombre persiste hasta hoy, se localiza en el punto donde el río entra mansamente en el extenso valle y desde donde corre hacia el noroeste en su camino hacia el Gila.

San Luis de Bacoancos fue la siguiente visita, situada entre San Lázaro y Guevavi. Bacoancos gozaba de los beneficios del fértil valle, y extensos ganados vacunos se alimentaban en los campos que redeaban la visita. San Luis es hoy una ranchería casi olvidada, y sólo los residentes de los contornos hablan todavía del valle de San Luis. Es una de las anomalías de la historia ver cómo el recuerdo de Suamca se convierte en polvo y ceniza; cómo Santa Cruz, el nombre de Terrenate, se perdió en el olvido, y cómo el alegre y pequeño Bacoancos mantiene su título y patrono a través de los siglos.

## LAS VISITAS DEL RIO ALTAR

A lo largo del mismo río que integra el Tubutama, hay una serie de pequeños lugares de misión que hacen el trayecto a Tubutama más interesante. Desviándose de la carretera mexicana núm. 2, a Altar, se encuentra una sencilla aunque algo polvorosa carretera de terracería, que no presenta mayor problema al conductor precavido. La carretera pasa por San Antonio del Oquitoa, y la iglesia se puede ver fácilmente, dado que se encuentra sobre la cima de una pequeña elevación que domina el pueblo por el norte. Como lugar de misión, Oquitoa nunca pasó de ser una visita, pero el estilo de la iglesia recuerda las largas y estrechas naves características de la región.

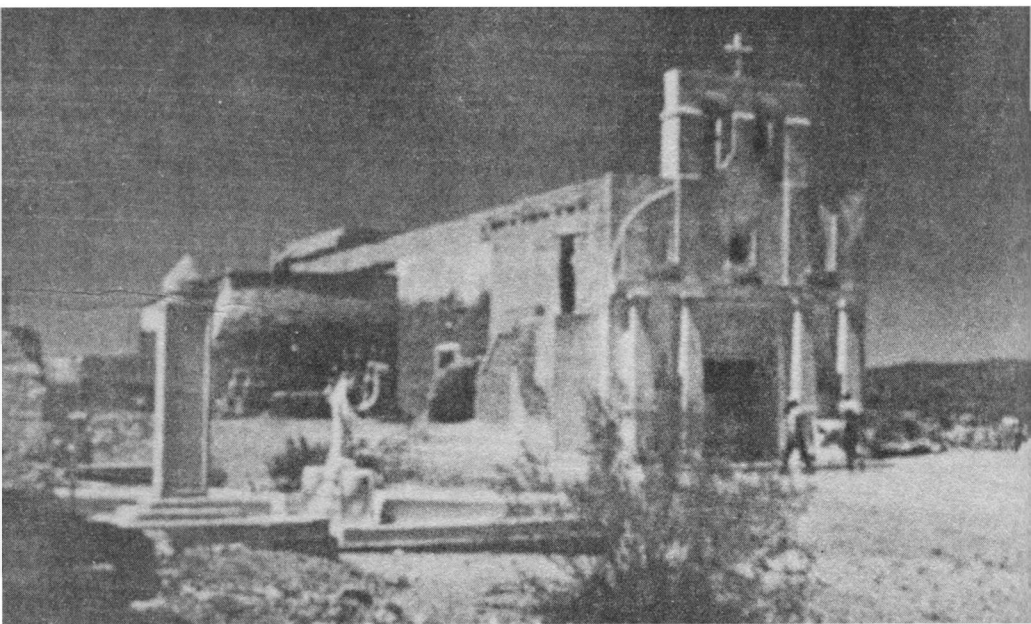
Dejando Oquitoa, la carretera pasa a través de San Francisco de Atí hacia el este. Este pueblo ligeramente mayor ha tenido una historia complicada: apenas se puede saber el nombre exacto del lugar: Atí, Adid o Atil. Sea cual fuere el nombre, ha llegado a ser famoso porque el padre Ignaz Pfefferkorn lo cita con frecuencia en su famosa *Descripción de Sonora*. Cuando Pfefferkorn trabajó allí en 1756, la pequeña capilla de Kino estaba aún en pie; habiendo pasado inadvertida durante la rebelión pima de 1751. Atí sufrió tiempos difíciles después que Pfefferkorn fue trasladado a Cucurpe. Los apaches invadían con frecuencia y los mi-



sioneros se rehusaban a suministrar a su grey. Los ornamentos y muebles de la iglesia faltaban o se encontraban en estado de deterioro.

Justo antes de que la carretera llegue a la presa Cuauhtémoc, por un terraplén que detiene las aguas desde allí hasta Tubutama, se pasea por el antiguo sitio abandonado de Santa Teresa. Este lugar nunca tuvo iglesia grande; es más, toda aquella región sufrió un destino incierto. Según parece, fray Antonio de los Reyes comenzó allí una pequeña iglesia en 1722, pero pronto hubo de abandonar esta misión para asumir sus obligaciones como nuevo obispo de Arizpe.

Al norte de Tubutama, los lugares de misión fueron grandes y extensos durante el último periodo jesuítico, pero se han perdido casi todas sus huellas.



## SAN JAVIER DEL BAC

Los cimientos de la gran misión de San Xavier del Bac fueron echados en 1700 por el padre Eusebio Kino. Algunos años antes había quedado impresionado por lo que fuera uno de los más grandes pueblos pimas a lo largo del río Santa Cruz. Pero aún después que la misión quedó concluida permaneció vacante durante las primeras décadas del siglo xvii. El primer misionero residente, que permaneciera allí por más de un año, fue el padre José Torres Perea, que llegó en 1740.

Aparentemente, la iglesia de Kino fue destruida total o parcialmente, ya que la iglesia usada por el padre Felipe Segesser fue sustituida por otra que sufrió gran deterioro durante la rebelión de 1751. Una tercera, o quizás cuarta iglesia, fue construida en aquel lugar por el padre Alonso Espinosa en 1762. Esta gran estructura de adobe es la misma que posteriormente utilizaron los franciscanos cuando tomaron posesión de la misión en 1768. Esta iglesia grande estaba situada sobre el terreno que se encuentra en el lado oeste de la magnífica misión actual, comenzada en 1783 y terminada en 1797. Por lo tanto, la iglesia actual no pertenece al periodo jesuítico, aunque el sitio sí. Las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en 1967, revelaron la situación de una iglesia anterior que fue destruida más tarde para ser sustituida por una nueva





construcción; pero la localización de la iglesia de Kino permanece en el misterio.

La historia de Bac ha sido siempre fascinante porque ha dado albergue a las más numerosas poblaciones indias. Durante siglos fue sitio de reunión y campo de adiestramiento de hechiceros y curanderos de las tribus vecinas. Desde aquí Kino envió mensajeros a informarse acerca de las peculiares conchas azules que habían de jugar un papel tan importante en el descubrimiento de que California no era una isla. Kino soñaba con trasladar su cuartel general a Bac, pero la falta de misioneros para asumir las responsabilidades en Dolores, hizo imposible el cambio.

## LA PIMERIA ALTA DESPUES DE KINO

El padre Kino parece alzarse como un gigante solitario en el horizonte de la historia del noroeste. Pero esto es, en realidad, una ilusión creada por el clima de ignorancia. Kino no trabajó solo, ni sus éxitos fueron significativos simplemente a causa de su singularidad. El padre Kino fue solamente uno de los muchos que dedicaron su vida y sus talentos a hacer que la Pimería pudiese alcanzar el puesto que le corresponde entre las naciones. Los éxitos de Kino se hicieron famosos no porque hubiesen sido realizados en una tierra lejana y solitaria, sino porque fueron los hechos de un hombre extraordinario entre los hombres extraordinarios. Sería injusto omitir, como se ha hecho en otras ocasiones, la mención de aquellos que trabajaron con el padre Kino y después de él en aquella frontera; que compartieron —por lo menos en parte— su visión, y que colaboraron tan profundamente con él a dar forma a la riqueza de aquellas tierras.

Uno de los más destacados de estos hombres fue el padre Agustín de Campos que continuó el trabajo de Kino. Campos llegó a la Pimería durante los primeros años de su desarrollo. Mientras que Kino avanzaba sin tregua hacia los límites occidentales del desierto, Campos se ocupaba de las misiones situadas a lo largo del río Magdalena. A la muerte de Kino toda la respon-

sabilidad de la expansión misionera recayó sobre Campos. Las misiones estaban ya afligidas por una escasez de sacerdotes, y esta nueva herencia de trabajo no vino sino a aumentar un paso enorme a los ya sobrecargados misioneros. Pese a que Campos era más sedentario que Kino por temperamento, supo responder al reto de sostener los avances realizados por Kino: siguió organizando expediciones para cruzar el desierto, y para ir incluso a los pueblos yumas. Desde su propio cuartel general de San Ignacio seguía en contacto con las misiones que se extendían a lo largo de la parte baja del río Santa Cruz y los ríos Gila y Colorado. Estos lugares eran mucho más que meros puntos sobre el mapa; eran nuevas comunidades cristianas establecidas en viejos pueblos indios y, como tales, merecían las visitas ocasionales de los sacerdotes que se encontraban en los alrededores.

La primera década después de la muerte de Kino fue difícil para la Pimería. Los efectivos humanos seguían siendo escasos y los compromisos apostólicos no habían disminuído. La vieja misión de Kino en Dolores era utilizada como base de operaciones para las visitas a mayor distancia. Otras misiones como San Xavier del Bac, Tubutama, Suamca y Caborca no tenían misioneros residentes. Los padres José Tenorio y Luis Velarde trabajaban desesperadamente para mantener las misiones de montaña; el padre Campos seguía recorriendo a caballo el circuito de los valles desiertos. Esta situación agitada prevaleció durante casi diez años hasta la llegada del padre Luis Gallardi que se encargó de Caborca. Un año después, en 1721, el padre Luis Marciano fue estacionado en Tubutama. Durante estos años no se realizó ningún avance importante en la





Pimería; todo lo que los misioneros podían hacer era mantener unida la frontera.

A partir de 1730, la vida empezó a volver a la Pimería cuando una nueva ola de misioneros extranjeros irrumpió sobre las tierras del desierto. Algunos de ellos mostraron una vitalidad y un optimismo que recordaban los del padre Kino. El primero de este nuevo grupo lo fue el padre Gaspar Stiger, de nacionalidad suiza, que vino a San Ignacio en 1731 para ser dirigido en el aprendizaje de los dialectos pimas por el competente padre Campos. Y cuando Campos dejó su puesto en 1736, después de cuarenta y tres años de servicio, Stiger se encargó de San Ignacio, quedándose allí hasta su muerte en 1762. Mientras el padre Stiger estudiaba las lenguas pimas en San Ignacio, otro misionero suizo y dos alemanes llegaron para ser enviados a las misiones que durante mucho tiempo habían estado vacantes.

La misión de Santa María Suamca, estratégicamente bien situada, se convirtió en la base de operaciones del padre Ignacio Keller. En unos cuantos años había logrado efectuar varias exploraciones memorables por la parte baja del río San Pedro, y se había atrevido incluso a cruzar por el norte del río Gila, para internarse en el territorio de los apaches.

A la misión de San Xavier del Bac se le asignó por fin un misionero residente en 1732. El padre Felipe Segesser, el otro suizo de la frontera, empezó por renovar esta misión tan abandonada. Aunque la población de Bac era la más importante de toda la Pimería, su distancia del perímetro de defensa español había desalentado todo intento de residencia permanente. Segesser permaneció poco más de un año en esta fértil

misión y luego fue llamado a los Angeles de Guevavi, donde el padre Johann Grazhofer había muerto en circunstancias misteriosas. Algunos años después de la muerte de Grazhofer, un viejo indio, residente de Guevavi, pretendió haber envenenado al misionero, pero hay muchas razones para dudarlo ya que Grazhofer había estado seriamente enfermo de una fiebre que le había atacado cuando iba de camino hacia la Pimería. Segesser se quedó en Guevavi durante cerca de un año, y entonces marchó a las misiones del valle del río de Sonora.

En 1736, el padre Jacobo Sedelmayr fue encargado de la misión de Tubutama. Toda la Pimería estaba siendo objeto de una profunda transformación: Campos era removido de San Ignacio, Gallardi moría después de dieciseis años de trabajo en Caborca; San Xavier del Bac y Guevavi permanecían vacantes. El resultado final fue que el padre Sedelmayr se quedó totalmente solo en un puesto que justamente requería de un misionero vigoroso. Sedelmayr estaba hecho de la misma madera que Kino. Viajaba constantemente, y veía a la Pimería con un optimismo progresista que había faltado a los misioneros durante muchos años. Las recuas avanzaban nuevamente con regularidad a través de la Papaguería, hacia las misiones del Colorado. Sedelmayr exploró la cuenca norte del Colorado y llegó hasta los límites del país Moquí; las investigaciones parecen indicar que llegó hasta el actual río Bill Williams y siguió hasta el centro de Arizona. Pero estos avances de los años que siguieron a 1740, fueron borrados por la desastrosa rebelión pima de 1751.

La rebelión pima no ocurrió sin razón. De hecho, la Pimería había permanecido notablemente pacífica du-

rante tres generaciones con excepción de un levantamiento limitado en 1695. El clima de rebelión fue creado probablemente durante los años tumultuosos que siguieron a 1730 cuando la Pimería volvió una vez más a la vida. En 1736, un indio yaqui, Antonio, dio con una concentración masiva de plata virgen en un arroyo situado al oeste del río Santa Cruz, en las cercanías de Arizona. Desde que la voz del descubrimiento llegó a los establecimientos de Sonora, cientos de colonos esperanzados convergieron en la árida región. Algunos fueron suficientemente afortunados y encontraron grandes planchas de plata — ¡una de ellas llegó a pesar 2 500 libras! Los misioneros jesuitas quedaron horrorizados por el descubrimiento; ya que esto significaba el influjo de la “hez de la humanidad” en las tierras de misión. Se hizo mucho hincapié en que la plata no era virgen, sino que había sido explorada por primitivos exploradores españoles o incluso por los aztecas en su camino hacia México. Los jesuitas querían que el descubrimiento fuera declarado legalmente como tesoro perteneciente a la corona española, a fin de impedir la inmigración de colonos oportunistas. La amarga experiencia de siglo y medio mostraba que a la presencia de los campamentos mineros seguía una inquietud general de los indios.

Estos temores no fueron infundados, porque en quince años los campamentos mineros o reales de minas sin ley habían introducido la envidia, el odio, la ambición y la anarquía en los pueblos indios. A pesar de las vehementes protestas de los misioneros, el gobernador español nombró al altanero pima, Luis Oacpicagigua (Luis de Sáric), como el gobernador responsable de los indios pimas. En unos meses organizó una

insurrección coordinada contra los reales de minas españoles y contra las misiones. Muchos españoles fueron asesinados y las misiones asediadas. El padre Tomás Tello y el padre Enrique Ruhen fueron martirizados en sus puestos de misión de Caborca y Sonoíta. Antes de que los españoles pudieran reaccionar, la Pimería había sido saqueada y se encontraba en ruinas.

La rebelión misma fue sofocada en un tiempo relativamente corto, pero sus efectos nunca fueron en realidad borrados. Se construyeron presidios en Altar y Tubac. Las pequeñas guarniciones recibieron el encargo de mantener a raya a los pimas, pero el desasosiego y las injusticias que habían provocado la rebelión rompieron también los débiles lazos tribales entre los pimas mismos. Con esta desintegración la primera línea de defensa española contra los apaches se debilitó, y en poco tiempo estos nómadas merodeadores se internaron profundamente en el territorio de Sonora.

Escortados por la caballería española, los misioneros volvieron a sus misiones en ruinas para reconstruirlas de nuevo. En San Xavier del Bac se comenzó una nueva y grande iglesia, y un nuevo contingente de misioneros llegó para ocupar los puestos que estaban vacantes a lo largo de la frontera. Un futuro optimista alboreó una vez más para la Pimería. Las exploraciones eran menos intrépidas porque la rebelión había enseñado a los indios hostiles a ser más audaces e impetuosos; pero a pesar de todo los misioneros de ropas negras siguieron yendo a caballo al lejano Colorado y a lo largo del Gila para visitar las comunidades cristianas que aún permanecían fieles.

De pronto, en 1767, todo el programa misionero de los jesuitas se desgajó como una frágil y quebradiza



rama del árbol moribundo del imperio español. La expulsión de la Compañía de Jesús de los dominios de España fue uno de los sucesos más intrigantes del siglo XVIII. Todos los jesuitas del imperio mundial español, más de 5 000 de ellos, fueron expulsados por decreto del rey Carlos III. Con la velocidad del rayo todos los misioneros y maestros jesuitas fueron arrestados y confinados a las autoridades para ser trasladados a España. No hubo ninguna región del mundo que quedase libre del decreto y éste fue ejecutado por los más altos funcionarios del imperio con la amenaza poco frecuente de pena de muerte en caso de incumplimiento. La Pimería no fue una excepción. Los dragones arrestaron a los misioneros a lo largo de toda la frontera. En Sonora fueron arrestados sin aviso previo, y escoltados y encadenados fueron conducidos al colegio de los jesuitas de Mátape en la parte centro-sur de la provincia. Cuando los 55 misioneros estuvieron allí reunidos, procedentes de la región noroeste, les fue leído el decreto de disolución y fueron conducidos a un campo de concentración instalado en el puerto de Guaymas. Durante meses estuvieron encerrados en una bodega mientras esperaban un buque correo que les llevase a San Blas. Casi todos ellos fueron atacados por la fiebre de la malaria y no se les dispensó ninguna atención médica. Cuando una pequeña embarcación llegó al fin para llevarse los de la improvisada prisión, una tempestad arrastró la nave a través del golfo. Las fuerzas españolas que habían ocupado Loreto en Baja California rehusaron toda asistencia a los jesuitas moribundos. Finalmente, ante la insistencia de los misioneros franciscanos que se habían hecho cargo de la misión Loreto, el gobernador Gaspar Portolá, nuevo

gobernador de las Californias, cedió al fin y permitió que algunos de ellos fuesen conducidos a la península para ser atendidos. Sin embargo, tan pronto como se recibió noticia de la llegada inminente del visitador general José de Gálvez, los refugiados —que aún se encontraban enfermos— fueron forzados a embarcarse para tierra firme. Durante el recorrido terrestre transcontinental, de San Blas a Veracruz, murieron veinte de los que hacía poco habían sido sanos y vigorosos misioneros. El tributo hubiera sido mucho mayor si los funcionarios en Guadalajara no hubieran intervenido a tiempo para poner coto al brutal maltrato a que estaban siendo sometidos los sobrevivientes.

Con la expulsión de la Compañía de Jesús cayó el telón sobre el drama de la actividad misionera jesuítica en el noroeste de México. Despojó a toda la Nueva España de los servicios y habilidades de maestros, científicos, misioneros y exploradores jesuitas. Los franciscanos intentaron valientemente llenar el vacío creado así en la Pimería y en California. Una explosión de entusiasmo y de esplendor rompió sobre las tierras del desierto: se construyeron impresionantes misiones; las exploraciones intentaron establecer una ruta a lo largo de los viejos itinerarios de Kino hasta las nuevas misiones de California. Pero toda esta aventura quedó al borde del colapso en cuarenta años. Las misiones fueron incapaces de funcionar con efectividad porque la frontera había caído y quedado lejos. Las incursiones de los apaches habían desalojado a los colonos y quebrantado la paz. Con la llegada de la independencia mexicana, la frontera se estrechó y murió: los desiertos del noroeste parecían tener poca importancia para los intereses políticos del centro de México.

Los invasores angloamericanos que penetraron en estas tierras a mediados del siglo XIX, quedaron pasmados e integrados ante las ruinas de una espléndida civilización. Se habían anexoado una nueva tierra, cuya historia les era vaga, cuyos monumentos masivos eran impresionantes y cuyas posibilidades se encontraban al borde de la ruina e insatisfechas. No hay que extrañarse de que surgieran mitos y leyendas para tratar de explicar esta anomalía del desierto. La historia contemporánea se ha abocado a la tarea de explicar al hombre actual que estas tierras desiertas no han sido siempre un yermo vacío y sin importancia. Al contrario, han sido el escenario de unos acontecimientos que han hecho historia y la morada de intrépidos exploradores que abrieron nuevos mundos a un imperio ya colmado de descubrimientos.

Lo que la América actual ha aprendido acerca de esta tierra es que no sólo ha tenido una historia fascinante, sino que la visión de sus misioneros fue más realista y audaz, aun para nuestros propios tiempos. Los verdaderos tesoros de la agricultura y las posibilidades de recreo de la Pimería están aún sin explotar. Lo curioso de esta tierra no es que haya tenido una historia sin que la visión pretérita de su futuro aún no se haya cumplido.



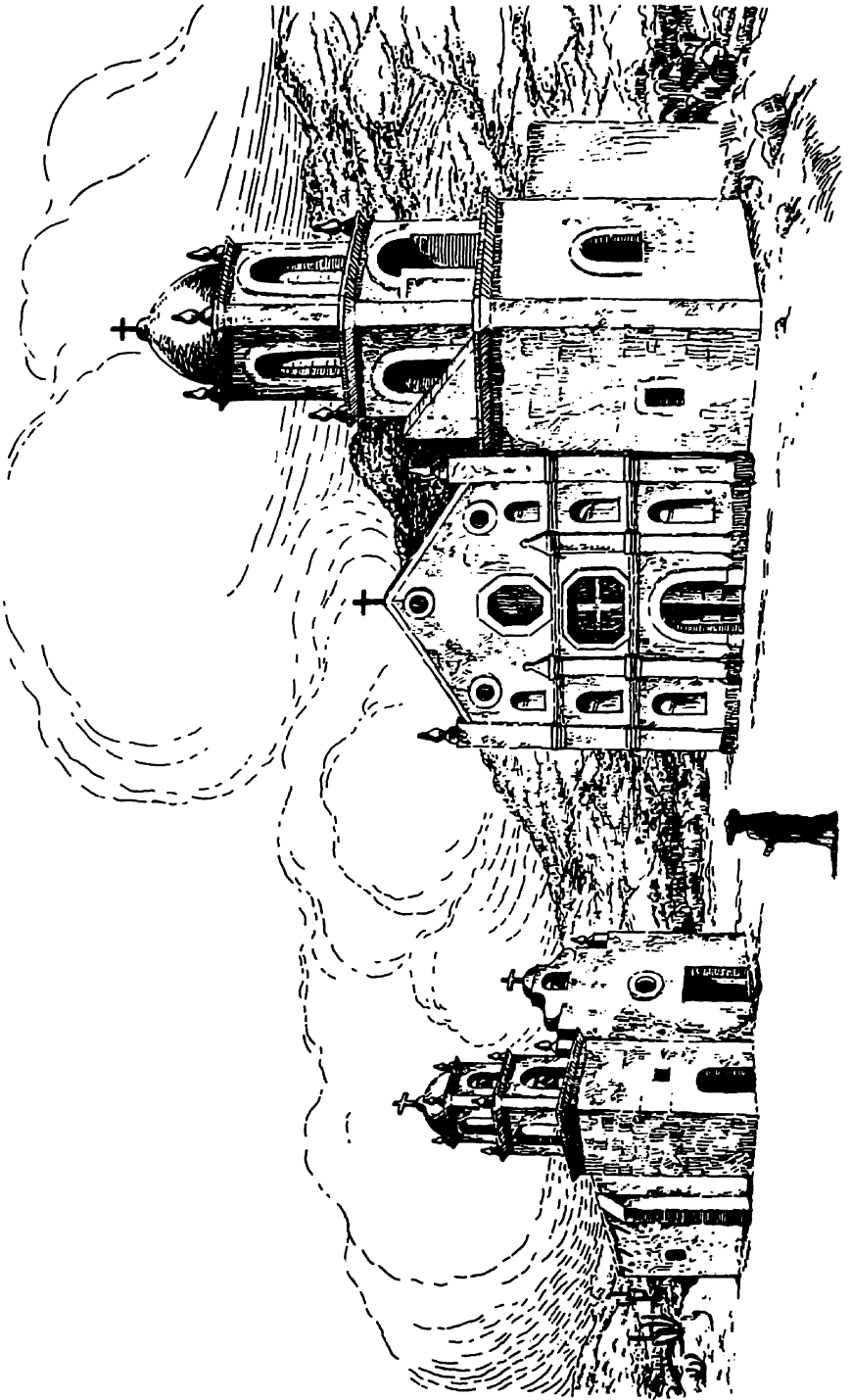


## EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA DE KINO

Desde tiempo inmemorial la historia se ha encargado de explicar los monumentos correspondientes a las realizaciones cambiantes del hombre. Pero en los tiempos modernos, ese cambio, conseguido por el hombre, se ha llevado a cabo con tal rapidez que sus lazos con el pasado se pierden en el torbellino del mismo cambio. La historia ya no basta. Así, en las últimas décadas, el hombre ha desarrollado el arte de buscar las ruinas del pasado para dar un mayor significado a su presente. La ciencia de la arqueología y el arte de la historia tienen tanto sentido como la astronáutica y la biofísica, ya que crean la perspectiva del crecimiento cultural y científico del hombre.

De esta manera la pequeña ciudad de Magdalena de Kino, en Sonora, es tan importante como Guaymas misma, con su estación para el rastreo de los satélites. Aquí en Magdalena, en mayo de 1966, un equipo de antropólogos e historiadores localizaron e identificaron el sepulcro del padre Eusebio Francisco Kino. El afortunado descubrimiento coronaba casi cuarenta años de infructuosas tentativas y fracasos.

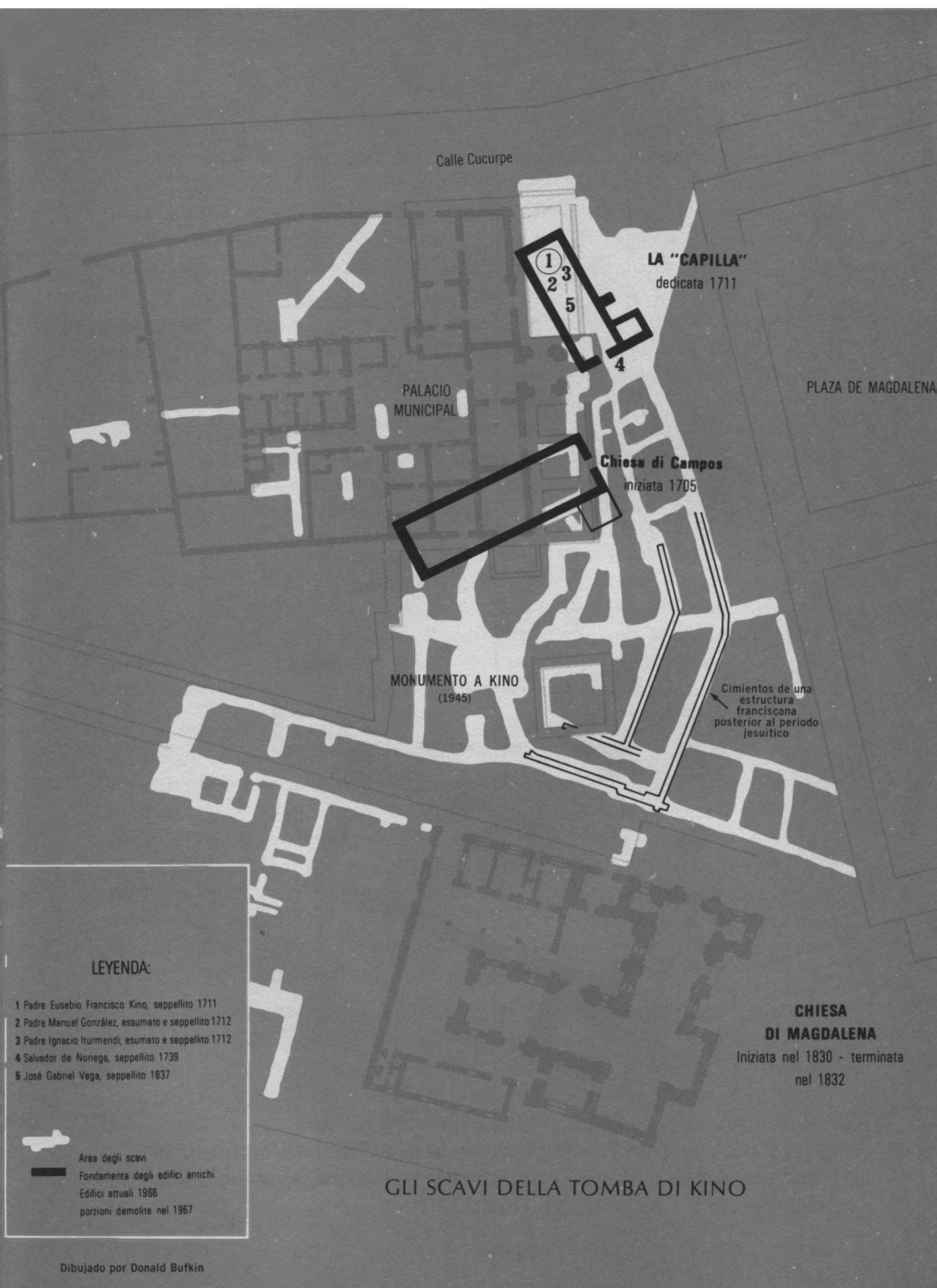
Cuando Herbert E. Bolton, siendo aún joven historiador, publicó su traducción de las *Memorias de la*



*Pimería Alta de Kino* en 1919, lanzó la idea de que los restos del padre Kino habían sido trasladados a San Ignacio de Cabórica. Por lo menos esto era lo que afirmaba el rumor local de aquel tiempo. Aparentemente Bolton y el profesor Lockwood investigaron los cimientos de la iglesia actual hacia 1928 para encontrar el sepulcro de Kino. Esto es lo que se dice hoy en este lugar. Pero hacia el tiempo en que Bolton publicaba su renombrada biografía del padre Kino: *Rim of Christendom* (*Borde de la Cristiandad* en 1936, omitió toda mención del traslado de Kino a San Ignacio. El registro del entierro de Kino en la pequeña capilla de San Francisco Javier quedaba como el único documento histórico de confianza sobre la localización de su sepultura. Pero, ¿dónde estaba esa sepultura? ¿dónde estaba la capilla? Más aún, ¿dónde se encontraba la población en 1711? Casi nadie conocía la propia opinión de Bolton. Escribiendo al profesor Lockwood le decía que "caminaría sobre la tumba del padre Kino cuando se acercara a la iglesia de Santa María Magdalena."

Muchos antropólogos e historiadores mexicanos intentaron descubrir la desaparecida tumba. Serapio Dávila, en 1928, emprendió una amplia investigación. Abrió zanjas frente a la iglesia actual parroquial. Pronto sus operarios dieron con una gran cantidad de huesos dislocados, parte de un viejo cementerio. ¿cómo se iba a poder distinguir la tumba de Kino de cualquier otra? Dávila abandonó la empresa.

Durante los años de 1930 y 1940 el profesor Eduardo W. Villa, Rubén Parodi, el profesor Fernando Pesqueira y la señorita Dolores Encinas se dedicaron con todos sus talentos a resolver el misterio del perdido emplazamiento. Estos esfuerzos, si no fueron



Calle Cucurpe

LA "CAPILLA"  
dedicata 1711

PALACIO  
MUNICIPAL

PLAZA DE MAGDALENA

Chiesa di Campos  
iniziata 1705

MONUMENTO A KINO  
(1945)

Cimentero de una  
estructura  
franciscana  
posterior al periodo  
jesuitico

LEYENDA:

- 1 Padre Eusebio Francisco Kino, seppellito 1711
- 2 Padre Manuel González, esumato e seppellito 1712
- 3 Padre Ignacio Iturmerdi, esumato e seppellito 1712
- 4 Salvador de Noriega, seppellito 1738
- 5 José Gabriel Vega, seppellito 1837

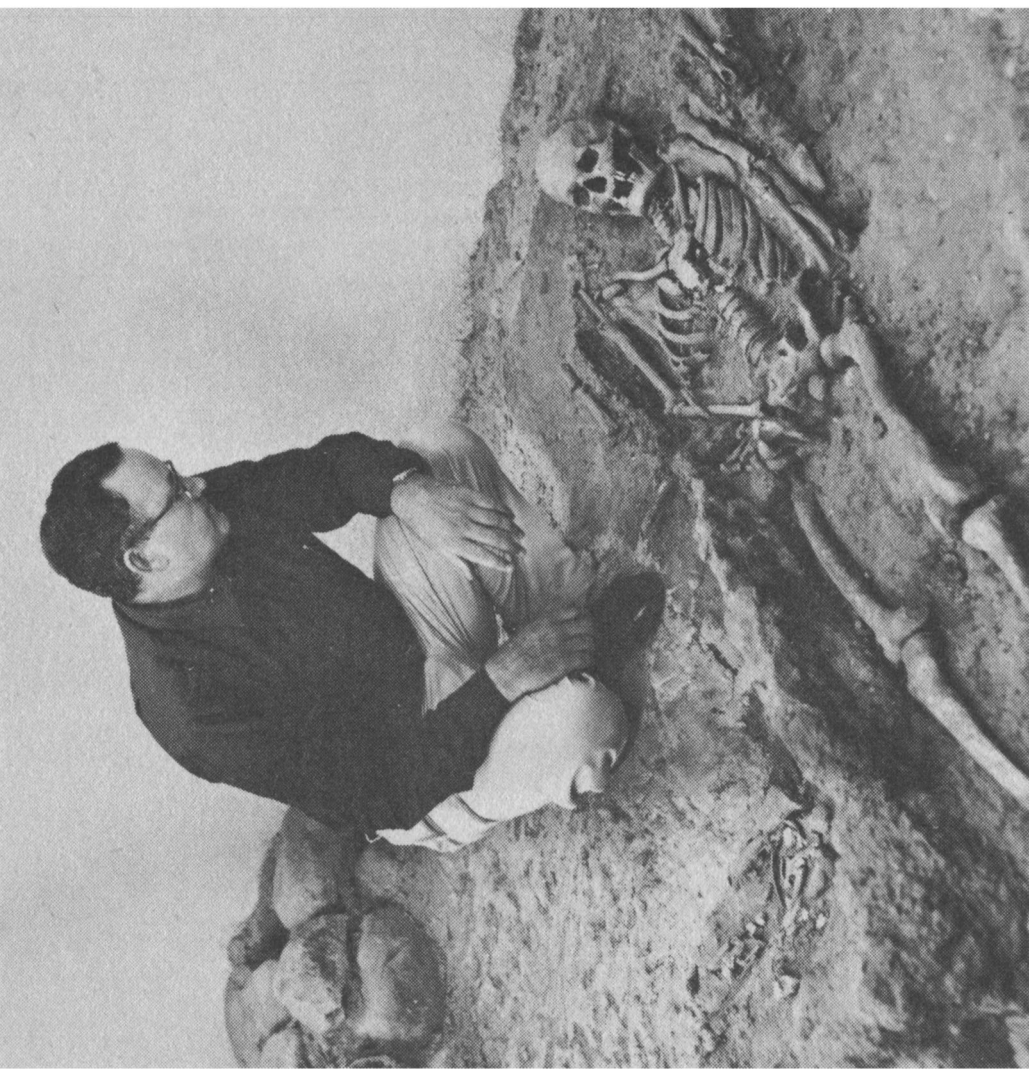
**CHIESA  
DI MAGDALENA**  
Iniziata nel 1830 - terminata  
nel 1832

GLI SCAVI DELLA TOMBA DI KINO

- Area degli scavi
- Fondamenta degli edifici antichi
- Edificio attuali 1966
- porzioni demolite nel 1967

afortunados, ayudaron grandemente a la investigación y despejaron muchas dudas. En 1961, la revista norteamericana *Arizona Highways* dedicó su número de marzo al padre Eusebio Kino, 250 años después de su muerte en Magdalena. El estado de Arizona estaba justamente orgulloso de su padre pionero, pero las circunstancias de la dedicación volvieron a encender la misma pregunta desconcertante: ¿en dónde estaba la tumba de Kino? Como una contribución a la solución, el editor de la revista, Raymond Carlson, incorporó a la publicación un artículo de Donald Page en colaboración con el coronel Gilbert Proctor. El artículo centró su atención en un conjunto de viviendas particulares de la calle Pesqueira, situado a unas cuatro calles de la actual iglesia. Los viejos llamaban al lugar "La capilla". La estructura parecía realmente a una capilla con sus arcos, nichos y vanos avenerados. Fuera de lo que él mismo había escrito, ya no se podía consultar a Donald Page acerca de sus motivos para pensar que esta era la capilla de San Francisco Javier: Page había muerto. El coronel Proctor, por su parte, seguía firmemente convencido de que ésta era la auténtica capilla donde se había enterrado a Kino.

Los anteriores fracasos para encontrar el sepulcro y los nuevos rumores se reforzaban mutuamente hasta que los habitantes de Magdalena no pudieron seguir inactivos por más tiempo. Había que encontrar la tumba. Al final de la primavera de 1963, el Club de Leones de Magdalena consiguió la autorización de la familia Villa para excavar las habitaciones de su casa en la calle Pesqueira. Cosa curiosa, los investigadores encontraron un piso subterráneo de ladrillo, perforado en tres sitios, como si un ataúd y dos cajas hubie-



ran sido sacadas de él. Dentro del escombros de aquellos orificios encontraron un zapato viejo, algunos cascos viejos de cerveza y un encendedor de cigarrillos, lo cual indicaba que el relleno correspondía aproximadamente a los finales de 1920. Muchos interpretaron este descubrimiento como una evidencia de que los restos del padre Kino habían sido sacados de allí para ponerlos a salvo durante la persecución religiosa del régimen del presidente Calles.

Una investigación lenta y cuidadosa fue emprendida entonces, en el verano de 1963, por el reverendo padre Charles Polzer, s.j., para evaluar los hallazgos de la investigación llevada a cabo por el Club de Leones y para separar rumores de hechos. Con la ayuda del Dr. William W. Wasley, arqueólogo e investigador de tiempo completo del Museo del Estado de Arizona, se puso en claro que las excavaciones de la "Capilla de Proctor" — como se había dado en llamar a la capilla de la calle Pesqueira — no eran, por lo menos, concluyentes. De hecho todo parecía indicar que este emplazamiento era totalmente incorrecto. Si esto era verdad, entonces ¡Kino nunca había estado allí, para ser trasladado posteriormente como se suponía!

Nuevas investigaciones históricas fueron emprendidas en 1964 por el padre Polzer. Fueron concluyentes: el emplazamiento de Proctor era falso. Un reconocimiento arqueológico de otros sitios correspondientes a las misiones de Kino en la Pimería corroboraron más aún las objeciones de Polzer y Wasley a la validez del emplazamiento de Proctor. Pero el descubrimiento de las extrañas perforaciones hechas en el piso de ladrillo de "La capilla", convenció a la gente de que los huesos del padre Kino habían sido removidos para

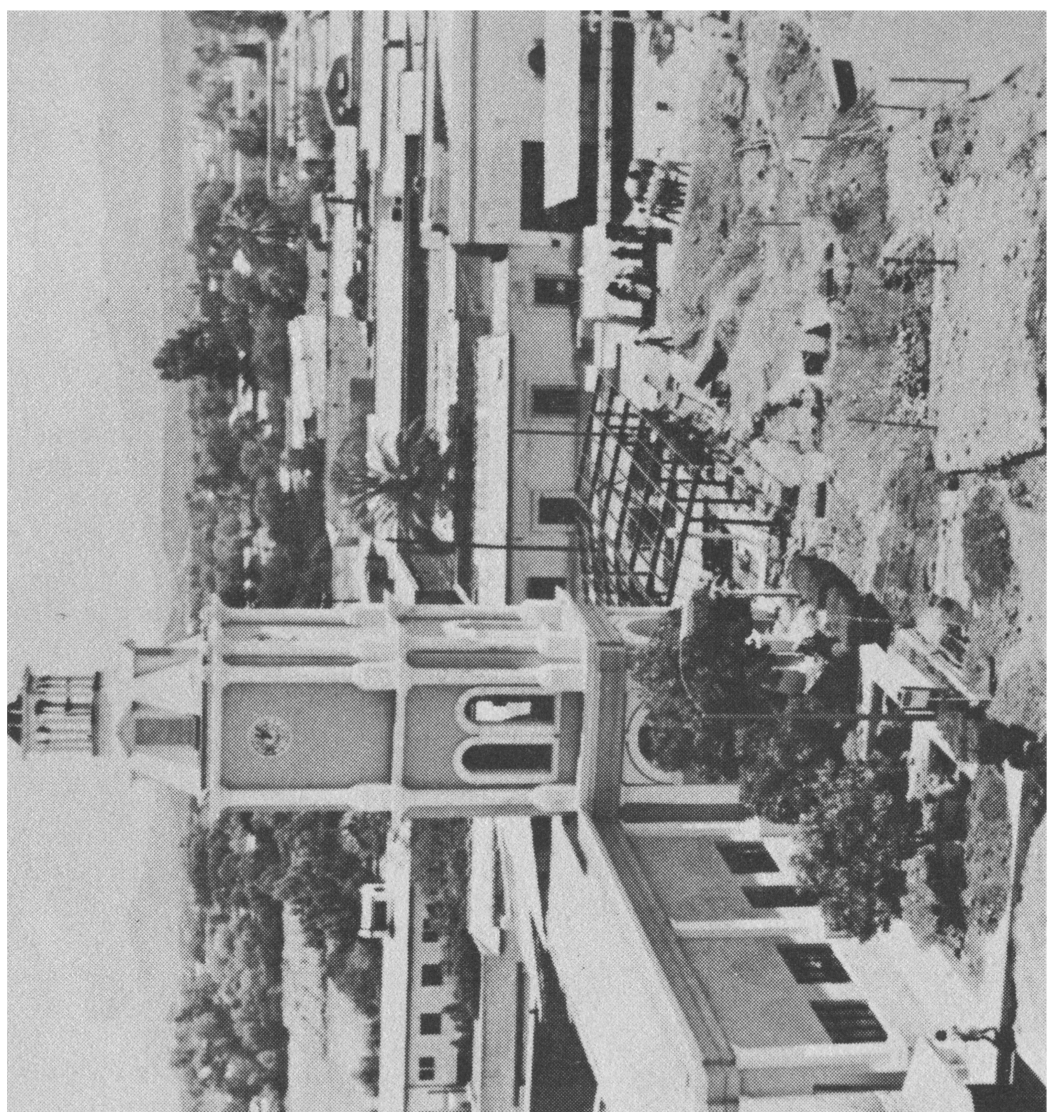


ponerlos a salvo hacía varias décadas. El rumor persistió y Magdalena era un laberinto de opiniones encontradas.

Cuando los preparativos para la inauguración de la estatua conmemorativa de Kino llegaron casi a su término, la búsqueda del sepulcro del padre Kino fue abandonada. En febrero de 1965, al develarse su estatua en el Capitolio de los Estados Unidos, se manifestó a la nación entera la grandeza del padre Kino. Muy poco advirtieron las personas responsables de la estatua lo mucho que habían hecho en favor del descubrimiento del perdido sepulcro del padre Kino. México estaba también justamente orgulloso del padre Kino; el pueblo mexicano no iba a perder el derecho de su parte en la fama de Kino.

De ahí que, a petición del presidente Díaz Ordaz, el secretario de Educación Pública, Agustín Yáñez, encargó al profesor Wigberto Jiménez Moreno, director del Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, de encontrar los restos del padre Kino. Era el 30 de junio de 1965. Todas las dificultades legales que los norteamericanos habían imaginado que surgirían en la búsqueda del sepulcro del padre Kino fueron barridas por la orden perentoria del gobierno federal mexicano. El profesor Jiménez Moreno, el investigador Jorge Olvera, etnohistoriador e historiador del arte colonial, y el profesor Arturo Romano, antropólogo físico del Instituto Nacional de Antropología e Historia, emprendieron una investigación sistemática de los archivos en busca de información sobre la sepultura.

Un rápido viaje a la frontera de Sonora, en agosto de 1965, familiarizó a Jiménez Moreno y a Olvera con su



problema, recientemente heredado. Los rumores y las opiniones discrepaban en todos los aspectos: el lugar de la sepultura, la capilla, los restos, y su traslado. El profesor Jiménez Moreno volvió a México, D.F., profundamente consciente de que tenía entre manos algo más que una búsqueda casual. El profesor Olvera se quedó para comenzar las excavaciones metódicas que eventualmente delimitaron el emplazamiento de la primitiva población.

La fiesta tradicional de San Francisco Javier obligó a interrumpir los trabajos en octubre. Las excavaciones fueron rellenadas y los investigadores aprovecharon ese receso para estudiar el problema. El profesor Jiménez Moreno volvió a plantear cuidadosamente la situación. El descubrimiento de la tumba y la identificación de los restos del padre Kino no sería nada fácil. Los ingredientes del éxito habían de ser hombres y conocimientos: tanto arqueológicos como históricos.

Fue en abril de 1966 cuando el equipo llegó de nuevo a Magdalena. Jiménez Moreno invitó entonces a otros investigadores californianos a que se unieran al equipo. El padre Cruz Acuña, de Hermosillo, escudriñó con Jiménez Moreno y Olvera los viejos archivos diocesanos y entrevistó a los ancianos. El reverendo Kieran McCarty, O.F.M., historiador de San Xavier del Bac (Tucson, Arizona), se adhirió como investigador histórico; su familiaridad con las crónicas franciscanas fue muy útil para aclarar la suerte de la vieja capilla. El Dr. William Wasley fue enviado en servicio especial por el Museo del Estado de Arizona; Su amplio conocimiento de la arqueología de la región aportó conocimientos y técnicas esenciales. El químico de una clínica local, Doctor Gabriel Sánchez de la

Vega, prestó un servicio incalculable como la persona más familiarizada con los intentos recientes para encontrar la tumba.

Para los hombres de la ciudad de México, en 1965, la búsqueda del sepulcro del padre Kino parecía cosa fácil. Pero esos mismos hombres, ya sobre el terreno, en 1966, reconocieron que la búsqueda era enormemente complicada y acaso imposible. El ambiente de Magdalena se cargó de excitación cuando los expertos decidieron desafiar lo desconocido.

El profesor Jiménez Moreno había comprendido bien el problema. La situación requería ser solucionada por un proceso de eliminación. Las unidades del equipo se desparramaron fuera de Magdalena para investigar cada uno de los emplazamientos favorecidos por ciertos rumores y opiniones. No se pasó por alto ninguna posibilidad razonable. Pero una a una fueron siendo eliminadas a medida que iban surgiendo las evidencias históricas y arqueológicas.

Lentamente, el círculo de probabilidades se estrechó a la plaza que se encuentra frente a la parroquia de Magdalena. Más de dos kilómetros de zanjas exploratorias se abrieron a través de la plaza. Los equipos de trabajo pusieron al descubierto los cimientos de edificios hacía tiempo olvidados. La tierra arrojó los huesos de innumerables seres humanos.

Parecía como si la búsqueda fuese a sucumbir ante lo intrincado de su propio método. Entonces empezaron a surgir los indicios. Los historiadores estaban acumulando una serie de datos clave procedentes de diversos archivos. El hallazgo más importante fue una descripción de la pequeña capilla de San Francisco Javier en una relación de 1828 de Fernando Grande:

La capilla de este pueblo es mediana, su materia es de adobe. Su portada al mediodía presenta una torrecita mediana en que están colocadas tres campanas y una esquila mediana, no tiene cosa particular que llame la atención, el altar principal y único está en el Presbiterio, en él están colocadas una imagen de Cristo Crucificado con otra de la Virgen de Dolores al pie de talla mayor y la otra de regular escultura y en unos nichos que en forma de retablo hay en la pared del altar están colocadas la imagen de Santa Magdalena, Patrona del Pueblo, de talla menor, buena escultura, un San Francisco Xavier y un beato José Oriol, ambas de talla y de imperfecta escultura. A medio cuerpo de la iglesia está un nicho donde está colocada en una Urna una imagen de talla mayor de San Francisco Xavier, objeto de la devoción de toda esta parte alta de Occidente, de hermosa y grave escultura.....

Del libro de entierros de la antigua parroquia de Magdalena, se pudieron conocer dos hechos importantes. En 1739 un español, Salvador de Noriega, fue enterrado a la entrada de la capilla. Cerca de un siglo más tarde, un viejo indio del lugar, de 90 años de edad, José Gabriel Vega, fue enterrado ante el nicho de San Francisco Javier.

Mientras los historiadores leían kilómetros de micropelículas y desempolvaban viejas relaciones, los arqueólogos seguían las pistas puestas al descubierto por sus excavaciones. Los cimientos de mampostería frente a la iglesia, que años antes habían ocupado la atención de Dávila, fueron pronto desechados cuando el profesor Jiménez investigó que el mortero de cal y arena no se utilizaban aún en la construcción de la Pimería durante la primera parte del periodo jesuita.

Los restos de paredes de adobe se hicieron más visibles cuando los equipos de trabajo (Romano y Wasley) llegaron a conocer el difícil arte de distinguir los cimientos de adobe de los depósitos aluviales naturales del terreno. Un cimiento de pared que iba de oriente a poniente, había llamado la atención de Olvera y el grupo; preveían que este cimiento seguía la orientación apropiada de un muro de la capilla, tal como aparecía en algunos bocetos del pueblo hechos hacia mediados del siglo XIX. Pero, ¿qué es un fragmento de la pared en mitad de toda una ciudad?

El Dr. Wasley convenció al equipo de la necesidad de poner en relación sus descubrimientos con las ruinas de las misiones jesuitas conocidas de la Pimería. Y en el día mismo en que Wasley y Romano hacían sus reconocimientos, los trabajadores de la excavación que seguía el cimiento del desaparecido muro daba la vuelta al Ayuntamiento. Esta era la primera indicación clara que podía definir los cimientos de un edificio.

Antes, durante la exploración, un equipo de trabajadores había seguido abriendo una zanja lateral, a partir del cimiento de Olvera. Cerca del eje norte-sur de la zanja principal desenterraron un esqueleto que el profesor Romano identificó como el de un europeo. Todo el mundo consideró el descubrimiento como "sospechoso número uno". Pero entonces las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. "El sospechoso número uno" estaba en el lado sur del cimiento de adobe, y ahora que el largo cimiento de adobe situado al oriente de la tumba daba la vuelta en esquina hacia el poniente, quedaron muy pocas dudas de que el "sospechoso número uno" era Salvador de Noriega.

El cimientado correspondiente a la pared oriental del edificio desaparecido mostró claramente que había existido, más o menos en su medianía, un pequeño contrafuerte o estribo. Esto correspondía a otro descubrimiento histórico: el padre José Pérez Llera había erigido, en 1828, un estribo para contrarrestar cierto desplome del muro. La esquina descubierta el día en que el equipo se encontraba investigando las ruinas de otras misiones, resultó corresponder al ábside de la capilla. Entonces, con sumo cuidado, las cuadrillas de trabajadores siguieron la línea de los cimientos de adobe y cantos rodados. Los afilados bordes de las palas cortaban el suelo cada vez con mayor precaución. Una palada de tierra pasó a través de la criba. Pero nada. Entonces cayó al fondo de la zanja un fragmento de cráneo que se había desprendido al borde de la excavación. ¡Un grito! La tensión aumentó cuando el Doctor Wasley, el profesor Romano y el profesor Jiménez Moreno extrajeron cuidadosamente todo el cráneo. ¿Podría ser éste? ¿podría ser realmente el de Kino? Eran las 4:45 de la tarde del 19 de mayo de 1966.

Todo el equipo se concentró en el conjunto de excavaciones que parecían ahora estar localizadas en el emplazamiento de la antigua capilla. El esqueleto descubierto aquella tarde afortunada fue desenterrado y limpiado delicadamente. Con sumo cuidado se sacó a pala la tierra de toda la capilla. Entonces los elementos clave empezaron a colocarse en su sitio sin complicaciones. "Kino" era un enterramiento primario original localizado en el lado del evangelio de la capilla. El cuerpo había quedado entre el segundo y tercer sillar de los cimientos, tal como constaba en el acta de de-

función asentada por el padre Agustín de Campos. Entonces, a los pies de Kino, pero mucho más cerca de la pared occidental, apareció un "enterramiento secundario," que había sido trasladado desde otro sitio. Al otro lado de esta zona, en el lado de la epístola, dentro del área del mismo ábside, se descubrió otro enterramiento secundario en la tierra compacta. ¡Fantástico! Sí, pero previsible si ésta era realmente la capilla. En 1712, un año después de haber enterrado a Kino en la capilla, el padre Campos había trasladado los restos de los padres Iturmendi y González desde Tubutama y los había enterrado en la misma capilla al lado de la epístola y el evangelio, respectivamente.

A mitad de la nave de la capilla los excavadores descubrieron otra sepultura de un indio muy anciano. Otra pieza clave se puso en su sitio, ya que el anciano de 90 años, José Gabriel Vega, había sido enterrado delante del nicho de San Francisco Javier — ¡que se hallaba precisamente a la mitad de la nave! Y Salvador de Noriega yacía aún pacientemente en la entrada sur.

El profesor Romano estudió cuidadosamente el esqueleto que yacía en el lado del evangelio del edificio: sí, ésta era realmente la capilla. El esqueleto correspondía a un hombre de unos 60 años. Kino había muerto a los 66 años. El cráneo era de un clásico tipo europeo de la región alpina. Kino era del Tirol. Las tibias de sus piernas mostraban una retroflexión pronunciada. Esto era característico de la gente de montaña de la tierra de Kino. Cuando Wasley desprendió los últimos restos del ataúd de madera que se habían incrustado en el tórax del esqueleto, encontraron una pequeña cruz de bronce que yacía sobre la clavícula. Esto era algo típico del misionero jesuita del siglo XIX.



El 21 de mayo de 1966 el equipo llegó a la conclusión de que había descubierto realmente los restos, tanto tiempo perdidos, del padre Eusebio Francisco Kino. El 24 de mayo se hizo el anuncio al público en general; no quedaba ninguna duda en la mente de todos los del equipo ni en la de los expertos que fueron llamados, una vez que se llegó a las conclusiones iniciales. El reverendo padre Ernest Burrus, del Instituto Histórico Jesuítico de Roma estaba totalmente de acuerdo. Y finalmente, el 14 de julio de 1966, la Academia de Historia se reunió en México, D.F., para revisar las evidencias. El profesor Jiménez Moreno presentó setenta y dos testimonios para explicar el descubrimiento. Entonces el Doctor. Alfonso Caso, en nombre de la Academia Mexicana de la Historia, se pronunció a favor de la identidad de los restos. El padre Kino había sido, por fin, encontrado.

Como con todo lo que el hombre hace, hay todavía quien duda. Algunos querían que los arqueólogos descubriesen una placa o una especie de inscripción. Nunca las hubo, sobre todo para un hombre como Kino. Murió como había vivido: en pobreza y en presencia de su Señor. Lo que los incrédulos han olvidado es que el monumento que existía sobre su tumba no era sólo una piedra sepulcral, sino toda una capilla, y no solamente una cruz con un nombre, sino toda una cultura.

La evidencia que descubrió el equipo del profesor Jiménez Moreno es tan concluyente, que si el esqueleto hubiera estado marcado con otro nombre, los antropólogos y los historiadores se hubieran dado cuenta de que alguien estaba intentando gastarles una broma.



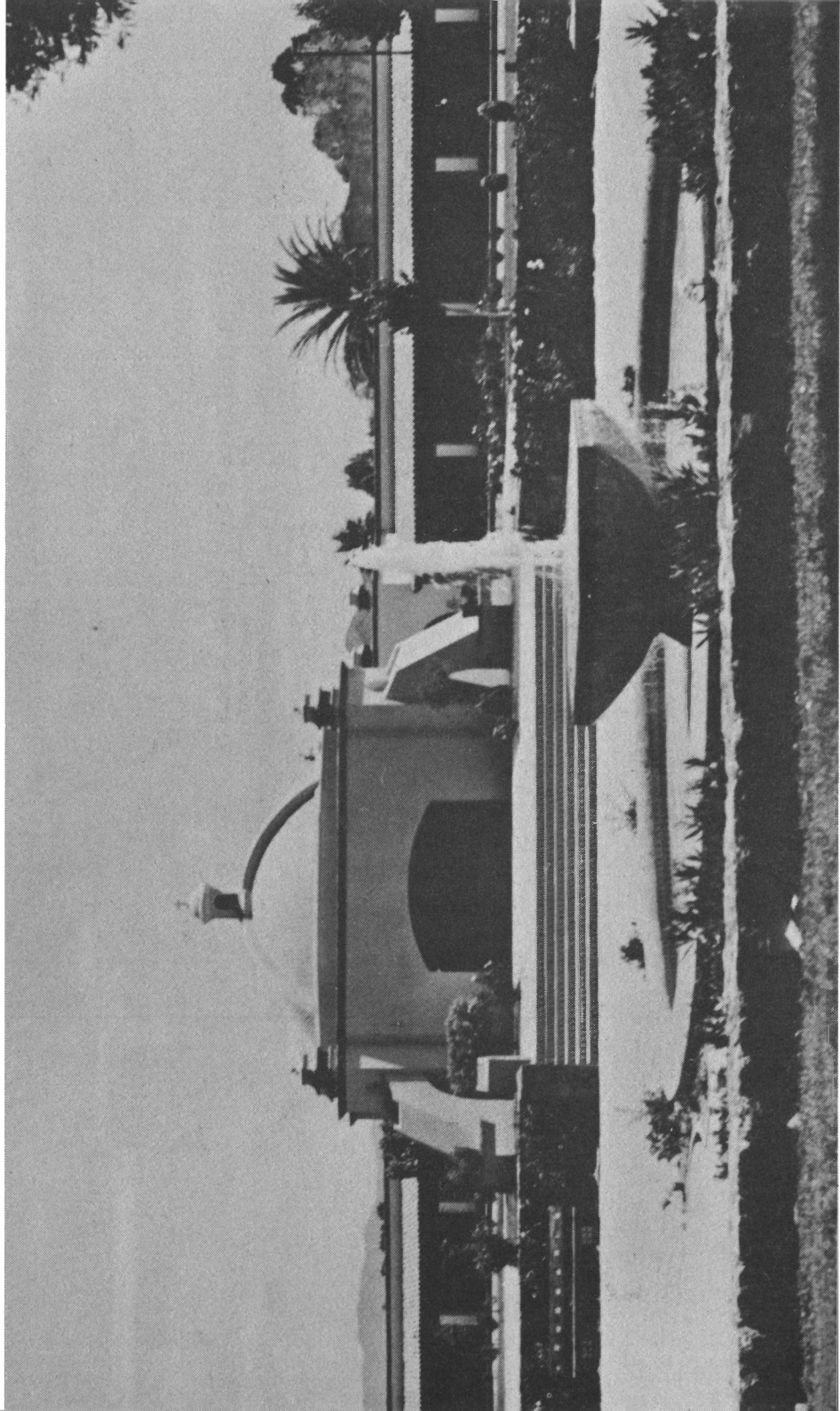
Pero quizás lo más notable de todo sea que cuando se pidió a los antropólogos que construyesen la fisonomía de Kino, a partir de los restos de su esqueleto, ellos se encogieron de hombros y señalaron un boceto que se encontraba en la pared del Ayuntamiento. Era un dibujo hecho por la artista Frances O'Brien de Tucson. Apenas podía uno acercarse más a la realidad humana. Ella había dibujado y reconstruido su retrato, a partir de los rasgos recurrentes de la familia Chini existente en ese siglo. Ella sólo había esperado aproximarse a la apariencia física de Kino. Pero lo que no se imaginaba es que había dibujado el último indicio en el reconocimiento del padre Eusebio Francisco Kino.

## LA PLAZA DEL PADRE KINO

El mismo equipo de trabajo que en 1966 realizó el descubrimiento de los restos mortales del padre Kino, apoyó calurosamente las ideas propuestas por el profesor Jiménez Moreno a saber: modificar el nombre de la ciudad al de Magdalena de Kino y promover los esfuerzos necesarios tendientes a la conservación de los restos venerados y a la erección de un monumento digno de la memoria del egregio misionero.

Como primera medida se obtuvo la colaboración de la Universidad de Arizona, en Tucson, quien envió un equipo de técnicos para preservar tanto los restos óseos como el sitio de su reposo, con un tratamiento a base de plásticos, que garantizaran su exposición a la intemperie. Con el mismo fin se improvisó una urna de cristal irrompible y un techado. Se demolió el edificio que ocupaban las oficinas municipales y la cárcel pública fue trasladada del lugar. La zona pasó a la jurisdicción del Instituto Nacional de Antropología e Historia, quien señaló a Sánchez de la Vega como responsable de los restos y del área cercana a ellos.

El Gobierno Federal conoció con agrado las intenciones del grupo del profesor Jiménez Moreno y nombró al arquitecto Medellín para presentar un proyecto adecuado a dichos propósitos. Medellín se presentó en Magdalena en el verano de 1966 y sobre el terreno



visualizó una obra monumental que involucraba la reconstrucción de la plaza local en su totalidad. El gobernador del Estado de Sonora nombró a un comité de seis vecinos de la pequeña población para coordinar los trabajos, cuyas funciones se ampliaron desde la promoción económica, adquisición de fincas por demoler, terrenos, etc., y la vigilancia del proceso constructivo hasta su terminación. La intervención de los señores Donadieu, Acosta, Grijalva e Irastorza ante el gobierno de México y el apoyo decidido del gobernador Faustino Félix Serna promovieron el planteamiento de un nuevo proyecto, más ambicioso pero más acorde con la situación local, que fue solicitado al arquitecto Francisco Artigas. Dicho profesional elaboró un bosquejo que incluía una remodelación del área central de Magdalena y la base para una posterior influencia en el estilo arquitectónico de los edificios existentes. Se proyectó una amplia plaza que recordara el estilo mexicano de la época colonial, rodeada de portales y jardines generosos, densamente poblados por árboles y plantíos de flores, trazado de las rutas de acceso, alineando y ampliando las calles afectadas, modificando las fachadas de acuerdo con la idea principal y todo esto como marco a una ermita que a modo de cripta cubriera de las inclemencias del tiempo, pero mostrara decorosamente a los visitantes de los venerados restos del padre Kino *in situ*. También se incluyeron la construcción de edificios apropiados para un museo y una biblioteca alusivos, locales comerciales y un nuevo trazo a las calles aledañas.

La realización del proyecto significaba una inversión superior a los 10 millones de pesos, que serían aportados mitad a mitad por los gobiernos Estatal y Federal.



El Comité Pro Monumento al padre Kino contrajo la responsabilidad de proporcionar más de un millón de pesos, mediante donativos de la iniciativa privada para adquirir las propiedades y fincas que deberían derribarse en aras del grandioso proyecto. Tres largos años transcurrieron para hacer efectiva la primera parte del proceso: adquirir los terrenos y las casas afectadas, hacer las demoliciones y nivelado del área —6 000 metros cuadrados de construcción— cuyos habitantes deberían ser transportados de los sitios que les vieron nacer y donde vivieron familias por varias generaciones. Todos estos movimientos se llevaron a cabo sin escollos o problemas mayores que los económicos. El público sufrió gustoso, o al menos con paciencia, las molestias inferidas en la seguridad de que su sacrificio contribuía un ápice a enaltecer la obra del padre Kino. La junta local de beneficios sociales aportó íntegramente sus fondos pecuniarios para solventar el compromiso de los representantes del pueblo.

En enero de 1970, el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas —CAFPCE— inició sus labores en la infraestructura de la plaza bajo la dirección del ingeniero Fernández, dejando a cargo del ingeniero Lecanda los trabajos de restauración de la iglesia parroquial. Se procuró el empleo de materiales de la región y de la mano de obra disponible en el Estado. Bajo la supervisión del arquitecto Gustavo Aguilar, del grupo de Hermosillo y la coordinación del comité la obra avanzó venturosamente absorbiendo los cambios que en el proyecto original imponían las circunstancias del terreno, a plena satisfacción de los interesados, hasta su total terminación en diciembre del mismo año. Los deseos y



anhelos de todos los involucrados en la obra fueron desbordados por el diseño y resolución que inspiró el arquitecto Artigas. El mismo se vio gratamente sorprendido al visitar su obra terminada.

En diciembre de 1969, el pueblo de Magdalena había recibido jubiloso la presencia de su futuro presidente. El Lic. Luis Echeverría Álvarez prometió solemnemente volver, si el destino así lo permitía, a la inauguración de las obras entonces bosquejadas y ofreció su decidida colaboración al proyecto. Admirador de la obra humana de Kino, mostró un noble interés por la realización del monumento. Las autoridades locales, encabezadas por Luis Gallardo Valenzuela, agotaron todos los pasos necesarios para dar brillo y esplendor a la visita presidencial. Al fin, la luminosa y jovial mañana del 2 de mayo de 1971, fue testigo presencial del homenaje que el pueblo y el Gobierno, de Sonora, tributaron a la figura del incarsable misionero a caballo.

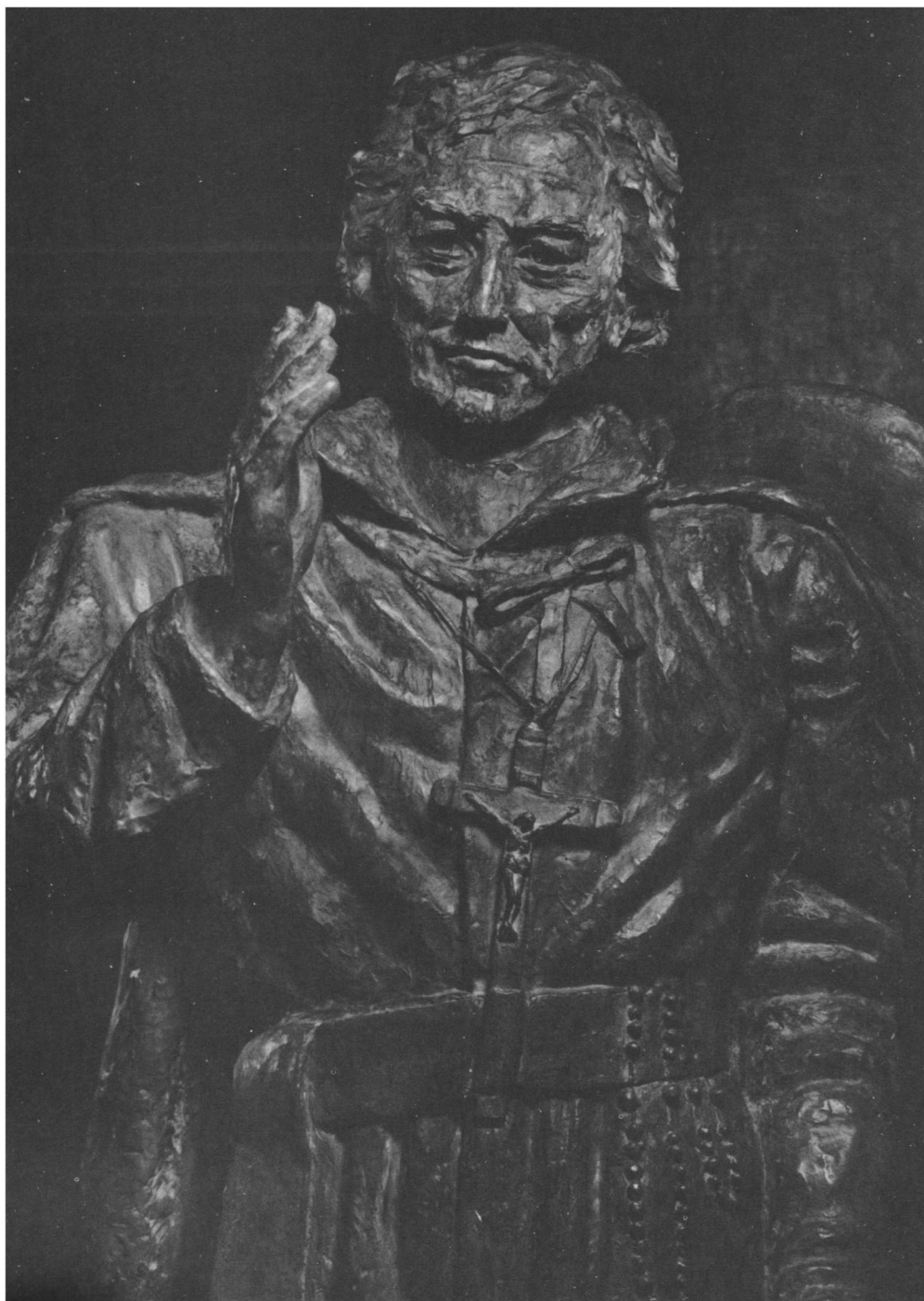
La plaza está allí y en uno y otro extremo las dos figuras veneradas: San Francisco Javier y Eusebio Francisco Kino. El amor y respeto que por ellos sienten los pimalteños, se manifiesta por el celo con que cuidan la obra y vigilan la floración de los rosales y de los laureles con que expresan su admiración al esforzado varón.

## LAS ESTATUAS DEL PADRE KINO

Las estatuas se erigen naturalmente a los hombres con historia, pero rara vez se escriben historias acerca de las estatuas de esos personajes. Esta, sin embargo, es la historia de una estatua; en realidad, de dos. El primero que consideró a Kino como tema apto para el arte monumental fue el padre Manuel González, por entonces rector de la misión de Oposura. Cuando Kino planeaba su gran expedición de Colorado, en 1700, para probar que California no era una isla, el padre González le escribía: "si usted lo logra, nosotros tendremos que erigirle una costosa y famosa estatua. Y si el camino es corto habrán dos." El camino hacia la California no fue corto, pero las hazañas de Kino han merecido que se le dediquen dos, de todas maneras.

En 1961 el Estado de Arizona decidió honrar al padre Eusebio Francisco Kino cuando varios legisladores de ese Estado presentaron un memorial conjunto, pidiendo al Congreso de los Estados Unidos que aceptara como tema para la segunda estatua representativa del Estado, dentro del Salón Nacional Estatuario, al padre Kino. El padre Kino había sido ya reconocido, por aquel entonces, como el primer explorador, cartógrafo y pionero del Estado.

La propuesta y resolución de erigir la estatua creó nuevos problemas, ya que el reglamento oficial sobre



las estatuas para el Salón Nacional no permite que éstas se basen en concepciones puramente imaginarias sobre personajes históricos. Y puesto que no existía ningún retrato conocido de Kino, se recurrió al inusitado expediente de hacer una imagen compuesta a base de retratos de los desendientes de la familia Kino en los que se observaron los rasgos más recurrentes. Un comité especial designado por el gobernador Paul Fannin comisionó entonces a la renombrada artista de Tucson, Frances O'Brien, para hacer un retrato que, con esos datos, diera una idea de la personalidad física de Kino. Una vez presentado y aceptado el retrato por el Comité Especial de la Estatua Conmemorativa de Kino, todos los demás hechos referentes a Kino y a la indumentaria usada en su tiempo se compilaron en un folleto que fue distribuido a todos aquellos escultores que desearan participar en el concurso convocado por la Comisión de la Estatua.

De veintiséis participantes el comité redujo el número, por eliminación, a los dos finalistas: George Fippen y madame Suzanne Silvercruys. Las dos estatuas mostraban una excelente habilidad, pero la interpretación que del padre Kino hiciera la baronesa Silvercruys manifestó más elementos del personaje histórico y el comité decidió en su favor.

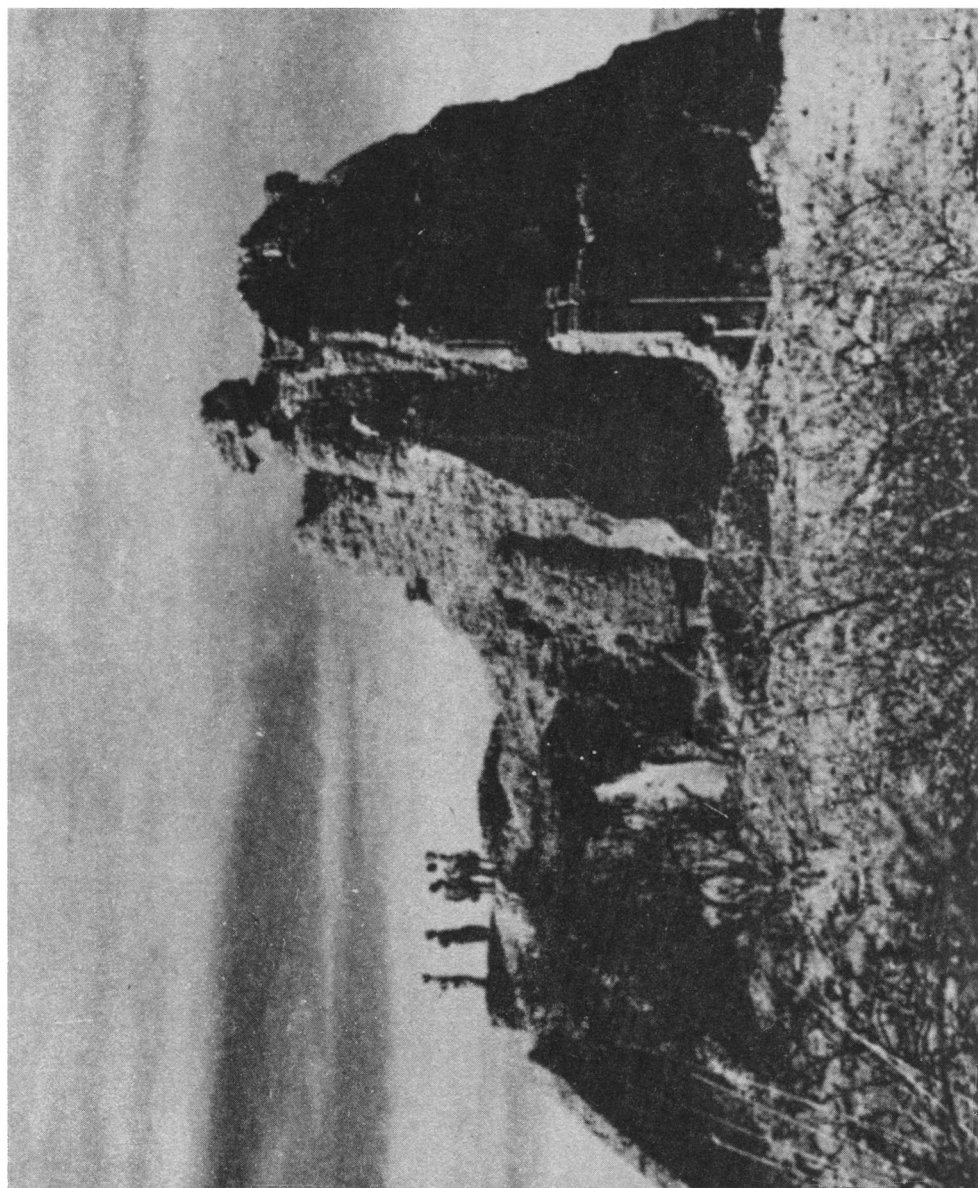
El modelo, a mitad de tamaño natural, fue embarcado a Connecticut donde madame Silvercruys dio comienzo a la complicada tarea de modelar una versión de Kino de un poco más de dos metros para el Salón Nacional Estatuario. El cobre fundido de las minas de Arizona, y el estaño, fueron vertidos en moldes de precisión y el padre Kino surgió entonces plasmado en bronce para ocupar su puesto entre los grandes fundadores de esta nación.



El 14 de febrero de 1965 fue descubierta, ante una multitud de más de setecientas personas procedentes de los diferentes Estados de la Unión Americana y de todo el mundo, la primera estatua del padre Kino. La ceremonia de dedicación tuvo lugar en el mismo sitio en que había yacido el cuerpo del presidente John F. Kennedy, quien había firmado la ley que admitía al padre Kino en el Salón Nacional Estatuario. Habían tenido que transcurrir 265 años; pero el padre Kino fue honrado en la forma en que el padre González había predicho hacía tantos años.

El padre Ernest Burrus, s.j., del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús en Roma, resumía la significación de Kino en su discurso de dedicación:

Podemos sentirnos justificados al dedicar esta estatua no meramente a la memoria de un hombre, por muy grande que sea; la dedicamos a todos los Americanos que participen de los ideales de Kino, de sus elevadas aspiraciones y de su intrépida visión del futuro para reunir a todos los pueblos en una verdadera comprensión y en una permanente comunión de espíritu; dedicamos esta estatua a los ciudadanos presentes y futuros de Arizona cuyo pionero y fundador fue el padre Kino; la dedicamos a nuestros vecinos de México, especialmente a los de Sonora, que han guardado su memoria con tan profundo afecto; la dedicamos al país nativo de Kino, al pueblo de la región de donde él vino; la dedicamos a sus países y tierra de adopción, Austria, Baviera y España, donde Kino pasó tantos de sus activos e intensos años, y finalmente dedicamos esta estatua del padre Eusebio Francisco Kino a todos los pueblos y a todas las naciones de buena voluntad y de altos ideales.



Estas palabras finales de loa, en la dedicación de la estatua, no fueron, ni mucho menos, las últimas. La delegación mexicana sabía que el padre Kino era más que un pionero de Arizona: era símbolo, aun siglos más tarde, de amistad entre las naciones y de los sueños de una futura prosperidad. En el espacio de unas semanas el presidente de México, Gustavo Díaz Ordaz, ordenó que el sepulcro del padre Kino fuese localizado de manera que se pudiese erigir un monumento conmemorativo digno de este gigante de las Américas.

La narración del descubrimiento constituye una de esas maravillas de la historia moderna y de arqueología. Aunque hoy no existe ningún retrato de Kino, el descubrimiento de sus restos en Magdalena, Sonora, ha facilitado a los científicos, empleando las técnicas de la antropología física, y a los artistas, el poder reconstruir su apariencia con asombrosa exactitud.

Consciente de la importancia que el padre Kino tiene para la frontera México-norteamericana, el gobernador de Sonora, Luis Encinas Johnson, comisionó a un afamado escultor de la ciudad de México para representar al padre Kino a caballo. El artista, Julián Martínez, hizo un cuidadoso estudio de los restos óseos de Kino, descubiertos en Magdalena, y forjó una vigorosa figura de bronce para corresponder al hombre que conquistó los caminos del desierto. Dos estatuas fueron fundidas, y la primera fue colocada en Hermosillo, capital del Estado de Sonora. Erigida a la entrada norte de la ciudad, domina el panorama del valle de San Miguel y del Río de Sonora.

La segunda estatua fue donada por el gobernador Encinas al gobernador y pueblo de Arizona. La dedica-





ción de la espectacular estatua de bronce tuvo lugar en los prados del Capitolio de Phoenix durante un impresionante programa en español.

La estatua del padre Kino se yergue ahora en ambas capitales como símbolo de una herencia común, legada por el hombre cuya vida consagrada trajo la civilización y la esperanza a una frontera hasta entonces desconocida.

Las ceremonias de dedicación de Arizona funden una sola mirada, el pasado y el futuro. Y con la colocación de una "cápsula de tiempo," en la base de la estatua, los habitantes de Arizona dejaban registrado su país tal como lo había conocido el padre Kino; tal como se conoce hoy, y como prevén que será dentro de 272 años. Fue precisamente 272 años antes de esta dedicación que el padre Kino pisó por primera vez el suelo de Arizona.

Con la dedicación de la segunda estatua se cumplió la predicción del padre Manuel González. Y todo hace suponer que los artistas del suroeste de los Estados Unidos no cesarán de reinterpretar al padre a caballo, tanto en pintura como en escultura. El talento sin igual de Ted de Grazia se ha ejercitado sobre el padre Kino en una extensa serie de pinturas preparadas para el 250 aniversario de la muerte de Kino. Se comprende fácilmente por qué el padre Kino es tema del arte, ya que encarna el auténtico espíritu del oeste que encierra virilidad, visión y un extraordinario sentido de la paz y del esfuerzo.



## BIBLIOGRAFIA SOBRE KINO

ACUÑA GALVEZ, P. CRUZ, *El romance del padre Kino*. México, Editorial Jus, 1970, Colección México Heroico Núm. 104.

TRUEBA, ALFONSO, *El padre Kino misionero itinerante y ecuestre*, México, Editorial Jus, 1960, Figuras y Episodios Núm. 23.

BOLTON, HERBERT E, *Padre on Horseback*, San Francisco: Sonora Press, 1932, Reprint, Chicago: Loyola University Press, 1963; introduction by John F. Bannon, S.J.

-----, *The Rim of Christendom*, New York Macmillan, 1936, Reprint, New York Russell and Russell, 1960. This is the definitive biography of Eusebio Francisco Kino.

BURRUS, ERNEST J.,S.J. *Kino and Manje, Explorers of Sonora and Arizona*, Rome and St. Louis; Jesuit Historical Institute, 1971.

-----, *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*, Tucson; Ariz. Pioneers' Hist. Soc., 1965.

CLARK, ANN NOLAN, *Father Kino, Priest to the Pimas*, New York Farrar, Straus, 1963. For children 7-12 years.

DONOHUE, JOHN AUGUSTINE, S.J., *After Kino; jesuit Missions in Northwestern New Spain, 1711-1767*, Rome and St. Louis: Jesuit Historical Institute, 1969 .

KESSELL, JOHN L., *Mission of Sorrows; Jesuit Guevavi and the Pimas*. Tucson; The University of Arizona Press, 1970.

KINO, EUSEBIO FRANCISCO, S.J., *Historical Memoir of the Pimería Alta*, Herbert Bolton, trans. Cleveland: Arthur Clark Co. 1919, 2 vols. Reprint: Berkeley: Univ. Of Calif., 1948, 2 vols. in one.

-----, *Kino's Biography of Francisco Javier Saeta*, Translate and with an Epilogue by Charles W. Polzer, S.J.; original Spanish text edited by Ernest J. Burrus, S.J.

-----, *Kino's Plan for Development of the Pimería Alta*, Ernest Burrus, S.J., trans. Tucson: APHS, 1961.

-----, *Kino Reports to Headquarters*, Ernest Burrus, S.J., trans. Rome: Institutum Historicum Societatis Jesu, 1954.

-----, *Kino Writes to the Duchess*. Ernest Burrus, S.J., trans. Rome Institutum Historicum Societatis Jesu, 1965.

LOCKWOOD, FRANK C., *With Padre Kino on the Trail*, Tucson: Univ. of Arizona. 1934, Social Science Bulletin No. 5.

SMITH, FAY JACKSON, JOHN KESSELL, AND FRANCIS FOX, S.J., *Father Kino in Arizona*, Phoenix; Arizona Historical Foundation, 1966. This book contains a more complete bibliography on Kino.

STEFFAN, JACK, *Kino and the Trail to the Pacific*. New York; P.J. Kennedy, 1960. for younger readers.

THAYER, JOHN, *Desert Padre. Eusebio Francisco Kino.* Milwaukee: Bruce, 1959. Another book for the young reader.

WYLLYS, RUFUS KAY, *Pioneer Padre; the Life and Times of Eusebio Francisco Kino*. Dallas: Southwest Press. 1935.



## INDICE

Presentación .....	7
Nota del Autor .....	9
Eusebio Kino, Padre de la Pimería .....	11
Las misiones del Padre Kino .....	73
Nuestra Señora de los Dolores .....	75
Nuestra Señora de los Remedios .....	77
Nuestra Señora del Pilar y Santiago de Cocóspera .....	79
San Ignacio de Cabórica .....	83
San Pedro y San Pablo de Tubutama .....	85
La Purísima Concepción de Nuestra Señora de Caborca .....	87
San Diego del Pitiquito .....	91
San Cayetano del Tumacácori .....	93
Las Misiones del Alto Santa Cruz .....	97
Las Visitas del Río Altar .....	99
San Javier del Bac .....	101
La Pimería Alta después de Kino .....	105
El descubrimiento de la Tumba de Kino .....	117
La Plaza del Padre Kino .....	135
Las Estatuas del Padre Kino .....	141
Bibliografía .....	151





*Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta*, se terminó de imprimir el día 28 de julio de 1984 en los talleres de Gráficos ErS, calle de Trabajadoras Sociales N° 299, México 8, D. F. Se imprimieron 3 000 ejemplares y la coordinación editorial estuvo a cargo de Servando Morales.



PUBLICACIONES DEL GOBIERNO  
DEL ESTADO DE SONORA  
1979-1985

1. *Crónica de la aventura de Raousset Boulbon en Sonora*, Horacio Sobarzo.
2. *General Alvaro Obregón. Aspectos de su vida*, José Rubén Romero, Juan de Dios Bojórquez, Dr. Atl y Juan de Dios Robledo. 2ª edición corregida.
3. *Ocho mil kilómetros en campaña* (fragmentos), Alvaro Obregón, 2ª edición corregida.
4. *Alvaro Obregón, caudillo e ideólogo de la reconstrucción nacional*, Miguel R. Palacios y Ana María León de Palacios.
5. *Plutarco Elías Calles, estadista y patriota*, Juan Antonio Ruibal Corella.
6. *Crónica del Constituyente*, Juan de Dios Bojórquez.
7. *Sonora, génesis de su soberanía*, Armando Quijada Hernández.
8. *Memorias de don Adolfo de la Huerta*, transcripción y comentarios del Lic. Humberto Guzmán Esparza.
9. *Eusebio Kino, padre de la Pimería Alta*, Charles W. Polzer, s.j.
10. *Obras históricas*, Ramón Corral.
11. *Jesús García, héroe de Nacozari*, Cuauhtémoc L. Terán.
12. *La Revolución en Sonora*, Antonio G. Rivera.

13. *El Quijote de la Revolución. Vida y obra de Adolfo de la Huerta*, Carlos Moncada.
14. *Crónicas biográficas*, Horacio Sobarzo.
15. *El viejo Guaymas*, Alfonso Iberri.
16. *La cohetera, mi barrio*, Agustín A. Zamora.
17. *La sierra y el viento*, Gerardo Cornejo.
18. *Los tiempos de Salvador Alvarado*, Juan Antonio Ruibal Corella.
19. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo I, Francisco P. Troncoso.
20. *Las guerras con las tribus yaqui y mayo*, tomo II, Francisco P. Troncoso.
21. *Misiones del Norte de Sonora*, Arthur Woodward.
22. *Sonora y sus casas de moneda. Alamos y Hermosillo*, Alberto Francisco Pradeau.
23. *Sonora*, Jorge Russek.
24. *Diccionario de historia, geografía y biografía sonorenses*, Francisco R. Almada.
25. *Descripción de la Provincia de Sonora*, Ignacio Pfefferkorn, (traducción de Armando Hopkins Durazo).
26. *El solar de los silencios*, Gerardo Cornejo.
27. *Apuntes históricos sonorenses*, Roberto Acosta.
28. *30 años en esto*, Carlos Moncada.
29. *Apuntes biográficos de don Ramón Corral (1854-1900)*, Manuel R. Uruchurtu.
30. *Crónicas, cuentos y leyendas sonorenses*, Gilberto Escobosa Gámez.

**Publicaciones del  
Gobierno del Estado  
de Sonora 1979-1985**